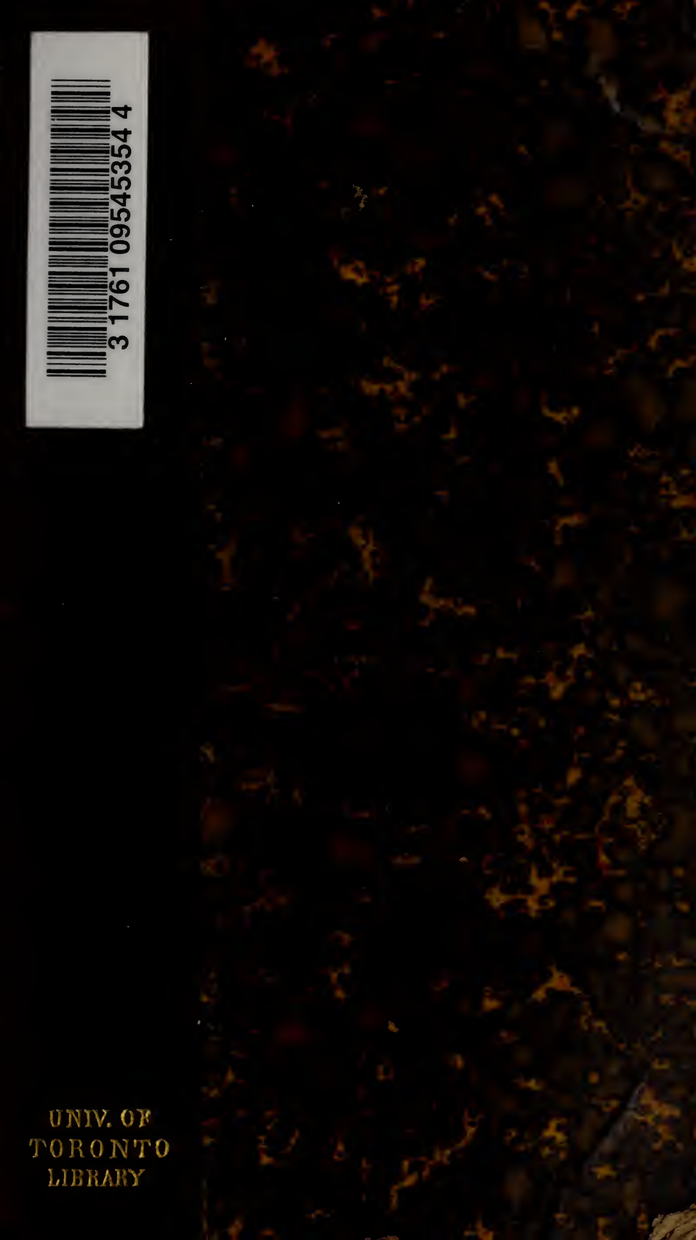
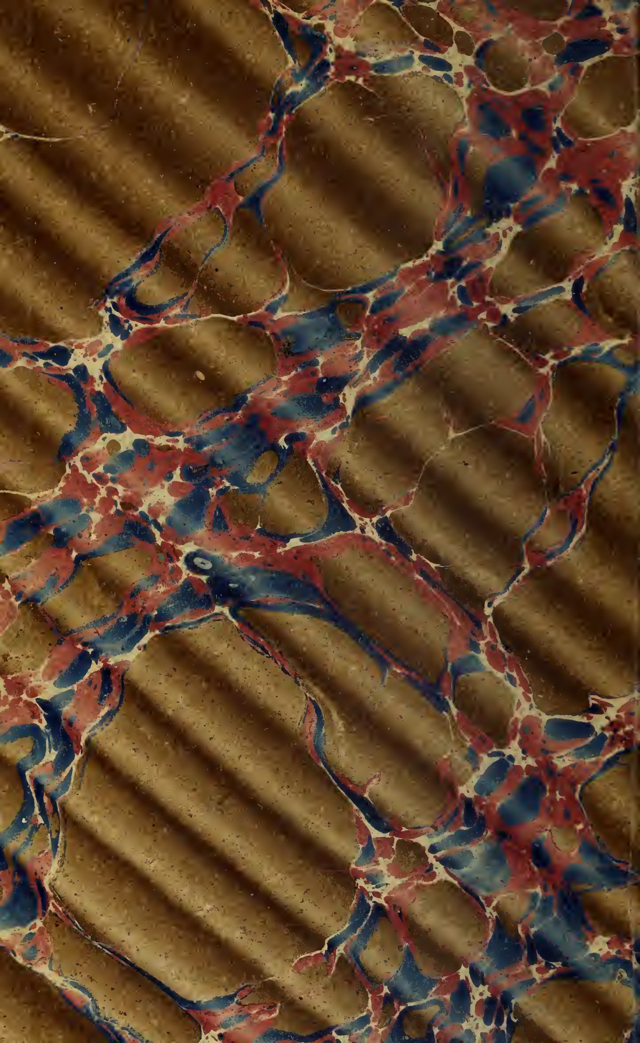
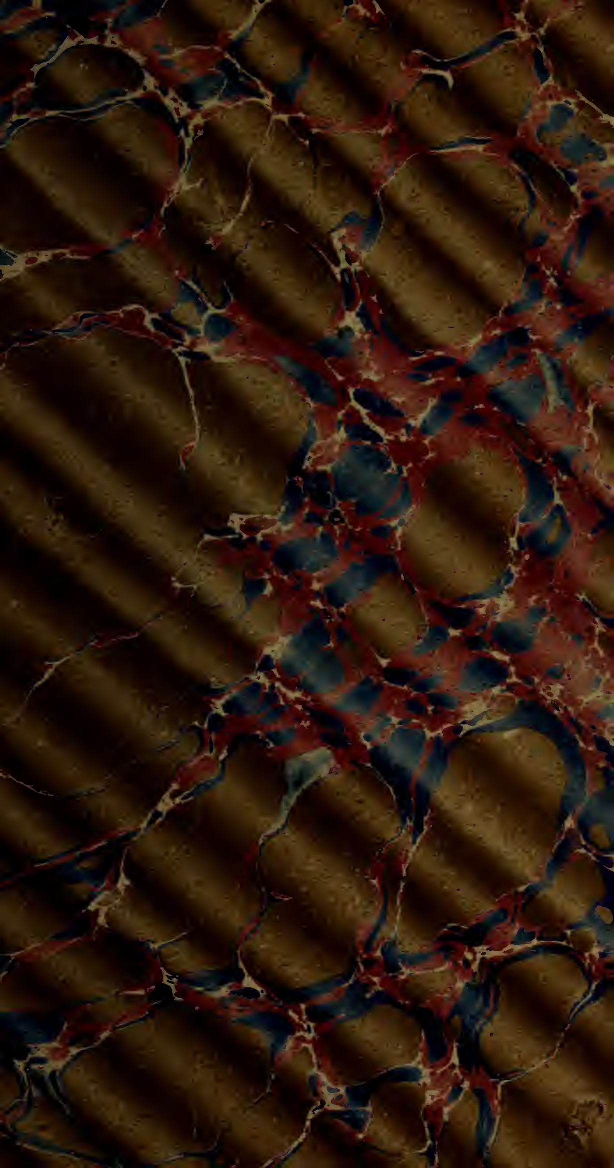


3 1761 09545354 4
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

— LIV — I


EX-LIBRIS.

OBRAS

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

I

POESÍAS

TIRADAS ESPECIALES

50	ejemplares	en papel de hilo, del	1 al 50.
10	»	en papel China, del	I al X.
10	»	en papel Japón, del	XXV al XXXV.


Juan Eugenio
Hartzenbusch



POESÍAS

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

CON LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

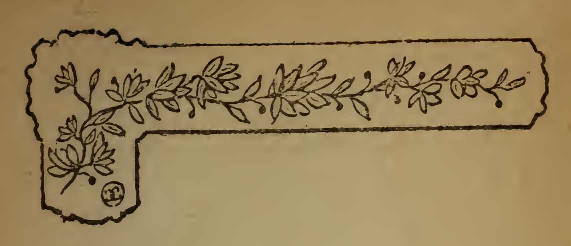
Y JUICIO CRÍTICO DE SUS OBRAS

por

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1887





D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Abatido y enfermo desde que perdió á su excelente y segunda esposa, y más acabado por la sorda lima y vida sedentaria del estudio que por su edad de setenta y tres años, el Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch falleció el día 2 de agosto de 1880, en su habitación de la calle de Leganitos de esta corte, casa núm. 13.

El tiempo, que tanto es su poder, más ó menos tarde borrará de la memoria de cuantos le conocieron aquel porte sencillo, aquel rostro de expresión franca, viva y afable; pero no de mi alma el cariño que profesé durante muchos años al antiguo amigo y al ilustre compañero de la Academia Española. Por fortuna, en sus obras está retratado el espíritu del hombre, y ya las bellas artes han perpetuado su imagen, robando la verdad á la naturaleza.

De su vida y de sus obras se ha dicho bastante, desperdigado por lo común en periódicos; pero como la existencia de éstos suele ser tan efímera, que las más veces no pasa de veinticuatro horas, nada que se escriba de Hartzenbusch dejará de tener aprecio en los siglos futuros, y al publicar hoy nueva colección de sus obras, necesario parece volver los ojos al autor y á sus excelentes producciones.

Nació en Madrid el 6 de septiembre de 1806, hijo de un ebanista alemán y de madre española, y como le enseñasen aquel oficio, ayudó á su padre; pero habiendo quedado huérfano y sin otro caudal que la heredada profesión, tuvo que trabajar en ajenos talleres. De esto hizo gala toda su vida; y en verdad que mucho le honraba el haberse elevado por sí propio hasta el extremo de conquistar imperecedero renombre en las letras españolas.

Sirvióle de firme punto de apoyo para tomar vuelo y arrojarse á dominar espacios de luz inextinguible, el profundo y sólido conocimiento de las lenguas latina, castellana y francesa y de las humanidades, que adquirió desde 1818 á 1822 en los Estudios Reales de San Isidro, con los padres de la Compañía de Jesús recién venidos de Italia.

Bien lograron tan sabios y generosos maestros aprovechar las naturales disposiciones de

aquel muchacho que, ávido de enriquecer el entendimiento, empleaba sus ahorrillos en comprar comedias y libros que se suelen vender en puestos callejeros, y se desvivía por asistir á representaciones escénicas, públicas ó particulares. Para ganar tiempo y facilitar el estudio aprendió taquigrafía, lo cual le valió en 1838 una plaza de taquígrafo temporero del *Diario de sesiones del Congreso*. Es de advertir que desde 1823 había comenzado á ejercitar sus fuerzas en la traducción de obras del teatro francés, con acierto y utilidad, y desde 1827, en la refundición de nuestras más célebres comedias antiguas. Por lo que, animándole sin duda alguna los cómicos, resolvióse en 1831 á escribir dos dramas, fundados en la historia: el uno de ellos ni se representó ni imprimió, y el otro fué mal recibido del público y peor de la crítica. Pero todos estos trabajos deben considerarse como tímidos ensayos hechos por el novel poeta, sin conocimiento de su propio valer, sobre asunto forzado, y bajo la tutela de ajena inspiración: fueron como la carrera que se toma para dar un gran salto. Y en efecto, enardecido Hartzenbusch con el acicate de la derrota pasada, lejos de amilanarse, la tuvo por lección para no caer en nuevos errores. Desecha la desconfianza, busca asunto de interés universal y eterno, lo halla, estudia, escribe, y el 19 de

enero de 1837 se estrena en el teatro del Príncipe su drama *Los amantes de Teruel*, que le valió ruidosos aplausos, grandes alabanzas y un puesto entre los famosos autores dramáticos de su época. Y ¿cómo no? Aquel verdadero hijo primogénito nació enriquecido con todo el tesoro de entusiasmo, invención, lozanía, atrevimiento y saber del joven poeta.

En 1838 confirmó y hasta levantó más su bien ganado crédito el drama *Doña Mencía* ó *La boda en la Inquisición*, que obtuvo casi mayor triunfo que el primero, á causa de la naturaleza del asunto y de los principios políticos que se debatían entonces en los campos de batalla; pero de la anterior desmerece mucho esta obra, aunque dotada seguramente de interés y belleza, por lo complicado y confuso del argumento, por la inconsecuencia ó vaguedad de los caracteres y por ciertas lastimosas pinceladas que habrían desaparecido á refundir el autor su poema.

Vítores y coronas le valieron también en 1841, 1844 y 1845, *Alfonso el Casto*, *Juan de las Viñas* y *La Jura en Santa Gadea;* estrenadas las dos últimas producciones cuando ya el autor, con tan honrosos títulos, servía plaza de Oficial primero en la Biblioteca Nacional, desde 9 de enero de 1844. Ciertamente que no debió extrañar la oficina, ni la ocupación de revolver

libros y catálogos, quien allí había pasado gran parte de su juventud buscando noticias para trabajos literarios, y examinando papeles raros y curiosos.

Dió al teatro en 1846 *La madre de Pelayo*, poema dramático digno del héroe cuyo sublime y patriótico ejemplo, transmitido de generación en generación, prestó aliento y constancia á los españoles para batallar durante ocho siglos hasta sacudir el yugo sarraceno; y un año después abría sus puertas al poeta insigne la Real Academia Española.

Aficionado á los estudios filológicos y á todos los que pudieran contribuir á la instrucción de la juventud, para cuya enseñanza había escrito fábulas y cuentos ingeniosísimos, le fué agradable el cargo de Director de la Escuela Normal que se le confirió en noviembre de 1854, y que le traía la ventaja de tener casa con jardín en la del establecimiento. Y aquí se me viene á la memoria un rasgo que retrata el carácter de nuestro excelente dramaturgo. Mi posición oficial me había proporcionado en 1856 el gusto y la honra de influir para aventajarle con el puesto de Bibliotecario primero y preparar su futura dirección en la Biblioteca Nacional, destino de mayor sueldo é importancia y más propio del esclarecido literato; procura verme en seguida, y me dice: «Señor

D. Aureliano, aunque reconozco su buena intención de favorecerme, estoy muy lejos de agradecerla. ¡No sabe V. qué daño me ha hecho privándome de aquel jardincito!»

Obtuvo al fin en 11 de diciembre de 1862 el puesto de Director de la Biblioteca Nacional; pero debilitándose de día en día sus fuerzas físicas y morales, fué jubilado, á instancia suya, en 22 de octubre de 1875.

Poco después dejó de concurrir á la Academia Española, la cual, en premio de lo mucho que los trabajos de su instituto debían al talento, instrucción y laboriosidad del ilustre inválido, acordó que en todas las juntas se le contase como presente.

Honda pena consumía el ánimo de nuestro Hartzenbusch al verse inútil para el trabajo, casi paralítico y privado del placentero trato que constantemente había tenido con escritores y artistas. Así vivió algunos años, sin encontrar alivio; pero con el inefable consuelo de que su buen hijo D. Eugenio le cuidara y asistiera de día y de noche con la mayor piedad hasta cerrarle para siempre los ojos.

Extinguióse la luz de aquella noble existencia cuando por el rigor del estío se encontraban ausentes de Madrid muchos literatos y actores y no pocos de los compañeros y amigos del poeta; por lo que en la conducción del

cadáver al cementerio de la Sacramental de San Ginés y San Luis, donde reposa, no pudo menos de faltar algo de la pompa y solemnidades acostumbradas; y así había de suceder, para que en todo lo de Hartzenbusch triunfase la modestia desde la cuna hasta la sepultura. La Real Academia Española, no enviando una comisión de tres individuos, como es costumbre, sino en cuerpo, asistió á la conducción del cadáver, presidida por el Sr. Cañete, individuo más antiguo de los que, á la sazón, se hallaban en Madrid.

No fué Hartzenbusch de los escritores que adelgazan el ingenio para imponer sus obras al público; jamás concurrió al teatro en el estreno de ellas, y nunca las apadrinó con oficiosos mosqueteros. No se le confunda con los que trabajan más por aparentar suficiencia que por adquirirla; con los que cubren su ignorancia y desidia, proclamando la libertad del genio y el desprecio de toda regla de lógica y buen gusto; con los que no buscan sino hinchados elogios, y que, lejos de aprovecharse de las censuras y advertencias ajenas, se aferran á su parecer y se endurecen en los errores; con los que, finalmente, se disparan como cohetes, ambicionando escalar el cielo, esparcen en la altura fugitivas luces, que el vulgo imagina estrellas, y se deshacen y caen

al punto, con humo y obscuridad, en el olvido.

Bien aprendido tenía que la sabiduría no reside en la bondad de las alabanzas del vulgo, sino en el propio mérito verdadero; por eso, además de estudiar sin descanso, oía á grandes y pequeños, á amigos y adversarios, á doctos é indoctos; puesta la mira siempre en que para nosotros vivieron los pasados, en que nosotros vivimos para los por venir, y en que para sí ninguno vive. Todo esto, que influyó en su carácter, define también la índole de sus escritos.

Si me preguntasen cuál, á juicio mío, es el principio capital que los vivifica, no vacilaría en señalar aquél que puso Montalbán por hermoso título de una comedia, *Cumplir con su obligación*. Esta idea civilizadora y santa anima las composiciones de D. Juan Eugenio, siendo los personajes de sus poemas antes propensos á cumplir deberes que á reclamar derechos. Por el deber de salvar el honor de una madre, ahoga Isabel de Segura el amor purísimo que había consagrado á Marsilla; impónese un destierro de cuatro años el Cid, por imaginar que el deber se lo manda; invocando interesadamente el nombre del deber, Doña Mencía halla siempre dispuesta á su hermana para los mayores sacrificios; en aras del deber ofrece Heriberta su vida por la de todo un

pueblo; y ¿qué más? por el deber de librar á un hijo de muerte inevitable, ríndese al hierro homicida la madre de Pelayo.

De esta generosa idea nace siempre otra dulce y poética: la de la virtud paciente y resignada; y cuando el vate la representa con toca y sayal, envuelta en monjiles arreos, como vestido que indica la proximidad á Dios, el apartamiento del fango mundano, la perfección de la vida contemplativa y el ejercicio de la caridad y humildad, gloria del mundo y corona de los seres inmortales, nadie podrá censurar esto como lunar, por más que fuese entonces vulgar recurso desenlazar muchos dramas encerrando en una celda á la víctima que pierde el amor de la persona querida, ó hace el sacrificio de cederla á un tercero. Hoy la víctima se suicidaría. En las obras de esta índole, Hartzenbusch se dirige á un fin más noble que el de huir de los casamientos forzosos del teatro antiguo, para caer en conventos, infortunios y desastres, forzosos también en las obras de la escuela romántica, y vaciados en una misma turquesa.

Tal vez merecería reproche nuestro escritor por ser no pocos de los tristes casos que pinta, obra más bien de inflexible y sañuda fatalidad, que no palpables castigos, enseñanzas y escarmientos decretados por la Providencia, si

debiera vedársele al poeta doctrinar y deleitar al auditorio con lo que llamaron los gentiles querer de los hados, malas fadas los españoles de la Edad Media, influjo de las estrellas la Europa del renacimiento, fortuna los hombres de todos los siglos, y el filósofo cristiano juicios inescrutables de Dios, que sirven para avisar al divertido y aprovechan para escarmentar al confiado.

Pudiera también ofrecer reparo el haber desenlazado nuestro autor dos de sus dramas con el suicidio de los protagonistas. Creía el poeta ser de todo punto necesaria la catástrofe si había de resultar la terrible lección moral que se propuso, castigando con pena eterna en Doña Mencía la intolerancia llevada al último extremo de inflexibilidad, y en Luciano el brutal egoísmo que no se detiene ante ningún humano respeto. Ya en los albores del teatro español se apeló al recurso del suicidio en dos de las piezas más notables de Juan del Encina.

Cuéntase Hartzenbusch de los primeros que en estos tiempos y con deliberada resolución han cultivado entre nosotros el drama simbólico, personificando un vicio ó una virtud, con todas sus grandezas ó feos colores, y deduciendo lógica y poéticamente de cada una de sus fases legítima consecuencia y bienhechora enseñanza.

También ha hecho ensayos en el drama filosófico para esclarecer en la escena con ingeniosa fábula una tesis moral, más propia de aulas al parecer, que de coliseos, y desbaratar así en tan ancha arena errores y engaños comunes que arrastran al hombre á un precipicio. Pero ha llevado á cabo el propósito, no apelando á caprichosas imaginaciones, sino buscando ejemplos en lo real, y penetrando en las entrañas de la naturaleza humana.

Sus conocimientos en historia, y el cariño á todo aquello en que se refleja la índole del pueblo español ó constituye las glorias de nuestra patria, le impulsaron á escribir el drama histórico, procurando siempre retratar fiel y esmeradamente los rasgos característicos de los personajes verdaderos. Aderezan sus cuadros mil curiosidades, primores y noticias, olvidados entre el polvo de archivos y bibliotecas; y no pocas veces el dramático toma oficio de crítico, ó de hábil arqueólogo que reune y compagina fragmentos despedazados de bajos relieves griegos ó de vasos etruscos, para conocer y reproducir con exactitud trajes, muebles y objetos antiquísimos.

Afanoso de ensayarse en todos los géneros, cultivó también el drama anecdótico y la comedia anecdótica, procurando enlazar con verosimilitud una anécdota verdadera á otra fin-

gida. Y bien que otorgue el drama, por su índole, mayores libertades y licencias que la comedia (la cual, por ser un hecho de la vida común, puede fácilmente reducirse á las reglas llamadas clásicas), supo Hartzenbusch que el poeta no ha de mentir, sino fingir; y que las galas poéticas divinizan lo humano y suben de punto la ternura ó la grandeza de los sentimientos.

Siempre diferente y siempre el mismo, el verdadero ingenio jamás escribe por patrón, ni aliña un solo manjar desfigurado con distintos condimentos. En cuanto deja espigado un campo, vuela á otro para resplandecer en todos.

Este mérito hay forzosamente que reconocer en Hartzenbusch, entendimiento grande, tal vez superior á su corazón, y tan grande como su actividad maravillosa.

Quien registre sus escritos, le hallará traductor infatigable desde 1823; cinco años adelante, refundidor de comedias antiguas; autor original en 1831; crítico en 1840, y con mayor asiduidad y empeño en 1846 y 1847, aunque pagando tributo alguna vez á la flaqueza humana; docto y esmerado ilustrador de los mayores dramáticos del siglo XVII, desde 1839; y siempre dando muestras de su aplicación é ingenio en multitud de composiciones litera-

rias de diversa índole, y que, por reducidas que sean, todas encierran un pensamiento, ya sentencioso y doctrinal, ya tierno, expresivo ó delicado: de las cuales, muchas forman parte de las colecciones de sus cuentos y fábulas. ¡Lástima que alguna vez la pasión y ataduras políticas tuerzan el vuelo de quien tenía empuje para dominar siempre en espacios de purísima y vivificadora luz!

A fuerza de estudio, observación y sabia advertencia, logró adquirir aquel estilo expresivo, serio y elegante, verdaderamente español, que enamora en el Romancero; sentencioso á semejanza de Alarcón; epigramático á la manera de Tirso; elevado y conceptuoso á veces recordando á Calderón, y á veces apropiándose el candor y la frescura de Lope (1).

(1) CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE HARTZENBUSCH,

ORDENADAS POR GÉNEROS.

DRAMAS SIMBÓLICOS. *Doña Mencía* (tres actos), estrenado en el teatro del Príncipe, el 9 de noviembre de 1838.—*Honoria* (cinco actos), en el mismo coliseo, á 6 de mayo de 1843.—*La madre de Pelayo* (tres actos), allí también, el 24 de marzo de 1846.—*La ley de raza* (tres actos), en el teatro del Drama, á 24 de abril de 1852.—*Vida por honra* (tres actos), en el teatro del Príncipe, á 9 de octubre de 1858.

DRAMA FILOSÓFICO. *Primero yo* (cuatro actos), estrenado en el teatro del Príncipe, á 14 de abril de 1842.

DRAMAS HISTÓRICOS. *Las hijas de Gracián Ramírez*

Fuera de los *Amantes de Teruel*, que salió perfecto y hermoso del entendimiento de Hartzenbusch, cual Minerva de la cabeza de Júpiter, dos épocas se distinguen en los dramas de

ó *La restauración de Madrid* (cuatro actos), silbado en el coliseo de la Cruz, á 8 de febrero de 1831. No se imprimió.—*El Infante D. Fernando el de Antequera*, ó *La Jura de D. Juan II* (tres actos); debe corresponder al año de 1831, pero no se representó ni se dió á la estampa.—*Los Amantes de Teruel* (cinco actos), estrenado con sumo aplauso en el teatro del Príncipe el 19 de enero de 1837.—*Alfonso el Casto* (tres actos), en el coliseo de la Cruz, á 25 de junio de 1841.—*La Jura en Santa Gadea* (tres actos), en el teatro del Príncipe, el 29 de mayo de 1845.—*El Mal apóstol y el Buen ladrón* (cinco actos), en el teatro del Circo, á 25 de febrero de 1860.

DRAMA ANECDÓTICO. *El Bachiller Mendarias* (cuatro actos), estrenado en el teatro del Príncipe, á 15 de octubre de 1842.

COMEDIA MORATINIANA. *Un sí y un no* (tres actos), estrenada en el propio coliseo, á 18 de febrero de 1854.

COMEDIA ANECDÓTICA. *La Archiduquesita* (tres actos), allí también, el 8 de noviembre de 1854.

COMEDIAS DE CARÁCTER. *La Visionaria* (tres actos), estrenada en el teatro del Príncipe, á 21 de marzo de 1840.—*La Coja y el Encogido* (tres actos), en el coliseo de la Cruz, el 16 de junio de 1843.—*Juan de las Viñas* (dos actos), en el mismo teatro, á 12 de marzo de 1844.

COMEDIAS DE MAGIA. *La Redoma encantada* (cuatro actos), estrenada en el teatro del Príncipe, el año de 1839.—*Los polvos de la madre Celestina* (cuatro actos), en el coliseo del Príncipe, el año de 1841. Fué refundida con poca felicidad por su autor en 1855.—*Las Batuecas* (tres actos), en el teatro del Príncipe, el año de 1843. No gustó.

ZARZUELA. *Heliodora* ó *El Amor enamorado* (tres actos), en el teatro de Apolo, á 28 de septiembre de 1880.

nuestro académico: una que finaliza en 1843, otra que comienza desde el año siguiente. Son más obscuros y complicados los de la primera en su argumento, más largos, más recargados

LOAS. *La alcaldesa de Zamarramala:* se estrenó en el coliseo de la Cruz, á 13 de octubre de 1846, y no está impresa.—*Derechos póstumos*, en el teatro del Príncipe, el 17 de enero de 1856.—*La hija de Cervantes*, en el propio coliseo, á 23 de abril de 1861.

REFUNDICIONES DE NUESTRO ANTIGUO TEATRO. De Lope: *La esclava de su galán.*—*Sancho Ortiz de las Roelas.*—De Tirso: *Desde Toledo á Madrid* (en esta refundición tomó parte Bretón de los Herreros).—De Calderón: *Los empeños de un acaso.*—*Guárdate del agua mansa.*—*El médico de su honra.*—De Rojas: *El amo criado:* representóse en el teatro de la Cruz, á 24 de abril de 1829.—De Moreto: *La confusión de un jardín.*—De Coello: *Dar la vida por su dama.*—De Bances Candamo: *Por su Rey y por su dama.*

COMEDIAS ESCRITAS POR HARTZENBUSCH CON OTROS INGENIOS. *¡Es un bandido!* Con D. Manuel Juan Diana.—*Una onza á terno seco.* Con D. Tomás Rodríguez Rubí.

JUGUETE. *El niño desobediente* (dos actos). Obra escrita para niños, por encargo de D. Juan Caborreluz, que se representó en Palacio en un teatro mecánico ó fantasmagórico.

IMITACIONES, REFUNDICIONES Y TRADUCCIONES DE OBRAS EXTRANJERAS. *Mérope*, de Alfieri.—*L'École des pères*, de Pirón. Se representó por febrero de 1827, en casa de Hartzenbusch, y después en Barcelona; pero no está impresa.—*Le Mariage forcé* y *Le Cocu imaginaire*, de Molière.—*Attendez-moi sous l'orme* y *Le Retour imprévu*, de Regnard, estrenada la traducción de esta última en el teatro de la Cruz, el 18 de agosto de 1829; pero no impresa.—*Les Bourgeoises à la mode* y *Le Tuteur*, de Dancourt (un acto), estrenada en el coliseo de la Cruz,

en sucesos y lances embarazosos é inútiles, más ricos en sutilezas y pormenores, más inciertos y erráticos en su desarrollo. Las censuras de personas advertidas y competentes

á 23 de septiembre de 1829; pero no impresa.—*L'Ecossaise; Nanine; L'Enfant prodigue;* las tragedias *Adélaïde du Guesclin* (bajo el título de *Doña Leonor de Cabrera*, y luego de *Floresinda)* y *Oedipe*, todas de Voltaire; pero la penúltima imitada, y ésta refundida.—*L'Esprit de contradiction*, de Dufresny.—*La noce sans mariage* (con el título de *Función de boda sin boda); L'Acte de naissance; Monsieur Musard; Le Collatéral; La Maison en Loterie; Le Voyage interrompu:* todas de Picard.—*Angèle* (con el título de *Ernesto)*, de Dumas.—*La pupila y la péndola; El barbero de Sevilla; El doctor Capirote; Los dos maridos; El abuelito*, y *La independencia filial* (escrita para niños): todas de diversos autores.—*El novio de Buitrago*, traducida, con D. Eugenio González Apousa.—*La abadía de Penmarch*, traducida, con D. Nemesio Fernández Cuesta.—*Le Tambour nocturne*, de Destouches, traducida, con D. Manuel González Acevedo.—*Jugar por tabla*, arreglo de la comedia francesa *Gabrielle*, hecho en unión de los Sres. D. Luis Valladares y Garriga y D. Cayetano Rosell.

Hallábanse muchas de estas obras ya traducidas, sin que Hartzenbusch lo supiese; por lo cual no se representaron en los coliseos de la corte. Fuéronlo, no obstante, en casa y teatro particular de un primo del traductor, calle de la Flor Baja: *El hijo pródigo*, *La pupila y la péndola* y *Floresinda;* como también *El barbero de Sevilla*, con decoraciones pintadas por el granadino Aranda, que á la sazón comenzaba á distinguirse bajo la dirección de Blanchard. Hízose *El espíritu de contradicción* en el antiguo teatro de aficionados de la calle de Enhoramalavayas, después Travesía de la Parada.

Según este catálogo, donde de seguro no se registran todos los trabajos escénicos de nuestro poeta, asciende

llamáronle á cuentas consigo mismo, y uniendo á esta consideración los reparos y hablillas del público en las representaciones de *Primero yo*, *El Bachiller Mendarias* y *Honoria*, decidióse á recoger velas y á refundir alguna de sus anteriores composiciones, formando el propósito de tomar en las nuevas diferente rumbo. Quiso darles mayor claridad, evitar la confusión economizando lances y refrenando el natural ingenio, y hacer más sencillos y regulares los poemas: ejemplo de docilidad y mo-

á sesenta y nueve el número de las producciones: de ellas, veinticinco originales; diez refundidas, y traducidas de teatros extranjeros, treinta y cuatro.

Pero no menos atestiguan su laboriosidad y fecundo ingenio las siguientes publicaciones: *Ensayos poéticos y artículos en prosa, literarios y de costumbres*, 1843.—*Fábulas, puestas en verso castellano*, 1848.—*Cuentos y fábulas*, 1861.—*Obras de encargo*, 1864.—*Notas al Don Quijote:* Barcelona, 1874.—Nueva edición, corregida por el autor en esta colección misma, 1873.—Biblioteca de autores españoles: tomo V, *Comedias escogidas de Tirso de Molina*, 1848; tomos VII, IX, XII y XIV, *Comedias de Calderón*, 1848 á 1850; tomo XX, *Comedias de Alarcón*, 1852; tomos XXIV, XXXIV, XXXVIII y LII, *Comedias escogidas de Lope*, 1853 á 1860.

De las obras de nuestro académico hay las colecciones siguientes:

Obras escogidas de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Baudry, Colección de los mejores autores españoles, XLIX: París, 1850.

Obras escogidas. Edición alemana, dirigida por el autor. Tomos XIV y XV de la Colección de autores españoles: Leipzig, 1863.

destia inusitado entre el *genus irritabile*, en el cual decía Cervantes que no hay poeta que no se tenga por el mayor del mundo.

Eligió asuntos pequeños para probar sus fuerzas; y como saliese con su intento en *Juan de las Viñas*, puso la mira en obra de otra importancia. Pero *La Jura en Santa Gadea*, que se recomienda por escenas de extraordinario vigor, colorido y efectos dramáticos, sacó aún muchos versos, demasiada historia, excesivas descripciones de que hoy gusta poco el teatro, el cual pide ante todo acción é interés; y se convenció el autor de que todavía necesitaba más enmienda. Entonces, á manera de quien para enderezar un árbol torcido le dobla con extremo hacia la parte contraria, huyendo de un vicio cayó en otro en *La madre de Pelayo*, en que siguió de cerca la *Mérope*, de Maffei, y la de Alfieri, que ya anteriormente había vertido al castellano; y no por falta de arte, sino por exceso de buen deseo. La exagerada economía en la explicación de algunos antecedentes, fué parte (por tratarse de costumbres sólo conocidas de gente docta) para que el vulgo dejase de entender bien *La ley de raza*, y de apreciar todo el interés de su magnífico argumento. Los antiguos pintaron sanos y enteros á sus dioses, exceptuando á uno que entre ellos era artífice, al cual fingieron cojo. Las obras

de arte han de cojear siempre de algún lado. Sin embargo, llevan las que desde entonces trazó la experimentada pluma de Hartzenbusch, el sello de un profundo conocimiento de las verdaderas reglas clásicas y de las peculiares inclinaciones y gustos del público español, por más que la libertad, exuberancia y opulenta fantasía de algunos trabajos anteriores ofrezcan singular atractivo, como todo lo que participa de la lozanía propia de la juventud. La luz de la aurora es más brillante que la del crepúsculo vespertino.

Poco supera y poco puede igualarse á las producciones literarias de diverso género, correspondientes al segundo período, en lo correcto, elegante, sencillo y castizo de la forma. Sobre este punto llegó á ser tan escrupuloso el poeta, que las corregía repetidas veces aun después de publicadas: tarea que le trajo afanoso hasta pocos años antes de su muerte. Nada más natural: si el entendimiento, como dice Cervantes, suele mejorarse con los años, y este beneficio se alcanza sin otra ayuda que la experiencia, ¿qué no se mejoraría el privilegiado del Sr. D. Juan Eugenio, que nunca dejó de estudiar y aprender? Cada día encontraba algo que enmendar en sus obras; y corrigiendo con preferencia y mayor empeño aquéllas que más estimaba y que han de vivir

eternamente, no hay duda que logró perfeccionarlas. Opinan algunos que no lo consiguió siempre, y oponen: que la lima desgasta el relieve en los rasgos hermosos y característicos de la primera mano ó primera intención; que el excesivo afán de razonar y justificar las cosas, encadena la fantasía; que no se retoca con el calor y el entusiasmo con que se crea; y por último, que no debe sacrificarse nunca el pensamiento á la forma, ni el efecto á la verosimilitud, porque á veces un grito inarticulado expresa tanto como el más elocuente y correcto discurso, y porque en la vida real se ven cosas tan extrañas y fuera de razón, que parecen imposibles.

Materia es ésta larga de tratar y difícil de resolver. Para mí, sin embargo, resulta incuestionable: que no caben en el teatro todas las verdades, y que no debe sacrificarse nunca en él la verosimilitud moral; que todo pensamiento puede decirse galana y correctamente; y que no hay defectos incorregibles en las obras del ingenio, fuera de los constitutivos, ó que están encarnados en el asunto. A ellos pertenece la obscuridad del nebuloso drama trágico *Primero yo*, que jamás, é hizo muy bien, intentó reformar Hartzenbusch. Aplaudamos que retocara sus obras, y que se conserven los textos primitivos, á fin de comparar las

variantes y obtener muy provechoso estudio.

Movió su pluma al producir tantos y tan diferentes trabajos, casi siempre la voluntad libre y enamorada del asunto; y no pocas veces, la exigencia de amigos y de empresas teatrales ó periodísticas.

Entre sus bien intencionadas producciones, á más del preciosísimo cuento *Mariquita la Pelona*, destinado á consolar el quebranto de una hermosa dama, á quien, con motivo de grave enfermedad, fué necesario cortar el cabello, debe mencionarse *La Archiduquesita*, comedia escrita expresamente para que la malograda, admirable niña Rafaela Tirado, que apenas contaba entonces (1854) doce años de edad, pudiera lucir su precoz talento y prodigiosas dotes para la escena. El ingenio de Hartzenbusch, diestro en vencer mayores dificultades, hizo un cuadro que parece fotografiado de la humana vida, clásico en la traza y en las formas, artificioso y bien ordenado, verosímil en los sucesos, natural en los afectos, animado en las tintas, discreto en las razones, y tan decente y regocijado en las burlas, como provechoso en las veras, donde su protegida recogió gran cosecha de aplausos y ganó reputación de actriz maravillosa. Todo el mundo pronosticaba glorioso porvenir á la interesante criatura; pero el 13 de marzo de 1859, el soplo

de la muerte deshizo tanta juventud y tan halagüeñas esperanzas.

Pertenecen á los trabajos forzados de Don Juan Eugenio las tres famosas comedias de magia que llevan por título *La Redoma encantada*, *Los Polvos de la madre Celestina*, y *Las Batuecas*, y el drama religioso *El Mal apóstol y el Buen ladrón*. La primera, originalísima; la segunda, trazada sobre la francesa *Las Píldoras del diablo*, pero tan bien acomodada á nuestro teatro, que merece carta de naturaleza española; y la última, simbólica y doctrinal, admirablemente imaginada y escrita. Decía con mucha gracia nuestro poeta, haber compuesto las tres primeras á medias con el pintor Lucini. Imposible parece que se pueda trazar nada tan literario en el género de tales producciones, el cual (más inocente é ingenioso que el llamado bufo, cuyo fin es ridiculizar y desautorizar cuanto hay de respetable y sagrado en la tierra) hoy ya, por lo común, sólo aspira á divertir el ánimo con payasadas y con la variedad de decoraciones, juegos de transformación, bailes, disfraces y comparsas. Pero las comedias de magia de Hartzenbusch enseñan algo y nos regocijan mucho, por la intervención de figuras históricas ó tradicionales, por las oportunas alegorías, cultura de la sátira y discreción de los chistes.

Después que durante algunos años se estuvo representando en varios teatros de España con grandes productos y con afición y respeto del auditorio el drama sacro-bíblico titulado *La Pasión*, escrito por D. Antonio Altadill, sobre el auto de Fr. Jerónimo de la Merced, se dictó, precedido de un *monumental preámbulo*, el Real decreto de 30 de abril de 1856, que prohibió «la representación de los dramas sacros ó bíblicos, cuyo asunto pertenezca á los misterios de la religión cristiana, ó entre cuyos personajes figuren los de la Santísima Trinidad ó la Sacra Familia.» Desde entonces los empresarios veían sucederse unas cuaresmas á otras, recordando tristemente las antiguas ganancias, y en vano solicitaban de los poetas un drama de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en que no apareciese el Divino Redentor ni su Madre Santísima. No faltó algún autor que les contestase con esta poco reverente pregunta: ¿Creen ustedes que se puede hacer chocolate sin cacao, azúcar ni canela? Pero Hartzenbusch resolvió el problema escribiendo con estro soberano *El Mal apóstol y el Buen ladrón*, donde, si bien no salen las figuras de Jesús y María, constantemente se las ve sin verlas y se las oye sin oirlas, y el espectador las sigue anhelante y conmovido desde Belén hasta la cumbre del Calvario. ¿Qué mayor prueba de habilidad y de ingenio?

También pertenece al grupo de las producciones obligadas el libro de la zarzuela *Heliodora ó El Amor enamorado*, ó sea la fábula de Psiquis y Cupido, más literario que teatral, y que, por parecer muy costosa su representación y que el éxito no correspondería á los gastos, ó por otras causas, estuvo muchos años sin ver la luz pública, hasta que el vate lo dió á la estampa en la colección que lleva por título *Obras de encargo*. Pero al fin, muerto ya el insigne autor, se estrenó en el teatro de Apolo, con brillante aparato y hermosa música del señor D. Emilio Arrieta, á 28 de septiembre de 1880.

Cúmpleme ahora volver atrás, si he de satisfacer á noble é irresistible impulso. Ya tengo dicho que la hégira literaria de nuestro poeta debe contarse desde que escribió *Los Amantes de Teruel*; que este poema fué uno de sus mayores y mejores triunfos escénicos; que si tiene obras más ajustadas á los preceptos clásicos del arte, ninguna revela tanto la espontaneidad, entusiasmo y lozanía de la juventud, y que no pudo elegir su autor un asunto de mayor interés para toda clase de personas y para todos los tiempos.

Nuevo Prometeo, logró reanimar dos estatuas, casi enterradas en olvido completo: dos modelos que ofrecen el más hermoso testimo-

nio del fuerte imperio de la pasión divina, alma del universo, móvil á que debe su reproducción cuanto vive en la tierra, fuerza misteriosa que enlaza dos corazones, entrambos nacidos el uno para el otro, de tal manera que sólo existan para amarse y únicamente gocen una felicidad: la de estar unidos; y sólo padezcan un quebranto: el temor de poderse ver separados; y sólo alcancen un género de muerte: su separación. Si á estas dos almas de finísimo temple las pone á prueba en su bárbaro crisol el infortunio, las lágrimas y la compasión de los pechos sensibles están de su parte; y cuando aquellos dos corazones extreman su pasión hasta el sacrificio de la existencia, siglos y siglos durará en la tierra su memoria. Y entonces ¿dejará de ser envidiable su muerte? No consiste muchas veces en los prósperos sucesos la dicha, sino en la grandeza y ternura que rodea á la adversidad. ¿Qué tiene ya que desear quien puede morir de amor? ¿Quién no daría, por amar como dos finas almas se amaron, el morir como murieron? Los mismos que de ellas se burlan motejándolas de necias, carcómense de envidia y son pregoneros incansables de su heroísmo.

Ufánase todo pueblo con la historia de dos amantes desdichados; cada civilización muestra los suyos en competencia de los antiguos;

cantando sus desventuras, inmortalízanse los grandes poetas. ¿Qué asunto más bello en su lira, que Píramo y Tisbe espirando junto á los ríos de Babilonia; Leandro, arrebatado por las furiosas olas del Helesponto, y Ero no sobreviviéndole; Carites, dando la vida por Lemolemo; Filis, por Demofonte; Laodamia, por su marido; Safo, por un ingrato? ¿Cuándo se olvidarán los atrevidos temblorosos besos que sellaron los labios de la infeliz Francisca de Rímini; las quejas del enamorado Macías; el estrecho abrazo de Tagzona y Hamet, que en la muerte confundió dos almas y dos cuerpos, arrojándolos desde la peña de Archidona; la fe inquebrantable y trágico fin de Julieta y Romeo, y de Lucía y Edgardo, cuyas ansias sólo hallaron término en el reposo de la tumba; y cuándo, por último, el intenso fuego de Isabel de Segura y Diego Marsilla, lauro del Turia y hermoso honor de España?

Estudiar este afecto en su mayor pureza, penetrar en sus misterios, identificarse con él por medio de la inspiración, y encontrar su fórmula poética más perfecta, después que infructuosamente la han estado buscando seis siglos, es fortuna que lograron muy pocos, es corona que ostenta D. Juan Eugenio Hartzenbusch en el drama de *Los Amantes de Teruel*. Y á la manera que no habría sido completa la

gloria de quien descubrió un nuevo mundo, á no haber éste surgido de las olas más lozano, floreciente y maravilloso que el antiguo, de más salutíferos y corpulentos árboles, de montes más cargados de plata y oro, de mares y ríos más extraordinarios, de peces y aves, partículas vivas del arco iris, — no habría nuestro dramático elevado á la mayor altura su poema, á no darle nueva luz, recuerdos peregrinos y preciosas noticias la historia, tesoros mil la filosofía, y las musas y la naturaleza entera su mayor pompa y atavío.

Pero así como la belleza de cualquier asunto, en su perfección literaria extremada, no tiene más que una sola fórmula, así tampoco la útil, completa y acertada crítica; y ha de repetir sus mismas razones quien viene después, ó ha de quedar muy por debajo de ellas. La crítica que del drama de *Los Amantes de Teruel* hizo Larra (último rasgo literario, si recuerdo bien, de aquella pluma cuyo puesto había de ocupar muy pronto un arma homicida), es de lo más notable que en su género posee la literatura española. No cause extrañeza si traigo á colación más adelante alguna especie de las de aquella crisis tan justa y con tanta unanimidad aplaudida por el público.

Únicamente en las épocas á que es dado el triste y estéril privilegio de negarlo y destruir-

lo todo, pudo ponerse en duda una tradición constantísima, apoyada por eficaces testimonios y fundamentos de su verdad. Mas la fuerza de la verdad es tan grande, que derriba y oprime al fin el orgullo y soberbia de los entendimientos mediocres y raheces, quedando á cargo del tiempo y de los desvelos de espíritus generosos disipar las tinieblas y el caos en que se apacientan la vanidad y la ignorancia.

A principios del siglo XIII vivían en la calle de los Ricoshombres, de Teruel, amándose desde el abril de su vida, Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla é Isabel de Segura, cuya unión dificultaban la falta de bienes del galán y querer el padre de la dama hacerla esposa de Azagra, hermano del señor de Albarracín. Recabó el infeliz mancebo que esto se aplazase para dentro de cinco años, si antes el cielo no le ofrecía la gloria de pedir y alcanzar la mano de Isabel, rico y poderoso en la guerra á que toda la cristiandad se aprestaba contra los innumerables ejércitos africanos, que, ambicionando oprimir á España entera, asordaban el confín de Andalucía. Hallóse en la batalla de las Navas de Tolosa, y en las empresas y triunfos que de allí se siguieron, una vez roto el valladar de Sierra-Morena. Pero como invirtiese los cinco años del plazo en ganar despojos y riquezas en buena lid, pisó la tierra

natal lleno de las más dulces esperanzas en el propio día y á la misma hora que daba Isabel de Segura (estrechada muy apretadamente por sus padres) su fe y su mano de esposa al rico Azagra en la parroquial de San Pedro. Corrió al templo, y alborotándose con tan inopinada vista los espíritus de ambos amantes, acongojóse de tal manera el corazón de ambos, que viniendo á tierra con un desmayo, exhalaron casi á un tiempo la vida. Del dolor y lástima pasaron los circunstantes á la ira, volviendo á recrudecerse los bandos y parcialidades que dividían la población, y hubieran acudido á las armas á no mediar el clero y los venerables mártires Fr. Juan y Fr. Pedro de Pisa, que satisficieron y calmaron los ánimos con disponer que una misma sepultura juntase los cuerpos que había separado fieramente el destino, y que ésta se abriese en la capilla de San Cosme y San Damián, lindante con el cementerio de aquella misma iglesia. Honor hasta entonces á nadie concedido, que facilitaron el valor de las familias de los Azagras, Marsillas y Seguras, lo extraño del caso y la singular grandeza de aquella pasión amorosa, limpia de crimen y por su pureza y vehemencia santificada. Esto aconteció después de la primavera de 1217, siendo juez de Teruel D. Domingo Celladas.

Hasta aquí la tradición conservada de padres á hijos en la familia de Marsilla. Pero de otra manera, aunque todos uniformes, vulgo y poetas, refieren el suceso con novelescas circunstancias. Cuentan que al volver Diego halló á la doncella desposada, consiguió esconderse en la misma cámara de los novios, y mientras dormía su dichoso rival, habló á Isabel, dióle amargas quejas y oído á sus disculpas, demandando ardientemente de ella un beso, por última señal de aquel malogrado cariño. Isabel, como honrada, se lo negó y le constriñó á que se fuera; mas interpretando Marsilla esto por desamor y olvido, espiró de pesadumbre en el acto. Espantada aquella mujer hubo de despertar á su marido, refirióle su cuita y sacaron el cadáver de casa. A los funerales asistieron los desposados por mayor disimulo; pero anhelando la desventurada Isabel de Segura besar muerto á quien vivo no le era lícito, al clavar sus labios en el helado rostro de su amante, rindió el postrimer suspiro.

Los aragoneses que dominaban en Sicilia y traficaban por toda Italia, debieron de llevar allí la fama de estos desgraciados amores, en alguna trova, de que el Boccacio por los años de 1350 pudo aprovecharse para su novela florentina de *Girolamo y Salvestra*, aderezándolos á su gusto y atribuyéndolos á italianos, como

hizo con anécdotas de otros países, no nada escrupuloso. Canciones lemosinas y tal cual nota, que podríamos llamar doméstica, conservaron en Teruel la memoria de tan amarga desventura: con cuyos datos se extendió en forma de cuento una relación á principios del siglo xv, que ha llegado testimoniada á nosotros. Labrando, el año de 1555, nueva de antigua, una capilla de la iglesia de San Pedro, halláronse enteros los cuerpos de los amantes, en sendos cajones ó ataúdes, novedad que reverdeció su nombradía, inflamó á los poetas é instigó tal vez á Pedro de Alventosa, vecino de aquella ciudad, á que escribiese en redondillas y publicase por entonces su *Historia lastimosa y sentida de los tiernos amantes Marsilla y Segura, ahora nuevamente copilada y dada á luz;* rarísima impresión en letra gótica, de la cual un solo ejemplar se conoce en la rica biblioteca del palacio de Blenhein (Inglaterra), propia de los duques de Malborough (1).

Una obrilla harto ingeniosa hubo de com-

(1) A mi querido amigo el joven y ya insigne escritor y sabio catedrático y académico, D. Marcelino Menéndez Pelayo, debí la primer noticia de existir en la Biblioteca Nacional de París, y en la de los Duques de Gor en Granada, sendos códices donde Pedro Láinez, poeta complutense, amigo de Cervantes y muy elogiado en la *Galatea*, refiere largamente la historia de los amantes, en una de sus poesías.

poner por los años de 1577, Bartolomé de Villalba y Estaña Doncel, vecino de Jérica, intitulada *Los veinte libros del pelegrino curioso, y grandezas de España, dedicados al duque de Saboya, príncipe del Piamonte, donde se introduce la verísima historia de los Amantes de Teruel*. Dió á la estampa en 1581 micer Andrés Rey de Artieda, valenciano é infanzón de Aragón, su tragedia de *Los Amantes*, librillo que es hoy de peregrina rareza, y primera obra dramática donde figuran estos célebres personajes. No mucho después se imprimió en Alcalá de Henares, año de 1588, el *Florando de Castilla, lauro de caballeros*, compuesto en octava rima por el licenciado Hierónimo de Güerta, natural de Escalona: y al canto noveno, entra por modo de episodio la celebrada historia de los amantes. Cuya fama llegó á ser tal en estos reinos, que, por ello, visitó Felipe III la iglesia de San Pedro en los días 3 y 4 de septiembre de 1599, cuando estuvo en Teruel, de paso para Valencia, al tiempo de su matrimonio con la Reina Doña Margarita: así parece de la relación impresa de aquella jornada. Juan Yagüe de Salas, secretario de la ciudad, compuso é imprimió en Valencia, año de 1616, su epopeya trágica de *Los Amantes de Teruel*, en veintiséis cantos, que continuó su hijo Agustín, bien que este segundo trabajo aún permanece inédito.

Nadie se había atrevido hasta aquí á dudar acerca de un hecho incontestable, cuando en 1618 vino á calificarlo de fabuloso la *Historia eclesiástica y secular de Aragón*, publicada por Blasco de Lanuza, fundándose en que no hacían mención de él ciertos anales de la villa, ni escritores clásicos y de autoridad, ni letreros de mármol, como si por los historiadores graves que erizan sus discursos de tratados, negociaciones y batallas, se escribiese renglón de tantos infortunios domésticos, de tantas muertes de pena y de dolor que diariamente ocurren, y se dan al olvido á la hora de sucedidas. Pero el pueblo, que tiene su gusto particular histórico, hace más caso de estas aventuras tristes, que de los escarceos y zapatetas de los historiógrafos; y tanto como el dicho ligero, desabrido y solemne de éstos, vale la tradición constante, fija y respetuosa de aquél. Sintiéronse de ello el clero y las personas instruídas, que nunca imaginaron se atreviese nadie á negar un suceso como el de los amantes, y trataron de buscar documentos que lo comprobaran. Dieron efectivamente en el archivo del ayuntamiento con la relación incompleta y rota del siglo xv, inclusa en unos curiosos anales de Teruel; exhumaron á 13 de abril de 1619 los restos de Isabel y Marsilla, que estaban en sus dos féretros, y vieron en

el del varón un escrito que decía así: «Este es Diego Juan Martínez de Marsilla, que murió de enamorado.» Extendióse acta de todo y se protocolizó testimonio, instrumento que por fortuna pareció en 1822, para desvanecer nuevas dudas, suscitadas á principios del siglo actual con motivo de una relación falsa que existía en la parroquial de San Pedro.

De aquí tomó vuelo nuevamente la tradición; y una vez llevada al teatro, hiciéronla en repetidas ocasiones asunto de sus dramas los poetas, y con esto popular y famosa por dilatados siglos. Ensayó en ella su numen Tirso de Molina, cuyos pensamientos y palabras reprodujo el Dr. Juan Pérez de Montalbán. Pero todos los dramáticos han traído equivocadamente el suceso al año de 1535, el mismo de la gloriosa jornada de Carlos V sobre Túnez.

El primer libro de geografía en que se recuerda la historia de los enamorados, es el Atlas de Bleu, impreso en Amsterdam, año de 1672.

Desde 1619 permanecieron los ilustres esqueletos, con abandono á merced de los curiosos, en la iglesia parroquial; pero en 1708, por la obra nueva que allí se hizo, fueron trasladados al claustro inmediato, y colocados de pie en un armario poco digno dentro de la pared, donde permanecieron recibiendo visitas,

favores y disfavores de cuantos pisaban aquella población, hasta que en 1854 se les labró digno y honroso monumento á manera de templete, en un salón que da al claustro, y cuya antigua bóveda bizantina le realza. Ocupa el centro del monumento muy rica urna de cristal, y continúan allí de pie, como antes, los dos esqueletos: el de Isabel á mano derecha, cubiertos con delicados cendales desde la cintura á la rodilla.

Concluyamos formando catálogos de las posteriores noticias bibliográficas relativas á tan famoso acontecimiento.—1780. D. José Tomás Garcés presentó á S. M. una *Memoria genealógica, justificada, de la familia que trae el sobrenombre de Garcés de Marsilla;* y cinco años después vulgarizó un extracto de ella el *Memorial literario de Madrid.*—1789. En Murcia se imprimió un *Diario de la marcha del regimiento de Dragones de Numancia, desde Navarra á Murcia, en* 1788, por D. Manuel Fernández de Salazar, donde se canta el mayor lauro de Teruel. —En 1808, y en Madrid, D. Isidoro de Antillón dió á la estampa sus *Noticias históricas sobre los Amantes de Teruel;* pero falto de documentos útiles, no apreció atinadamente la verdad. Antes habían visto la luz en el papel periódico intitulado *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, que dirigía Quintana.—A 19 de

enero de 1837 estrenóse con desusado aplauso en el teatro del Príncipe, el drama *Los Amantes de Teruel*, en cinco actos, en prosa y verso, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—En 1838, las prensas de Valencia publicaron la novela de *Marsilla y Segura* ó *Los Amantes de Teruel*, historia del siglo XIII, por D. Isidoro Villarroya.—En el mismo año, la *Noticia histórica de la conquista de Valencia*, por D. Luis Lamarca, que toca este particular.—Cuatro años después, en la propia ciudad, sacó á luz D. Esteban Gabarda su *Historia de los Amantes de Teruel*, escrita con claridad y acierto, acompañada de curiosos documentos y de excelentes observaciones críticas.—En 1843 insertó notable artículo de Hartzenbusch sobre el mismo asunto, el periódico intitulado *El Laberinto*, correspondiente al 16 de diciembre.—Y lo último que ha salido de molde en el particular, son cuatro pliegos impresos en Valladolid, año de 1852 (extracto de la novela valenciana de 1838), que venden los ciegos por las calles.

Contra el silencio de las crónicas españolas, contra la novela del Boccacio, contra las dudas de Lanuza y Antillón acerca del suceso prodigioso de los amantes, existen sus cadáveres en Teruel, una tradición no interrumpida de seis siglos, y un muy antiguo escrito:

con lo cual basta para tener el hecho por verdadero. Razón es ya volver al drama que ha puesto en mis manos la pluma.

Ufanábase, hacia los primeros días de febrero de 1837, el que todos apellidaban mordaz, maldiciente y satírico, el desenfadado Larra, tributando elogios con sinceridad y entusiasmo al hombre modesto que, sin pandilla literaria ni alta posición que le abonase, en veinticuatro horas supo convocar á un pueblo, conmover su corazón y esclavizar su juicio, arrancarle vivos aplausos y aclamaciones legítimas, conquistándose nombre imperecedero. Ponderaba la dificultad que ofrecía el asunto por su publicidad misma, por lo intenso del amor de los héroes, que la tradición y la imaginación abultan á lo infinito; y sobre todo, por los obstáculos que debían removerse para persuadir al auditorio que la amante podía dar su mano á quien no fuese dueño de su corazón. «Era preciso (dice) poner á Isabel en posición tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente; pues sólo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor, con raro tino, ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfección misma de su protagonista, inventando un episodio bellí-

simo en la pasión criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discreción, que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre. Rodeada la doncella por todas partes, creyendo que su amante le ha faltado, cumplido el plazo, estrechada por el honor y la felicidad de su madre y por los inmensos beneficios de Azagra, cede, no á la seducción ni á la inconstancia, sino al deber. Pero Azagra no es un monstruo: es un hombre locamente enamorado, con quien el espectador llega hasta á reconciliarse. De esta suerte preside al drama, no la maldad, sino la fatalidad, la infausta hermosura de Isabel, causa y origen de propias y ajenas desventuras.

»Marsilla, luchando á brazo partido contra la fatalidad, es una creación llena de valor y entereza. Pobre, se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad; torna á su patria, y en el momento más crítico es sorprendido por unos bandoleros que no pueden comprender, cuando le roban su tesoro, que le roban, con el tiempo, la vida. Las campanas le anuncian que Isabel está casada; el crimen es el único recurso que le queda; un vínculo sagrado le priva de su bien. Es sacrílego, es injusto.

—En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruído.

Respuesta, por lo menos, tan sublime como el famoso *Qu'il mourut*, de Corneille.

»Está escrito el drama con pasión, con fuego, con verdad: excelentes la versificación y estilo; castizo y puro el lenguaje; bien guardados los usos y costumbres de la época. Animemos al poeta á proseguir su brillante carrera, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones. Y si oyese el cargo vulgar de que el amor no mata á nadie, responda que las pasiones y las penas han llenado más cementerios que los médicos y necios; y aun será mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna.»

Medio siglo de no interrumpidos aplausos y la admiración de toda España y de los extranjeros, han confirmado los elogios del excelente crítico; y cuantos pueden adivinar la suerte de la literatura moderna española, saben que á las edades venideras pasarán *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, como joya preciosísima. Túvole justamente su autor mayor cariño que á otra ninguna de sus obras, contemplándola con la ternura que un padre á un

hijo sabio y virtuoso, afanándose en retocarla y atildarla constantemente. Larra, con su exquisito gusto y buen juicio, tachó de recargado el papel de la madre, advirtiendo que «no es lo que se dice á veces lo que hace más efecto, sino lo que se calla ó se deja entender, y que existe un pudor en el mismo corazón del culpable, que le hace evitar el nombre de su falta.» Esta observación, otras de personas doctas y bien intencionadas y el veneno de los maldicientes, que el sabio convierte en medicina, inspiraron la refundición que se halla inserta en el tomo XLIX de la *Colección de los mejores autores españoles*, publicada por Baudry (París, 1850), y otra posterior que el público saboreó no mucho después en el teatro Español. En ambas redujéronse á cuatro los actos, algunas escenas de prosa vinieron á transformarse en otras de verso, la traza y disposición de la fábula ganó en regularidad y sencillez, desaparecieron los lunares en que se puso lengua, el cuadro quedó más harmonioso y correcto, y subió de punto la perfección de una obra que rayaba donde más alto puede rayar el ingenio humano.

El público, sin embargo, echó de menos ciertas frases que guardaba en la memoria, y tal fué borrada que no debía ceder su puesto á otra ninguna. Parecíale mejor que lo nuevo

lo antiguo, en aquellas delicadísimas estrofas:

Desde los años más tiernos
fuimos rendidos amantes;
desde que nos vimos... antes
nos amábamos de vernos.
Y parecía un querer
tan firme en almas de niño,
recuerdo de otro cariño
tenido antes de nacer.

Y no podía llevar en paciencia que se hubiesen alterado los gallardos versos

Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dió:
ciudad que ayer se fundó,
del Turia á la fresca orilla.

¿Qué importa que la que hoy decimos ciudad sólo fuese villa en aquel siglo? ¿Pues qué, no había sido ciudad en remotísimas edades, llamada *Turúlicum*, nombre derivado quizá de el del río Turia ó Guadalaviar y de donde provino el de *Teruel?* Paséanse muy orondos por esas benditas calles de Dios muchos hombres de entendimiento acompasado y estrecho en que sólo caben media docena de especies, frases y palabras, los cuales, si no las hallan en la obra ajena que se les pone á tiro, ó las ven algo diversas de las que se les metieron en

el caletre, cierran el libro al punto y menosprecian al autor por gigante que sea, ó á buen componer, le acribillan á inclementes alfilerazos. Decía Isabel la Católica deberse oir á todos, pero hacer cada cual de por sí lo que entienda buenamente que le cumple hacer. ¡Locura grande prestar oídos á la vulgar, falsa y engañadora crítica, semejante á las moscas sucísimas que empuercan de negro lo blanco y de blanco lo negro!

En cambio, los hombres de buena voluntad, de bien cimentado saber, de gusto fecundo y exquisito, cuantos en el arte contemplan un sacerdocio, un reflejo de la luz divina, ¡qué no gozaron y gozan con la refundición última de *Los Amantes de Teruel!* Aquella madre, egoísta, dura, terca, inflexible en el drama primitivo; aquella madre, que al bien y á la felicidad de su hija antepone la propia conservación del crédito de honrada; aquella madre, que pide á su hija, con sequedad de fiera, sacrificios que ella no había sabido hacer para conservar inmaculada su honra; aquella madre, de sentimientos por dicha impropios de la naturaleza humana, adquiere en la refundición cuanta verdad y cuanta belleza son imaginables. Ya nada vale tanto para ella como la ventura de su hija; opónese ya resueltamente al sacrificio de Isabel; la esposa que una vez cayó y supo

levantarse para no volver á caer más, ostenta la aureola del arrepentimiento y la vivísima del santo y dulce amor de madre. ¡Triunfo admirable del estudio bien encaminado, de la observación fructuosa, de prócer ingenio! ¡Qué diferencia entre el primer bosquejo de la madre y la estatua esbelta, correctísima, noble, humana, llena de grandeza y hermosura, que el bizarro artífice, el soberano Hartzenbusch ha sabido legar al aplauso de los siglos venideros! En 1836, desquiciado el orden social, hechas ludibrio de los revolucionarios la santidad del matrimonio y la dignidad de la madre, vida, sostén y esplendor glorioso de la familia, y envenenado el aire que respiraba el poeta, su mucho entendimiento se ofuscó y vino á crear un monstruo inverosímil en lugar de una figura humana. Serenados los ánimos, vuelta á su cauce la sensata opinión sobre los hombres y las cosas, al fin hubo de hacer su oficio la saludable reacción del buen gusto, en quien literariamente le tenía muy bueno, y á la mujer que tuvo en sus entrañas á la infortunada Isabel de Segura devolvió los sentimientos inherentes al amor de madre, solícito siempre, desinteresado y puro.

Quien no vaciló en llevar á cabo esta buena obra, recibió en el instante mismo la recompensa, acudiendo á realzar á maravilla su dra-

ma nuevos aciertos y envidiables primores. ¿Dónde nada tan bello, dónde sentimiento más delicado, pintura más viva, interés igual, tantos rasgos sublimes como en la escena 4.ª del acto 4.º entre el moro Adel y la amada de Marsilla? Allí están frente á frente dos civilizaciones: la mahomética ciega, fatalista, bárbara por su esencia; y la cristiana, todo abnegación, caridad y heroísmo. Quizá sea esta escena la mejor de la obra. Por este moro llega á noticia de Isabel, casada ya, que Marsilla vive, que le es fiel, y ha llegado al pueblo y la va llamando á voces por las calles:

¡Eterno Dios! ¡Qué felices
Nacimos!... ¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han callado?...
Y tú ¿por qué me lo dices?

Del mismo Adel oye la triste que en su propia casa ha buscado refugio la Sultana de Valencia, origen y móvil de su terrible infortunio. ¡Qué fiera lucha se traba en su corazón de cristiana y amante entre los encendidos instintos de nuestra viciada sangre, que le arrastran á ser cruel, y la fe del Crucificado, que le manda vencerse y perdonar!

Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesús! Cuando yo recuerdo

Que hoy pude... ¡Jesús mil veces!
Ella con feroz encono
Mi corazón desgarró...
Me asesina el alma... Yo
La defiendo, la perdono.

Y al contemplar tanta variedad de encontrados afectos, dramática, bella, admirable, es imposible dejar de rendir, en tributo de justa y merecida alabanza, un entusiasta recuerdo á la Sra. Doña Teodora Lamadrid, actriz de entendimiento prodigioso y de maestría singular en el difícil arte de Máiquez y Talma, que volvió á la vida en el teatro Español á Isabel de Segura, con la poesía en el rostro, en el ademán, en el acento, en la pasión tan verdadera como ideal de aquella desdichada amante.

En esta admirable producción halló la fórmula perfecta, que durante seis siglos anhelaba hallar, la sublime desventura de Isabel y Marsilla. Pero muy puro ciertamente debió de ser el afecto de ambos, cuando sin mancha ha llegado á nosotros su memoria; y casi imposible debe parecer á las gentes la fuerza de tanto amor, cuando extrañándola y resistiéndose á darle crédito la generación presente, fué preciso que á nuestra sociedad sin fe ni virtudes apostrofase desdeñoso un suicida.

Me he detenido tal vez demasiado en hablar del insigne dramático, porque aventaján-

dose á sus otras hermanas las Musas del Teatro, fueron con él pródigas de los más lozanos é inmarchitables laureles. Quien supo emular con Esquilo y Shakespeare, y competir en ingenuidad y sazonadas gracias con Tirso, y en galanura y donaire con Lope de Vega, nunca se llegó á sentar en el Parnaso junto á Píndaro, Herrera y Fr. Luis de León. No tiene arrebato lírico Hartzenbusch; mas, en cambio, le realzan ingenio y agudeza, y natural soltura y aptitud para el verso corto. La concisión es rasgo distintivo de su numen, y éste, español á toda ley. Cuanto le inspira está vaciado en la misma turquesa de lo bello, castizo, gallardo y elegante de nuestro *Cancionero* y *Romancero*.

Quizá en ocasiones adoloce de la vaguedad poética y del espíritu un tanto soñador de los alemanes; pero en nuestro vate júzguese esto accidente, y el pensar y escribir á lo español, naturaleza. Por la forma es siempre original, y en sus obras todo es grano. Muy lejos de ellas lo palabrero, hinchado y ampuloso, lo baladí con que suelen disfrazarse la ignorancia y el mal gusto.

Sabe Hartzenbusch ser tierno y delicado y ostentar sensibilidad verdadera en las composiciones líricas *Al busto de mi esposa* y en la despedida á las insignes actrices Doña Bárbara y Doña Teodora Lamadrid. ¡Qué modelo de fe-

liz interpretación, de grandeza y majestad, de variedad de tonos, al españolizar *La Campana*, de Schiller! ¡Qué novedad é intención en las fábulas!

> Á un peral una piedra
> tiró un muchacho,
> y una pera exquisita
> soltóle el árbol.
> Las almas nobles
> por el mal que reciben
> vuelven favores.

¡Qué bello, qué tierno, qué delicado, qué bien sentido el romance *La cama de matrimonio!* En su género, por ventura no tenga nada mejor el Pindo castellano.

El oído exquisito de Hartzenbusch y su mucho conocimiento de nuestra lengua acertaron á dar el ritmo propio y característico, ya al verso, ya á la prosa, con lo cual ocupa lugar digno y aventajado entre nuestros primeros poetas y prosistas. En los cuentos seduce por su gracejo y soltura maravillosos, les da vivo interés dramático y no olvida introducir en alguno, para maleante risa del vulgo, á tal cual de esos hombres pobres de magín y cortos de alma que historió el diestro pincel del sabio maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conoscidos.

Con llave de oro cierre este desaliñado es-

tudio mío el retrato magistral de Hartzenbusch, que en junta pública de la Real Academia Española, hubo de ofrecer á muy selecto auditorio el Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, gloria de tan preclara Corporación literaria y gloria envidiable de nuestro moderno teatro español. He aquí sus palabras:

«El último en abandonarnos fué el excelentísimo Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, muerto para lo terreno el 2 de agosto del año pasado, á los setenta y tres años de edad. Algunos antes había empezado á decaer velozmente, y en muy largos días no fué sino débil pavesa que infundía lástima y espanto á los que tuvieron el triste gozo de verle mientras iba acabándose aquella vida tan preciosa y tan bien empleada.

»Se distinguió como escritor correctísimo y elegante, como erudito y como poeta lírico y dramático. En nuestra primera junta, después de su muerte, fué proclamado autoridad de la lengua española. Entre las más apreciables cualidades de su estilo, descuella la concisión. Ningún autor, antiguo ni moderno, le aventaja en el difícil arte de decir las cosas pronto y bien. De su mucho saber y singular perseverancia dan testimonio trabajos de varia índole, y las ediciones de los teatros de Lope, Tirso, Alarcón y Calderón, que avaloran la *Biblioteca*

de Rivadeneyra. Su discurso de recepción en esta Academia, es joya de elevada crítica y acendrado gusto. Cualquiera de sus composiciones poéticas ó prosáicas, puede servir de modelo para aprender á escribir en castellano. En sus poesías líricas, en sus apólogos, en sus comedias, brillan galas y primores inestimables, y en *Los Amantes de Teruel*, uno de los mayores triunfos del ingenio dramático en la patria de Calderón. Si este drama no supera en belleza á todos los que en las dos últimas centurias se han escrito, no se le posponga, por lo menos, á otro ninguno.

»También Hartzenbusch sintió el azote de la crítica, y aunque tuvo ardientes defensores (como alguien que me escucha (1), y cuya buena acción recuerdo, porque las buenas acciones no deben olvidarse), tal vez las injustas censuras fueron motivo de que no favoreciese al teatro nacional con mayor número de obras. Ciertas diatribas han de ocasionar, al que es objeto de ellas, profunda amargura ó profundo desprecio. No honra el desprecio á quien le siente; pero no hay coraza mejor contra los tiros de la envidia. Al regocijar la escena con su deliciosa comedia *Un Sí y un No*, estimó necesario ocultar su nombre, como Bretón ha-

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.

bía ocultado el suyo cuando se estrenó *¿Quién es ella?* ¡Tierra singular esta amadísima patria nuestra, en que da miedo llevar un nombre glorioso!

»Fué Hartzenbusch de pequeño cuerpo y de semblante muy expresivo; humilde en su porte; de costumbres sencillas; nada aficionado á los placeres tumultuosos del mundo; grave y formal, aunque no adusto ni severo; propenso á manifestar con risa momentánea, que á menudo parecía fenómeno meramente físico, muy diversos movimientos del ánimo; prudente y comedido; parco en el hablar; siempre igual en su manera de producirse; ordenado y metódico; dócil y sosegado, más por hábito que por temperamento; alguna vez en la disputa ó controversia, tenaz y vehementísimo; tan memorioso, que era índice vivo de todos nuestros clásicos; tan ingenioso, que no tuvo contrario mayor que la excesiva sutileza; amigo de disculpar y defender errores gramaticales ó lingüísticos en que él no incurría jamás; pródigo de su erudición en bien de los menesterosos; héroe de paciencia con los aprendices de literato; caritativo encomiador de lo mediano ó baladí; mudo para la propia alabanza; exacto cumplidor de todas sus obligaciones.

»Á diferencia de Escosura, Oliván y Ayala, nunca tomó parte en la política; pero constan-

temente profesó ideas liberales, que le hicieron llevar sin pena sobre sus no robustos hombros el fusil de miliciano nacional; y aunque enemigo por naturaleza y por reflexión, del ruido y el desorden, si eran ocasionados en nombre de la libertad, los soportaba con paciencia. Gozábase en recordar su origen.

La tercia rima con trabajo acoplo:
más fácil instrumento necesita
diestra que manejó mazo y escoplo.

»Encomio, que no sólo disculpa, merece tal linaje de vanidad. Las grandes cruces de Isabel la Católica y de Carlos III mostraron todo su fulgor en el pecho de este hijo de honrados padres y feliz artesano, á quien desde el taller en que manejaba el *mazo* y el *escoplo*, fué dado levantarse al inmortal seguro de la fama bien adquirida.

»Ufanábase también de haber pretendido en sus mocedades la plaza de conserje de esta Corporación. *Llegué tarde*—decía,—*la plaza estaba dada*. Para entrar en la Academia tuvo, pues, que aguardar á que en 1847 se le diese, no precisamente la plaza de conserje, pero sí una de Académico de número; y nunca fué nadie más digno de tan preciado galardón. Necesita la Academia hombres afamados que, con su gloria, la hagan brillar, y hombres la-

boriosos que con su trabajo la hagan vivir. Hartzenbusch la sirvió de uno y otro modo. Contribuyó á mejorar el Diccionario en sus ediciones de 1852 y 1869, y en la duodécima habrá muchas definiciones suyas de vocablos de artes y oficios. En la Gramática, y particularmente en la Ortografía, queda abundante muestra de su estudio y aplicación. Asistió á mil trescientas veintisiete juntas, y por acuerdo tomado á una voz, se le consideró presente á otras doscientas veintisiete sesiones. Cuando le preguntamos si tenía condiciones para ser elegido Senador por la Academia, contestó negativamente. La ley pedía á los Cuerpos científicos y literarios hombres cargados de laureles, pero no enteramente desprovistos de dinero. La sabiduría y la pobreza andan en el pueblo de Cervantes muy bien avenidas. Hartzenbusch no tenía treinta mil reales de renta anual. Este gran literato, en quien el profundo saber y el gallardo ingenio vivieron en paz prestándose mutuamente ayuda como buenos hermanos, pudo, sin embargo, enriquecer á su patria. La enriqueció de gloria. Su nombre será siempre acatado en esta Academia y donde quiera que se hable la lengua española ó se rinda culto á la belleza literaria.»

Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

POESÍAS



LA VUELTA DEL EMIGRADO.

ELEGÍA.

Yo os vi desarraigar, olmos lozanos,
Del nativo plantel; yo vi los fosos
Abrir en larga hilera, donde vida
Nueva os dió la común próvida madre;
Yo os vi las ramas extender nacientes,
Y de tierno follaje revestiros.
Niño yo entonces, vuestro liso tronco
Ceñía con la mano; ya ni os puedo
Con ambas abarcar. Ruda corteza
Los caracteres deformó, que un día
En vosotros grabé, cual en mi rostro
La mano de la edad y la desgracia
Trocaron ¡ay! en repugnante ceño
Los dulces rasgos de la infancia hermosa.

En otro tiempo para mí de dicha
Me vísteis de la cítara sonante

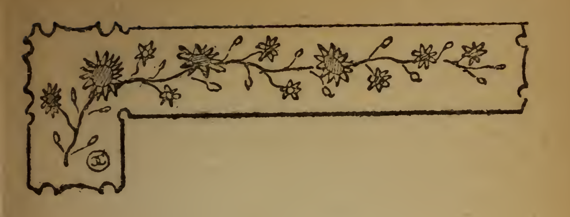
Pulsar las cuerdas por la vez primera,
Y ufano celebrar el fausto día
En que la patria respiró. Sobre este
Duro peñasco destrocé furioso
La libre lira, cuando hueste inmensa
Descendió de la cumbre de Pirene,
Para arrasar el venerando templo
Que á la alma libertad alzara España.
¿Cuál es el árbol de vosotros, donde
Di reclinado lágrimas ardientes
De la patria infeliz á la ruïna
Al deciros adiós? ¡Cielos! ¡qué miro!
¿No era aquél? Sí. ¡De la segur despojo
Fuiste al fin!... ¡Como tantos inocentes
Que bárbara inmoló la tiranía!
Pero tú, más feliz, árbol querido,
Vuelves á renacer en ese bello
Vástago que á tu pie brota pujante,
Y las vidas ¡ay, Dios! que en el sepulcro
La mano sumergió del despotismo,
Para siempre jamás en él se hundieron.

Pero estas melancólicas memorias
Abandonemos ya. La patria vuelve
De nuevo á respirar el aura pura
De libertad; y á saludaros torno,
Arboles, otra vez. No ya, cual antes,
Mancebo, de venturas coronado,
No. Huérfano me veis, sin bienes, seca

Del padecer la fuente de mi vida.
Corta será su duración; mas si oye
La Parca ruegos de quien no la teme,
Cuando tendido á vuestra sombra entone
Con falleciente voz, en llanto ahogada
Los números que en días más serenos
Vosotros me inspirásteis, vibre el golpe
Crüel entonces; y la vida mía,
Donde canté la libertad, acabe.

29 de Mayo de 1834.





EL AMANTE DESDEÑADO.

Desierta observo la feliz ventana
Descanso de los brazos de mi esquiva;
Ni su mágica voz se oye lejana,
Ni suena su laúd, ni fugitiva
Su sombra vaga en el opuesto muro,
En cuyo lienzo con la noche obscuro
Vierte la luz que arroja
La estancia refulgente
Su claridad amarillenta y roja,
Mírola yo impaciente;
Y haciéndome traición la fantasía
Se me figura percibir abierta
De un mundo de placer y de alegría
La esplendorosa puerta;
Y espera el corazón á cada instante
Que del hermoso Edén que ve delante
Mensajero aparezca de ventura
Un ángel de bondad y de hermosura.

¡Ay del amante que suspira en vano!
¡Ay del que busca amor y halla desvío!
Naufraga y á un bajel tiende la mano,
Y se la hiere marinero impío;
Y en ciego desvarío,
Mientras vigor alcanza
Sigue la senda cándida espumosa
(Fiel símbolo de frágil esperanza)
Que en la rizada superficie undosa
Tras sí bullendo deja
La quilla envuelta en cobre
De la nave que rápida se aleja.
Lucha el mísero y vence la pujanza
Del piélago salobre,
Que brama de que el hombre le resista;
Lucha hasta que se esconden á su vista
Sobre el hirviente azul la espuma blanca,
Tras el hirviente azul la obscura punta
Del mástil elevado.
Exhala el nadador desesperado
Un ay entonces que el dolor le arranca,
Cierra los ojos y los brazos junta,
Y entrega al mar con despechado arrojo
Su cárdeno cadáver por despojo,
Que se sepulta como piedra inerte;
Porque la acción robándole á la muerte,
Con la esperanza, en su veloz huída,
De aquel hombre que fué salió la vida.

Heme al pie de la reja sabedora
Del congojoso afán del pecho mío,
Que una sierpe abrigó que le devora.
Heme aquí, donde pierdo
Los ayes que en liviano desacuerdo
Del triste corazón al aire envío.
Sedientos de gozar mis ojos vagan
Por la región fantástica risueña
Donde ilusiones pérfidas me halagan,
Donde feliz el ánima se sueña;
Y la espalda entre tanto
Vuelvo á la realidad, embebecido
En el goce ideal del bien fingido:
Porque es en este mar de acerbo llanto
Privilegio el mayor de los mortales
Poder entre el delirio y el olvido
Soñar placeres padeciendo males.

Y males son los que la noche anuncia
Lóbrega y temerosa;
Males la voz del huracán pronuncia
Tronando estrepitosa;
Y el rayo serpeando por la esfera,
Escribe en letras de color sangriento
La sentencia fatídica severa.
Fuego despiden que requema el viento
El macizo sillar y la ancha losa,
Cual si volcán sepulto
De Madrid bajo el sólido cimiento

Tenaz abriese con empuje oculto
Paso á la llama que su seno encierra,
Taladrando las capas de la tierra.
De la nube que vela el firmamento
Desprendiéndose rara, el suelo azota
Gruesa, pesada gota,
Cuyo golpe levanta
Del polvo humedecido
Repugnante vapor, hálito ardiente;
Con voz lúgubre canta
El agorero pájaro en su nido;
Del benéfico sueño abandonado,
Con el cuchillo de la fiebre herido,
Lanza infeliz doliente
Sobre potro de pluma
Penetrante gemido prolongado;
Vil pesadilla abruma
La mente de la púdica doncella,
Germen fatal desenvolviendo en ella;
Y de su labio, del coral envidia,
Voz que huye, con afán articulada,
Descubre las quimeras con que lidia,
Y amedrenta á su madre desvelada.
Gime cada morada,
Que bajo cada techo
Sufre en sueños fantástica tortura
Quien no se agita en doloroso lecho:
Y al gemir allegándose el zumbido
Del aire que murmura,

Y la voz del cuidoso centinela,
De las nocturnas aves el graznido,
Y al ronco trueno que la sangre hiela
El son de religiosa campanilla
Y el susurro de rezo misterioso,
Que se oyen y se dobla la rodilla,
Por sí temblando el corazón piadoso,
Naturaleza en confusión tan fuerte
Manda al hombre temer próximo daño;
Y yo en delirio extraño,
Provocando á la suerte
Á que con brazo de rigor me oprima,
Quieto en la orilla estoy de la honda sima
Que socava á mis pies el desengaño.

Sobrado conozco, bellísima ingrata,
Que no hay en tu pecho amor para mí;
Si empero piadosa te hallara mi pena,
Tornárase gozo mi triste gemir.

No aspiro á que empañe tus claros luceros
De llanto amoroso rocío feliz,
Ni pido á tu labio que trémulo se abra,
Y lánguido diga dulcísimo sí.

De insecto pequeño, que es átomo vivo,
La estrecha pupila no alcanza á medir

La curva gigante que ciñe los orbes,
Y caben en ella mil mundos y mil.

Tú numen de amores, tú sol de hermosura,
Si quiero á tu esfera la vista subir,
Hundido en el polvo del suelo me miro,
Y tú te me escondes detrás del cenit.

Mas si es tu belleza de estirpe divina,
¿Por qué sus blasones desmientes así?
Con rostro de cielo, con alma de fiera,
Mirarte es amarte, y amarte sufrir.

Al ídolo salta la sangre que arroja
De víctima herida la humilde cerviz;
Y al ídolo en vano su turbia mirada
La res inocente levanta al morir.

Así cada día con frente serena
Los ayes escuchas, que vuelan á ti,
De aquél que postrado te muestra la llaga
Que hicieron tus ojos con dardo sutil.

La queja del triste regala tu oído,
Porque es de tu triunfo bastardo clarín:
También el balido de inerme cordero
Deleita á la tigre que asalta un redil.

De lloro y suspiros al alma impusiste

Acerbo tributo que ya te rendí:
¿No habrá una sonrisa, no habrá una mirada
Que á tantos rigores dé plácido fin?

¡Ah, sí! yo confío; mi amor me asegura.
Perdóname ¡oh bella! si no conocí
Qué máscara adusta de fiero desvío
Sagaz ocultaba legítimo ardid.

Quisiste que en rudo crisol de desdenes,
Mi fe sus quilates hiciera lucir:
Vencida la prueba, la harás de tu seno
Joyel con que adornes su puro marfil.

Quizá de mi gloria ya toco el instante.—
Su voz se ha escuchado, sus pasos oí.
Balsámica el aura me avisa que llega,
Y el alma á los ojos se quiere salir.

¡Oh! ven á esa reja; ven ya, mi señora,
Y dulce tu labio de fino carmín,
Vertiendo en mi pecho raudales de gozo,
Le dé la esperanza de un plácido sí.

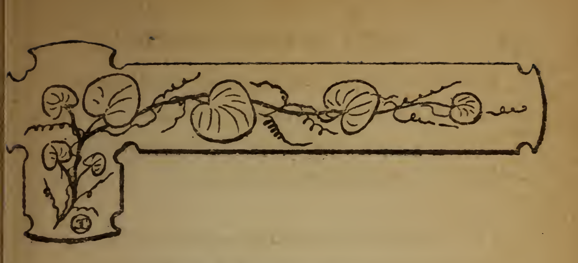
Cortó la voz al desdeñado amante
Otra voz de suavísimo sonido,
Lisonja sospechosa del oído,
Caricia de enemigo mofador.

Palabras de pasión brotando ardientes
Oyó el tímido siervo á su tirana,
Y creyó que al dintel de la ventana
Llegar no la dejaba su rubor.

«Tú eres mi único bien,» ella decía;
«Tuyo es mi pecho que leal te adora;
Cesa de darme nombre de señora,
Que ya de tu querer esclava soy.»
«Premio debido á la constancia firme,
Sabré en halagos desquitar desdenes;
Contigo ya mi pensamiento tienes,
Y en esta mano el corazón te doy.»

Y viéronse dos sombras en el muro,
Frente de la ventana luminosa;
Y asido de la mano de su hermosa,
Un doncel á la reja se asomó.
Un amargo gemido á los amantes
Pudo turbar en tan feliz momento;
Mas le apagó con su zumbido el viento,
Y la noche ocultaba al que gimió.





LA MUERTE.

MIRADLE: sobre púrpura sentado,
La copa del placer bebiendo está.
Oid: —en su cantar regocijado
Ay de dolor discorde sonará.

«El hombre, del mundo rey,
Siervo de la muerte vive,
Dicta á la tierra la ley,
De la nada la recibe.»

«Gloria y oprobio eslabona,
Pero en desigual razón:
Seguros sus hierros son,
Disputada su corona.»

«No halla el hombre criatura
Que á su cetro no resista:
Dios le da la investidura,
Y él el poder se conquista.»

«Osado en su frente á herir
Insecto mísero viene,
Que armas para herirle tiene,
Y alas también para huir;»

«Y ante las aras se ve
De la muerte sin defensa
El ínclito sér que piensa
Con una cadena al pie.»

«Y la segur del destino
Le postra al golpe fatal,
Cual troncha cañas de lino
Granizada ó vendaval.»

«Es resistir á la parca,
Es huirla insensatez:
Con sola una mano abarca
Del orbe la redondez.»

«El hombre en tal situación,
Para encubrir su flaqueza,
Con risible sutileza
Forjó la resignación.»

«Y quiso hacerse creer,
Sofista consigo mismo,
Que era virtud y heroísmo
Lo que es falta de poder.»

«¿Por qué ese título falso
De rey, hombre, se te da,
Si eres un reo que va
De la cárcel al cadalso,»

«Cuya muerte á proporción
Se retarda ó se acelera
Según dura la carrera,
Según aguija el sayón?»

«¡Ay! para haber de arrastrar
Tan efímera existencia,
Esclavo de una sentencia
Que no se puede evitar,»

«Yo, en el caso de elegir,
Hubiera dicho: «Primero
Quedarme en la nada quiero,
Que nacer para morir.»

Así el hombre delira y se atormenta
Luchando con idea tan cruel:
Insecto que de flores se alimenta,
Y labra acíbar en lugar de miel.

Tímido caminante en noche obscura,
Se asusta del benéfico pilar
Que próximo descanso le asegura
Tras largo y afanoso caminar.

Cáliz la vida con el fondo abierto
Que al licor deja sin cesar huir,
Y único punto al hombre descubierto
La muerte en el nublado porvenir,

¿Por qué dar á esa copa y á esa meta
Furtivas ojeadas de terror?
Mirarlas sí; mas con la vista quieta,
Y naciera del hábito el valor.

Despavorido huyó la vez primera
Que vió el salvaje el bélico corcel,
Y osado luego á la temida fiera
Clavó el harpón, y se vistió su piel.

Si al término de todos los caminos
Hay un despeñadero que rodar,
¿Por qué en la hondura amontonar espinos?
Plumas donde caer conviene echar.

¿Y qué es morir? ¿Qué es eso que desvela
Tanto al hombre que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela,
Y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,
Forma perecedera si gentil,
Que la mano del tiempo pulveriza
Y restituye á su principio vil;

Allí dentro un espíritu se encierra
Noble, puro, de origen celestial:
Aquello es hombre, lo demás es tierra,
Y aquello no perece, es inmortal.

Sediento el hombre de ventura vive,
Y apenas en la vida la entrevé:
¿Será posible que la mano esquive
Que de los cielos posesión le dé?

Breve es la vida.—¡Brevedad dichosa,
Que los días acorta de ilusión,
Y nos lleva en carrera presurosa
De la verdad á la feliz región!

¿Qué pide la virtud en la bonanza?
¿Qué anhela en la desgracia la virtud?
El piélago cruzar de la esperanza,
Sirviéndole de barca el ataúd.

El malvado que gima y se amedrente
De rendir á la muerte la cerviz,
Huélguese en la miseria de viviente,
Temeroso de ser más infeliz;

Pero es al cabo por decreto eterno
Desastroso el vivir del criminal;
Y si en la muerte asústale el infierno,
Su vida es otro infierno temporal.

Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,
Ya excepcionado de la ley común,
¿Por qué, si el alma sobrevive á todo,
Más privilegios pretender aún?

Esos orbes vivíficos de lumbre
Que al mundo animan y le dan color,
Florones de la diáfana techumbre
O joyas del vestido del Señor,

Esta del hombre equívoca morada,
Cementerio con galas de jardín,
Todo al voraz abismo de la nada
Corre, y en él encontrará su fin.

Y en medio del magnífico vacío
Que llenará la eterna majestad,
El hombre girará con señorío,
Satélite de un sol divinidad.

Plazo es la vida que emplear debemos
En adquirir felicidad mayor,
Felicidad que adivinar podemos
En los goces que dan virtud y amor;

Y consumir en quejas vanamente
Los días de este plazo de merced,
Es, en vez de limpiar escasa fuente,
Cegar su vena y perecer de sed.

Muerte, centro de todo, ley temida
Mucho rigiendo, al abolirse más,
Porque el día fatal de tu caída
Contigo al universo arrastrarás;

Angel eres que al alma aprisionada
Libertas de prolija esclavitud,
Y ya del roce con el cuerpo ajada
La vuelves á su hermosa juventud.

¡Muerte! si tú me guías á los brazos
De los seres que amé, de aquellos dos,
Que de mí se llevaron dos pedazos
En el amargo postrimer adiós;

Si al padre caro, si á la esposa amante,
Ya para siempre me uniré por ti;
Si á la madre he de ver que tierno infante
Primero la lloré que conocí;

Ven, que tú eres la dicha, errado el nombre,
Tú haces la vida dulce de dejar,
Y tú puerto seguro das al hombre
Que errante boga por inquieto mar.



EL ALCALDE RONQUILLO.

(Muerte del Obispo de Zamora.)

FRAGMENTO.

Poco antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.
  Descuella un monte allí; sobre su cumbre
Un gigantesco torreón se eleva,
Monstruo que con las víctimas se ceba
Que le da la venganza á devorar.

  Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansión.
  Fortaleza la llama quien lejano
Su mole ve sin registrar su centro;
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,
Más bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pie de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un día;
Centellea en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazón de Acuña;
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡Padilla! sin cesar suena en su labio,
Y un ay le sigue, y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

—«¿Por qué, Señor,» arrodillado dice
Delante de un ebúrneo crucifijo;
«Por qué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendón de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿No es lícito la espada desnudar?»

«Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña,

Y desangrando á la infeliz España,
Ríos de oro enviaba á su nación;
  Si reía en espléndido banquete,
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que por él empobrecido
Moribundo imploraba compasión;»

«Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonró vil cortesano,
Decía el extranjero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás;
  ¿Debió Castilla tolerar la afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza,
Y gritar á la chusma advenediza:
No reinaréis sobre mi suelo más?»

«¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa
La empresa que si no te fuera grata,
Porque soltando el báculo de plata,
Del profano bastón el puño así?
  No, que Samuel, ministro de las aras,
También en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.»

«Lo veo, sí; nuestra fatal caída
Quisiste que enseñara á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.

Quéjese el pueblo que agobiado llora,
Sólo de sí, pues que tolera el yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin unión es fuerza perecer.»

«Perecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra:
Sus casas, igualadas con la tierra,
Yacen cubiertas de ignominia y sal.
¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?»—
Una voz pavorosa le responde:
«Porque te espera muerte de dogal.»

Ábrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prisión el pie.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento:
Ningún rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya.
Mudo, pasmado el infeliz Acuña,
La decisión espera de su suerte:

No le acobarda la imprevista muerte;
Pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de Don Carlos os lo mando,»
Grita á los suyos el feroz alcalde;
Pero dicta sus órdenes en balde;
Tiembla el esbirro, párase el sayón.
«Obedeced,» el bárbaro repite;
Los satélites claman: «¡Sacrilegio!»
Y acatando el sagrado privilegio,
Se lanzan en tropel de la prisión.

«No teme el vengador de la justicia,»
Dice el cruel, «del hombre ni del cielo;
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.»
«¡Ronquillo!» fué á exclamar el sacerdote;
Pero apagó su voz el duro lazo,
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando, guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
Á ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros,
Que desdorar quisísteis la corona,
La clemencia de Carlos os perdona:
De Simancas salid; pero ¡mirad!»
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...—
Cayó la turba mísera temblando
Pasmada de terror y de piedad.

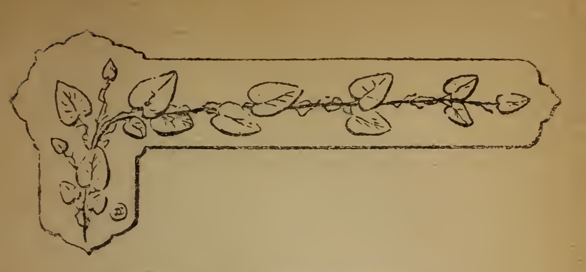
Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oración.
Oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Se volvía en secreto al corazón.

Pero el cáñamo vil con un crugido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje,
Y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar después.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... y de repente
De sangre salpicósele la frente,
Y vió el roto cadáver á sus pies.

«Esconda,» dijo, «su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.

Comuneros, sabéis vuestro destino:
¡Sed fieles al invicto emperador!»
  Y salió del castillo á lento paso
Con un lienzo enjugándose la cara,
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.





ISABEL Y GONZALO.

LEYENDA.

I.

EL DESCUBRIMIENTO.

NIEBLA densa y fría
Que sube del Tajo,
Cubriendo á la noche
La luz de sus astros,
Envuelve á Toledo
En húmedo manto.
Reina por las calles,
Reina en el palacio
Profundo silencio,
Gustoso descanso.
Ni el ave agorera
Con lúgubre canto

Prontos funerales
Intima al anciano,
Ni agudo ladrido
Despierta al avaro
Que nuevos tesoros
Apila soñando.
Ni suena campana,
Ni escúchanse pasos;
La villa parece
Sarcófago vasto,
Donde confundidos
Godos y romanos,
Á sus sucesores
Están aguardando.
Sólo entre la sombra
Descúbrese un claro,
De luz moribunda
Resplandor escaso;
Sólo en el alcázar
Del rey castellano,
Y en rico aposento
De techo dorado,
Un hombre no goza
Del sueño de tantos.
Enrique el segundo,
Enrique el bastardo,
Que vida y corona
Quitóle á su hermano,
Solícito espera

La aurora velando.
No porque le acosen
Recuerdos amargos
Del crimen que vieron
Montiel y su campo:
Temblaba algún día
De verse las manos;
Mas ya se envanece
Del golpe villano:
Truecan de conciencia
Reyes adulados.
Del lecho mullido
Le tienen lejano
Sospechas que abriga
De cierto vasallo,
Que en prenda vedada
Sus miras acaso
Por desdicha suya
Puso temerario.
Paséase inquieto,
Y asómase cauto,
En una ventana
La vista clavando.
Ventana es aquélla
Que fué muchos años
Hito de los ojos
De los toledanos,
Colgada de flores,
Vestida de ramos,

Verdes esperanzas
Que allí se secaron.
Jamás los suspiros
Y amantes regalos
Aquella ventana
Abierta encontraron;
Ó nunca á lo menos
El bello milagro,
De mil albedríos
Amable tirano,
Señales visibles
De aprecio ni pago
Dió á los homenajes
Que le tributaron.
«Tienes, Isabela,
Corazón de mármol,»
Cantábanle luego
Sus enamorados.
Hoy ya no se culpa,
Sabido el arcano,
Su dura esquiveza,
Su honesto recato.
De rey y vasalla,
De ilícito lazo,
La triste Isabela
Nació para el claustro,
Y ya el sacro velo
Le están preparando.
Vino para darle

Su primer abrazo
Enrique á Toledo:
Vendióselo caro.
Por toda una vida
De días de esclavo,
Sin goces el alma,
Y el cuerpo penando,
La dió un apellido
Regio, pero vano.
Cierto que con ella
No anduvo bizarro
El más generoso
De los soberanos:
¡Fiad en virtudes
De razón de estado!
La víctima hermosa
Del triste holocausto
El cuello sumiso
Tendía llorando:
Enrique por eso
Vigila azorado
De su hija la casa
Frontera á palacio:
Aquellos luceros
Deshechos en llanto
«Amor nos anubla»
Dijeron incautos.
Burlan las tinieblas
El celo del Argos,

Y abierto el postigo,
La luz con sus rayos
El espïonaje
Revela callando.
Sale del alcázar
El rey embozado,
Celoso dos veces,
Padre y soberano;
Y al tocar los muros
Que le dan cuidado,
Pisadas percibe,
Llaves y candados,
Puerta cautelosa
Que se abre despacio,
Y seda que cruge
Rozada con paño;
Y dos voces oye
Decirse muy bajo
En son de cariño,
En eco de halago:
«Adiós, Isabela;
Adiós, mi Gonzalo.»
El rey queda inmóvil,
La espada en la mano.

II.

LA VENGANZA.

«Cumplid la piadosa ley,
Noramala para vos:
Sacerdote, hablad de Dios,
Y no me nombréis al rey.»

«¿No queda bien satisfecho
Su enojo con mi cabeza,
Si no postra la entereza
De este generoso pecho?»

«Pues á ese mezquino afán
Yo mi pundonor igualo;
No triunfará de Gonzalo,
Que soy Núñez y Guzmán.»

«Tengo vuestra absolución
De lo que á Dios ofendí;
Pero fiel vasallo fuí:
No pido á Enrique perdón.»

«Crédito á mi labio dad,
Y tened por cosa cierta

Que no se miente á la puerta
De la obscura eternidad.»

«Sólo supe que Isabel
Sangre de Enrique tenía
Cuando era ya esposa mía:
Culpe á sus misterios él.»

«Que si al más alto lugar
Sabe amor alzar el vuelo,
Timbre oculto con un velo
Mal se puede respetar.»

«Pero decís que al Señor
Un corazón usurpé.—
Jamás Isabel su fe
Consagró á su Redentor.»

«Si encarcelada vivir
La mandó precepto injusto,
El silencio del disgusto
No es promesa de cumplir.»

«Dios su corazón formó,
Y pues que no le hizo suyo,
Sin temeridad arguyo
Que á mí me le destinó.»

«Porque sólo hacer dichosa
Mi vida Isabel pudiera,
Y falta al Señor no hiciera
Entre tantas una esposa.»

«Y me dice la ventura
Que en sus brazos he gozado,
Que pude, sin ser culpado,
Ser dueño de su hermosura.»

«Pues bien no se halla real
Donde la virtud no asiste,
Y es inquieto, amargo y triste
Todo placer criminal.»

«El negro cadalso así
Veré con serena cara,
Contemplando en él un ara
De martirio para mí.»

«Y si aunque erguida, me ven
Pálida un tanto la frente,
Es que al paso que inocente,
Soy querido y amo bien.»

«Y no puede sin temor
La tumba ver un amante,
Pues le señala el instante
De renunciar al amor.»

«Esto, padre, repetid
Al monarca de Castilla,
Y que empuñe la cuchilla
Luego al verdugo decid.»

Enmudecido y absorto
De admiración y piedad,
Dejó la fúnebre estancia
El ministro del altar;
Y detrás del cortinaje
Descubrió, con pasmo igual,
Á un rey trocado en espía
Menguando su majestad,
Monarca en la vestidura,
Y reo en el ademán.
Con violencia respiraba,
Como en su sordo bramar
Hórrida explosión anuncia
El hervoroso volcán.
En esto llegó un anciano
En hábito monacal,
Y entrególe un azafate
Cubierto de un tafetán.
Un pliego y unos cabellos
Venían allí no más,
Súplicas de una infelice,
Despojos de una beldad.

Volvióse Enrique de espaldas
Para poder ocultar
La conmoción que del pecho
Se le asomaba á la faz,
De recia interior batalla
Inequívoca señal.
Llegóse luego á una mesa
Donde víanse á la par
Cadenas y escapularios,
Licores, frutas y pan,
Cirios de amarilla cera,
Una segur y un dogal,
Y al pie del Crucificado,
Dios de mansedumbre y paz,
Hecho cetro de la muerte
Un pergamino fatal.
Desarrollóle el monarca,
Y en él con celeridad
Dos palabras escribió
Vencido el enojo ya.
Perdón era la primera,
La segunda, *libertad.*

III.

LA SEPARACIÓN.

De dos vírgenes tiernas
Apoyada en los hombros,
Trémulas las rodillas,
Desencajado el rostro,
Respirando congojas
Y hablando por sollozos,
Isabel lentamente
Se arrastra al locutorio,
Donde la está Gonzalo
Esperando anheloso.
Detiénese la triste
Para alentar un poco,
Desembargar la lengua
Y serenar los ojos:
Mostrar abatimiento
Parécela desdoro
De la consorte fina
Que con ánimo heróico
En vida se sepulta
Por dársela á un esposo.
Para que á su semblante
Suban matices rojos,
Sangre le pide al pecho

Dilacerado y roto;
Y para ver al hombre
Que en tiempo más dichoso
Su ídolo fué adorado,
Su bien único y solo,
De la virtud y el cielo
Confía en el socorro.
Compónese la toca,
Desdobla el cuerpo airoso,
Del traje penitente
Repara el abandono,
Fija en una medalla
Ósculos mil devotos,
Y á vista de su amante
Ofrécese de pronto,
Cual ángel cuya planta
Huella el poder del Orco.
Largo tiempo es del labio
El ministerio ocioso;
Que al través de las rejas
Que al mundo ponen coto,
Los dos enamorados
Se dicen sin estorbo
En las miradas mucho,
En los suspiros todo.
Dando al fin á la lengua
Súbito desahogo,
Isabel á Gonzalo
Háblale de este modo:

«Al cerrar por mi mano las barreras
Que de ti me separan y del mundo,
Quise que nunca mi dolor profundo
Con tu vista vinieras á aumentar.»
«Hoy te agradezco que mi ley quebrantes,
Plácida recreándome la idea
De que Gonzalo la constancia vea
Con que mi pena sé sobrellevar.»

«Entre temer la culpa y expiarla,
Paso los días y la muerte espero;
Pero á este precio tu vivir adquiero:
Dulce por ti se torna mi dolor.»
«Cuando recuerdo que mi amor bizarro
Conserva á España su mejor caudillo,
Corro al altar y ante el Señor me humillo,
Y bendigo su mano de rigor.»

«A vida sin placeres condenada
Desde que á ver la luz abrí los ojos,
Vegetando entre muros y cerrojos,
Fuí como planta que sin sol creció.»
«Las trovas que cantaron á mi reja
Galanes mil en amoroso ruego,
Yo las oía como escucha el ciego
El bramido del mar que nunca vió.»

«Por ti mi corazón aletargado,
Llanura estéril, arenal desierto,

Se vió de flores de placer cubierto,
Y amaneció la dicha para mí.»
«Aquellas horas de dulzura llenas,
Un beso tuyo, tu menor halago,
Yo, Gonzalo querido, no los pago
Ni con un siglo que suspire aquí.»

«Mil años de penar en el infierno
Fueran de tanto bien premio mezquino...
Perdona mi locura, Juez divino;
Compadece á una mísera mortal.»
«Habla al esposo la infeliz esposa,
Y se despierta su cariño blando;
Hablo al que todavía estoy amando,
Porque me vence mi pasión fatal.»

«¡Ah! no lo permitáis, Dios poderoso,
Ni tú lo creas, mi Guzmán querido.
Nunca sobre tu amor caerá mi olvido,
Pero á ponerle freno aprenderé.»
«Mas entre tanto que angustiada lloro,
Quizá en otra mujer pérfido adores.
No profanes jamás nuestros amores;
Prométeme, Guzmán, eterna fe.»

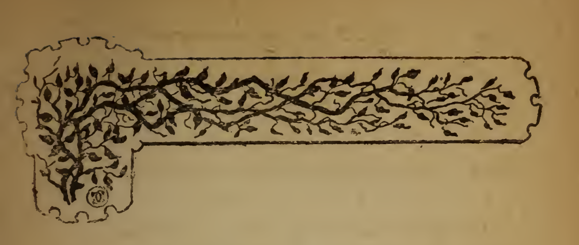
«¿Me miras y del manto te despojas?
¡De Alcántara la cruz muestra tu pecho!
¡Y yo, Dios mío, de su fe sospecho,
Cuando se acoge como yo al altar!»

«Centro ahora común de nuestras almas
Dios, que desde su trono nos inspira,
Nuestro cariño mirará sin ira
Que á su seno amoroso va á parar.»

«Y la esposa podrá de dos esposos
Implorar al Eterno por el hombre
Que para gloria de su santo nombre
Lidiará de Granada en el confín.»
«Y al escuchar las ínclitas hazañas
Con que triunfe Guzmán del agareno,
Confundiré sin crimen en mi seno
Mano y origen, instrumento y fin.»

«Que de mi amor con dura penitencia
La parte terrenal acrisolada,
Yo amaré tus virtudes y tu espada
Como destellos del poder de Dios:»
«Y tras vida de paz sin amargura
Tranquilos á la huesa bajaremos,
Y en el cielo por fin nos uniremos
Por edades sin término los dos.»





Á LAS AGUAS MINERALES

DE PANTICOSA.

¡Aún más subir! ¿A dónde
Mis pasos lleva la encumbrada vía?
¿Dónde el valle se esconde,
Término y fin de la esperanza mía?
¿Dónde brota la fuente
Que hace al cadáver renacer viviente?

El alma se contrista
Del sendero en la bárbara aspereza;
La acobardada vista
Con agrias peñas por do quier tropieza,
Y un monte y otro monte
La encarcelan en mísero horizonte.

Descubre el Pirineo
Altas cimas de hielo coronadas:
Yo ¡triste! no las veo;
Que cautivar no puede mis miradas

Entre las rocas yermas
Sino el cristal de las bullentes termas.

Estrepitoso zumba
Caldarés (1) en la quiebra donde osado
De golpe se derrumba,
Y de riscos enormes contrastado,
Embravecido ruge,
Y alza sus olas con doblado empuje.

Mas yo aparto los ojos
Del río y de los fúlgidos cambiantes
Aureos, de plata y rojos
Que pinta en las espumas vacilantes
La luz del claro cielo:
Son otras linfas las que ver anhelo.

Más allá de la puente,
Ya el importuno estruendo se aminora
Del rápido torrente,
Y al fin el eco mudo lo devora,
Como el orgullo calla
Cuando traslinda la funérea valla.

Nada el silencio augusto
Conturba allí de la pendiente senda;

(1) Río de rápida corriente, que toma origen de un gran lago que se halla en el extremo de la hoya ó pradera donde nacen las aguas minerales.

No hay plácido ni adusto
Pájaro cuya voz el aire hienda:
Sólo en el hueco seno
Braman, tal vez, el huracán y el trueno.

Falta en aquella altura
Aliento al ave que volando sube;
Sólo cruzar segura
Puede la esfera la ondulante nube,
Que da con forma extraña
Pomposo pabellón á la montaña.

Ya se irgue aquí lozano
El roble fuerte, el pinalbar derecho,
Y al pie del avellano
Convida el césped con florido lecho,
Donde á la fresca sombra,
Despierta sueño la fragante alfombra.

Allí yace escondida
De Plandigón (1) la deliciosa vega,
De rocas circuída,
Cuya empinada cumbre al cielo llega:
La nieve que las viste
Cuarenta siglos há que al sol resiste.

(1) Nombre de la hoya ó pradera donde brotan las aguas minerales de Panticosa.

Guste mi labio ardiente,
Guste pronto el licor maravilloso
Que aplaque dulcemente
La congoja del pecho fatigoso,
Carcoma de mi vida.
¡Oh! dadme la benéfica bebida.

Quité al fin de la boca
El vaso, limpio de sangrienta mancha.
¡Oh! ya esperar me toca,
Ya confiado el corazón se ensancha,
Sin miedo de que quiebre
Mis venas ya la devorante fiebre.

¡Qué insólita alegría
Por mi espíritu débil se derrama!
Pujante lozanía
Mis desmayados órganos inflama,
Y en vivas ansias arde
De hacer el pecho de su fuerza alarde.

Y suelto me encaramo
De los peñascos por la frente inhiesta,
Donde con silbos llamo
Al ganado que pace en la floresta,
Ó el manantial sorprendo
Que se desgaja de la cumbre huyendo.

Ó bien en el estanque,
De mil arroyos con la ofrenda rico,
Doy al batel arranque,
Y cuando el remo á gobernar me aplico,
Cada vez que le hundo,
Círculos abro, imágenes confundo.

Y elévase la mente,
Y la bóveda azul atravesando,
Miro al Omnipotente
Con el dedo en los montes señalando
Su giro á los raudales,
Piscina milagrosa de los males.

Y alabo el santo nombre
Del justo Juez que al imponer la pena
De su soberbia al hombre,
De dádivas espléndido le llena,
Con que robusto y fuerte
Retarde la victoria de la muerte.

¿Por qué ignotos canales,
Señor, esas corrientes encaminas?
¿Qué ricos minerales
Ó qué gases vivíficos combinas
Allá en el antro rudo
Que vista humana penetrar no pudo?

¿Cuál es la lumbre que hace
Que hiervan los copiosos surtidores?
¿De qué, gran Dios, su diferencia nace
De temple y de sabores?
El orbe me contesta:
«Un HÁGASE mi fábrica le cuesta.»

Asilo solitario
Que la proscrita paz halló en España,
Dichoso santüario
Que el fiero Marte perdonó en su saña,
Tú cuyas auras quietas
No turbó el son de bélicas trompetas (1);

Cuando de ti me aleje,
Sufre que en esta losa de granito
Reconocido, deje
Mi obscuro nombre por mi mano escrito,
En muestra de que debo
A tu favor el existir de nuevo.

¡Así cuando sonara
De mi postrer anhélito la hora,
Pía mano llegara

(1) Durante la guerra civil las bandas carlistas no penetraron en aquel punto.

A mis labios en copa bienhechora
Tu licor dulce tibio,
Mágico elixir de salud y alivio!

Entonces en sus brazos
Risueña la esperanza me acogiera,
Y los mortales lazos
Sin sentirlo mi espíritu rompiera,
Y de dolor exento,
Vivido hubiera hasta el fatal momento.

Madrid, 1840.





LA MEDIANÍA DE INGENIO.

Mediocribus esse poetis
non Dî, non homines, non concessere columnæ.

Horacio.

SIMBÓLICA verdad mal disfrazada,
Grito de la razón á la osadía,
Sueño que su impotencia, que su nada
Revelas á mi estéril fantasía:
Ya dejo la carrera comenzada;
Ya inútil reconozco mi porfía,
Y á pesar del sonrojo que padezco,
La lección provechosa te agradezco.

Duerme el avaro y con el oro sueña
Que afanoso en sus arcas amontona;
Duerme el que sigue la marcial enseña,
Y ve en sus sienes la triunfal corona;
Duerme el amante, y la beldad risueña
Con su cariño fiel le galardona;
Dormí yo con mi altivo pensamiento,
Pero soñé mi oprobio y mi tormento.

En medio me encontré de una llanura,
Piélago inmóvil de sutil arena;
Suelo entre cuya incómoda soltura
Rodeábase al pie tenaz cadena:
Cubría el horizonte noche obscura;
Mas brillaba el cenit con luz serena;
Luz que, afrentando la del sol ausente,
Nacía de otro sol más refulgente.

Del centro levantábase del llano
Altísima pirámide, y su cumbre
Era escabel de un genio soberano
Cercado en torno de celeste lumbre.
Coronas varias de laurel lozano
Tendía á la infinita muchedumbre,
Que anhelosa llegaba á cada instante
Al pie de la pirámide gigante.

Llamados de la plácida sonrisa
Del numen seductor y de su acento,
Que aun en el alma débil y remisa
Despertaba ambición y atrevimiento;
Rivales todos en ahinco y prisa,
Ansiaban escalar el alto asiento,
Sin reparar en los pendientes lados,
De gradas y asidero despojados.

Bajo la planta vi de algún dichoso
Que el mármol ablandaba su dureza,

Labrándole escalones obsequioso,
Tras él deshechos con igual presteza.
Ceñir vi al genio con laurel glorioso
Del mortal predilecto la cabeza,
Y exclamé: «Cuando todo me resista,
Mayor será la prez de mi conquista.»

En las junturas de la piedra entonces
Hinqué las manos con pueril arrojo:
Para otros cera, mas conmigo bronces,
Mi sangre al punto las tiñó de rojo;
Cada cual de los ásperos esconces
De mí quedaba con algún despojo,
Hasta que al medio ya de la subida
La voluntad se declaró vencida.

Rodé precipitado de la altura
Donde me alzó para mi mal mi anhelo,
Y encontré momentánea sepultura
Dentro del polvo del movible suelo:
Con mofa universal mi desventura
Solemnizó la multitud sin duelo,
Y al dolor del orgullo escarmentado
Desperté sobre el lecho acelerado.

Rayos de mustia lámpara oscilantes
Hirieron en el muro las facciones
De los ingenios como el sol brillantes,
Que envidian á mi patria mil naciones.

Vi los ojos de Lope y de Cervantes
Moverse en encontradas direcciones,
Y por sus labios extenderse lenta
Sonrisa amarga de piedad que afrenta.

Sí, con postizas alas es en vano
Querer alzar hasta el Olimpo el vuelo;
Decreto irrevocable, aunque tirano,
Se burla del afán y del desvelo:
Do quier que toca la azarosa mano
Que el genio no inspiró, derrama hielo,
Y hasta el aliento del bastardo vate
Aja las flores y su tronco abate.

Vislumbrar entre gasa incitadora
Purpúrea faz con ojos de centella,
Y acercarse á la imagen que enamora,
Y huir y el velo redoblar la bella,
Y seguirla con planta voladora,
Y hallarse siempre separado de ella:
Tal suplicio padece el desdichado
Que á Febo culto da sin ser llamado.

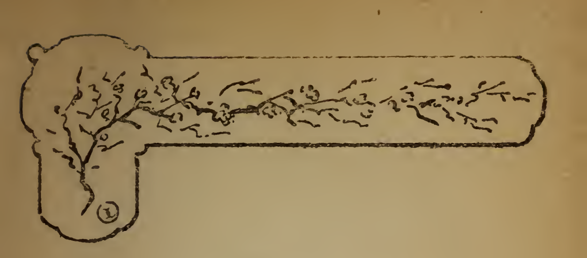
La verdad siente, adora la hermosura,
Y la quiere cantar; mas cuando canta,
Con su voz la verdad se desfigura,
Con sus acentos la belleza espanta:
El pensamiento que pintar procura
Trueca naturaleza en su garganta,

Ó irritada con él diestra divina
Le fuerza á hablar por áspera bocina.

Puso el genio á sus hijos en la frente
Brilladora señal de vivo fuego,
Y abriéndoles su alcázar eminente,
Lo cerró á la violencia como al ruego.
«Si hay,» díjoles el numen, «quien intente
Mis umbrales hollar osado y ciego,
Sin que de allí le arrojen vuestros brazos,
Caerá sobre él mi pórtico en pedazos.»

Cedamos á la ley que nos condena;
Callar es el deber del labio rudo;
Con el destino la razón lo ordena:
Muera la envidia en el respeto mudo.
Abandone la cítara sin pena
Quien la pulsó de inspiración desnudo,
Y huyendo competencias desiguales,
Destrócela á los pies de sus rivales.

Cantad, poetas: vuestras harpas de oro
Con su mágico son llenen la esfera;
Mi voz de mil y mil seguida en coro,
Romperá en vuestro aplauso la primera.
Fruto es del tiempo que perdido lloro
La admiración que merecéis sincera.
Recibid el tributo que os ofrece
Quien os escucha y goza... y enmudece.



LA CAMA DE MATRIMONIO.

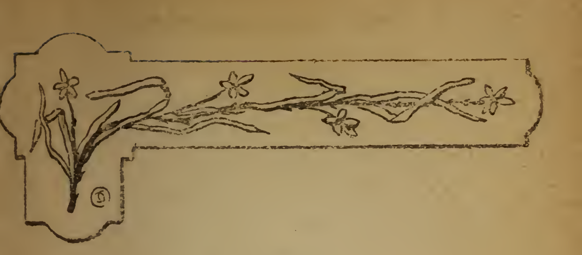
Adónde va el carpintero
Con tanta madera al hombro?
—Tengo que hacer un tablado
De cama de matrimonio.
—¿Quién se casa?—Florentina.
—Tú eres entonces el novio.
Mil enhorabuenas, Pedro.
—Mil gracias, amigo Alfonso.

—¿Cómo te has hecho ese traje?
—Madre mía, no sé cómo.
Feo salió para boda;
Para mortaja es el propio.
—Rásgale, niña, ó deshazle.
—No, madre; ya no le toco.
Mala me siento hace días:
Puede que me sirva pronto.

—¿Qué trabajas, Pedro amigo,
Tan afanado y lloroso?
—Labro una cama sin pies,
La postrera que usan todos.
—¿Quién ha muerto?—Florentina.
Por ella trabajo y lloro.
¡En ataúd se ha trocado
La cama de matrimonio!

18 de mayo de 1854.





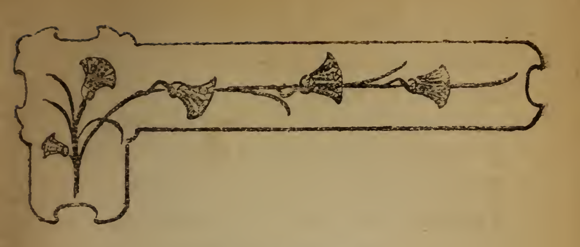
LA VIDA.

TRADUCCIÓN DE METASTASIO.

Por qué la vida nos parece bella?
¿Qué placer nos ofrece mientras dura,
Si no hay edad ni condición en ella
Que dolor no se vuelva y amargura?
Niños, un ademán nos intimida;
Juguete somos en la edad florida
De la fortuna y del amor insano;
Y al fin cubiertos de cabello cano,
Abrumados gemimos
Al peso de los años que vivimos.
Ya el ansia de adquirir nos atormenta,
Ya el temor de perder nos pone susto:
Lid continua y violenta
Entre sí tienen siempre los malvados,
Y perdurable lid también sustenta
Contra la envidia y la falacia el justo.

Fantasmas engendrados
Por loca fantasía,
Sueño, delirio son nuestros cuidados;
Y cuando al cabo con vergüenza un día
Se desengaña nuestra mente ciega,
Entonces es cuando la muerte llega.





LA CAMPANA.

IMITACIÓN DEL ALEMÁN (DE SCHILLER).

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

AFIANZADO en el suelo fuertemente
Ya el molde está de recocida greda;
Hoy fabricada la campana queda:
Obreros, acudid á la labor.
  Sudor que brote ardiente
  Inunde nuestra frente;
Que si el cielo nos presta su favor,
La obra será renombre del autor.

  A la grave tarea que emprendemos
Razonamiento sólido conviene:
Gustoso y fácil el trabajo corre
Cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideremos

De un leve impulso á la materia dado:
De racional el título se borre
Al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexión ilustre y rica,
Y dióse al hombre la razón á cuenta
De que su pecho con ahinco sienta
Cuanto su mano crea y vivifica.

Para que el horno actividad recobre,
Trozos echad en él de seco pino,
Y oprimida la llama, su camino
Búsquese por la cóncava canal.
Luego que hierva el cobre,
Con él se junte y obre
Estaño que desate el material
En rápida corriente de metal.

Esa honda taza que la humana diestra
Forma en el hoyo manejando el fuego,
En alta torre suspendida luego
Pregón será de la memoria nuestra.
Vencedora del tiempo más remoto
Y hablando á raza y raza sucesiva,
Plañirá con el triste compasiva,
Pía rogando con el fiel devoto.

El bien y el mal que en variedad fecundo
Lance sobre el mortal destino sabio,
Herido el bronce del redondo labio
Lo anunciará con majestad al mundo.

Blancas ampollas elevarse he visto;
En buen hora: la masa se derrite.
La sal de la ceniza precipite
Ahora la completa solución.
Fuerza es dejar el misto
De espuma desprovisto:
Purificada así la fundición,
Claro el vaso ha de dar y lleno el son.

Él con el toque de festivo estruendo
Solemniza del niño la venida,
Que á ciegas entra en la vital carrera,
Quieto en la cuna plácida durmiendo.
En el seno del tiempo confundida
Su suerte venidera,
Mísera ó placentera,
Yace para el infante;
Pero el amor y maternal cuidado
Colman de dicha su dorada aurora.
En tanto, como flecha voladora,

Van huyendo los años adelante.
Ya esquivo y arrogante
El imberbe doncel huye del lado
De la niña gentil cuando él nacida,
Y al borrascoso golfo de la vida
Lanzándose impaciente,
Con el báculo se arma del viajero,
Vaga de tierra en tierra diferente,
Y al techo paternal vuelve extranjero.
En juventud allí resplandeciente,
Y á un ángel igualándose de bella,
Luego á sus ojos brilla
La cándida doncella,
Púrpura rebosando su mejilla.
Insólito deseo
El pecho entonces del mancebo asalta:
Ya entre la soledad busca el paseo,
Ya de los ojos llanto se le salta,
Ya fugitivo del coloquio rudo
De antiguos compañeros, que le enoja,
Desde lejos le sigue con vergüenza
El paso á la beldad: sólo un saludo
Mil placeres le inspira;
Y de sus galas el vergel despoja
Para adornar la recogida trenza
Del caro bien por cuyo amor suspira.
En aquel anhelar tierno, incesante,
Con aquella esperanza dulce y pura,
Ve los cielos abiertos el amante,

Y anégase en abismos de ventura.
¡Ay! ¿Por qué han de pasar tan de ligero
Los bellos días del amor primero?

Esos cañones negrear miramos:
Pértiga larga hasta la masa cale;
Que si de vidrio revestida sale,
No habrá para fundir dificultad.
Sus, compañeros, vamos,
Y pruebas obtengamos
De que hicieron pacífica hermandad
Los metales de opuesta calidad.

Sí, que del justo enlace
De rigidez al par y de ternura,
De fuerza y de blandura,
La harmonía cabal se engendra y nace.
Mire quien votos perdurables hace
Si con su corazón cuadra el que elige;
Que la grata ilusión momentos dura,
Y el pesar del error eterno aflige.
Asienta bien sobre el cabello hermoso
De la virgen modesta
La corona nupcial que la engalana,

Cuando con golpe y son estrepitoso
Convoca la campana
De alegre boda á la brillante fiesta:
Mas día tan feliz y placentero
Del abril de la vida es el postrero;
Que al devolver los cónyuges al ara
Velo y venda sutiles,
Con ellos de su frente se separa
La ilusión de los goces juveniles.
Rinde al cariño la pasión tributo;
Marchítase la flor, madura el fruto.
Desde allí entra el varón en lid constante:
Verásele afanado y anhelante
Pretender, conseguir; veréis que osado
Con cien y cien obstáculos embiste
Para que su tesón el bien conquiste.
Entonces de abundancia rodeado
Se encontrará, que por do quier le llega:
Su troj rebosa de preciosos dones;
Crecen sus posesiones,
Y la morada que heredó se agranda,
En cuyo íntimo círculo despliega
Su celo cuidadosa
La vigilante madre, casta esposa.
Ella en el reino aquel prudente manda;
Reprime al hijo y á la niña instruye:
Nunca para su mano laboriosa,
Cuyo ordenado tino
En rico aumento del caudal refluye.

De esa mano, que le hace en remolino
Al torno girador zumbar sonoro,
Brota el hilo y al huso se devana:
Ella el arca olorosa llena de oro,
Ella los paños de escogida lana,
Ella la tela de nevado lino
Custodia en el armario, que luciente
Mantiene la limpieza;
Ella une el esplendor á la riqueza,
Y al ocio junto á sí jamás consiente.

El padre en esto, sonriendo ufano
Desde alto mirador sobre la casa,
Que deja registrar tendido llano,
De sus bienes el número repasa.
El árbol corpulento
Ve de crecidas pomas agobiado;
Su granero contempla apuntalado,
Y en densas olas al batir del viento
Moviendo las espigas el sembrado.
Y atrévese á exclamar con vanagloria:
«Tan firme como el mismo fundamento
Que sostiene la mole de la tierra,
Fuerte contra el poder de la desgracia
Me hace el tesoro que mi techo encierra.»
¡Oh esperanza ilusoria!
¿Cuál poder eficacia
Contra el destino tiene?
No hay lazo que sus vuelos encadene,

Y antes de prevenir con el amago,
Se nos presenta el mal con el estrago.

Bien se parte la escoria recogida:
Ya principiar la fundición se puede;
Mas antes que la masa libre ruede,
Récese una plegaria con fervor.
Dad al metal salida.
¡Dios un estrago impida!—
Río humeante, negro de color,
Se abisma en el canal abrasador.
Es el fuego potencia bienhechora
Mientras la guía el hombre y bien la emplea,
Que á su fuerza divina auxiliadora
Deudor entonces es de cuanto crea;
Pero plaga se vuelve destructora
Cuando una vez de sus cadenas franca,
Por la senda que elige libre arranca,
Y avanza con fiereza,
Salvaje de cruel naturaleza.
¡Ay si sacude el freno, y ya no hallando
Quien resista sus ímpetus violentos,
En apiñada población derrama
Incendio asolador inmensa llama!
Guardan los elementos
Rencor á los humanos monumentos.
La misma nube cuyo riego blando
Los perdidos verdores

Devuelve á la pradera que fecunda,
Rayos también arroja furibunda.—
¿Escucháis en la torre los clamores
Lentos y graves que á temor provocan?
No hay duda: á fuego tocan.
Sangriento el horizonte resplandece,
Y ese rojo fulgor no es que amanece.
Tumultüoso ruido
La calle arriba cunde,
Y de humo coronada
Se alza con estallido,
Y de una casa en otra se difunde,
Como el viento veloz, la llamarada,
Que en el aire encendiendo
Sofocador bochorno,
Tuesta la faz cual bocanada de horno.
Las largas vigas crugen,
Los postes van cayendo,
Saltan postigos, quiébranse cristales,
Llora el niño, la madre anda aturdida,
Y entre las ruinas azorados mugen
Mansas reses, perdidos animales.
Todo es buscar, probar, hallar huída,
Y á todos presta luz en su carrera
La noche convertida
En día claro por la ardiente hoguera.
Corre á porfía en tanto larga hilera
De mano en mano el cubo, y recio chorro
En empinada comba

Lanza agitando el émbolo, la bomba.
Mas viene el huracán embravecido:
El incendio recibe su socorro
Con bárbaro bramido,
Y ya más inhumano
Cae sobre el depósito indefenso
Donde en gavilla aún se guarda el grano,
Donde se hacina resecado pienso;
Y cebado en aristas y maderas,
Gigante se encarama á las esferas,
Como en altivo alarde
De querer mientras arde
No dejar en el globo en que hace riza
Sino montes de escombros y ceniza.
El hombre en esto, ya sin esperanza,
Se rinde al golpe que á parar no alcanza,
Y atónito cruzándose de brazos,
Ve sus obras yacer hechas pedazos.

Desiertos y abrasados paredones
Quedan allí, desolador vacío,
Juguete ya del aquilón bravío.
Sin puertas y sin marco los balcones,
Bocas de cueva son de aspecto extraño,
Y el horror en su hueco señorea,
Mientras allá en la altura se recrea
Tropel de nubes en mirar el daño.

Vuelve el hombre los ojos

Por la postrera vez á los despojos
Del esplendor pasado,
Y el bastón coge luego de viandante
Sonriendo tranquilo y resignado.
Consuelo dulce su valor inflama.
El fuego devorante
Le privó de su próspera fortuna;
Mas cuenta, y ve que de las vidas que ama
No le faltó ninguna.

El líquido en la tierra se ha sumido;
El molde se llenó dichosamente:
¡Ojalá á nuestra vista se presente
Obra que premie el arte y el afán!
¿Si el bronce se ha perdido?
¿Si el molde ha perecido?
Nuestras fatigas esperanza dan;
Mas ¡ay! ¡si destruídas estarán!

Al seno tenebroso
De la próvida tierra confiamos
La labor cuyo logro deseamos.
Así con fe sencilla
Confía el campesino laborioso
Al surco la semilla,
Y humilde espera en la bondad celeste
Que germen copiosísimo le preste.

Semilla más preciosa todavía
Entre luto y lamentos se le fía
A la madre común de lo viviente;
Pero también el sembrador espera
Que del sepulcro salga floreciente
A vida más feliz y duradera.

Son pausado
Funeral
Se ha escuchado
En la torre parroquial.
Y nos dice el son severo
Que un mortal
Hace el viaje lastimero
Que es el último y final.

¡Ay que es la esposa de memoria grata!
¡Ay que es la tierna madre, á quien celoso
El rey de los sepulcros arrebata
Del lado del esposo,
Del cerco de los hijos amoroso,
Frutos lozanos de su casto seno,
Que miraba crecer en su regazo,
Su amante corazón de gozo lleno!
Roto ya queda el delicioso lazo
Que las dichas domésticas unía.
La esposa habita la región sombría;

Falta al hogar su diligente brazo
Siempre al trabajo presto,
Su cuidado, su aliño;
Falta la madre, y huérfano su puesto,
Lo usurpará una extraña sin cariño.

En tanto que se cuaja en sus prisiones
El vertido metal, no se trabaje,
Y libre como el ave en el ramaje,
Satisfaga su gusto cada cual.
Si al toque de oraciones,
Libre de obligaciones
Ve los astros lucir el oficial,
Sigue el maestro con tarea igual.

Cruza con ágil pie la selva espesa
Gozoso ya el peón, bien cual ausente
Que al patrio techo próximo se siente.
Abandona el ganado la dehesa,
Y en son discorde juntan
El cordero su tímido balido,
Y el áspero mugido
La lucia vaca de espaciosa frente,
Caminando al establo que barruntan.
A duras penas llega
Atestado de mies á la alquería
Bamboleando el carro; y en los haces

Una corona empínase y despliega
Colores diferentes y vivaces,
Fausta señal de que empezó la siega.
El pueblo agricultor con alegría
Se agolpa al baile y al placer se entrega.
La ciudad mientras tanto se sosiega,
Según desembaraza
El gentío las calles y la plaza,
Formando en amigable compañía
Las familias el corro de costumbre,
Ya en torno de la luz, ya de la lumbre,
Cierra la puerta de la villa el guarda,
Y ella cruge al partir del recio muro.
La tierra se encapota en negro manto;
Pero el hombre de bien duerme seguro.
No la sombra nocturna le acobarda
Como al vil criminal, ni con espanto
Pesadilla horrorosa le desvela;
No: de reposo regalado y puro
Disfruta la virtud: un centinela,
La previsora LEY, su sueño vela.

¡Preciosa emanación del Sér Divino,
Salud de los mortales, orden santo!
Mi labio te bendiga.
La estirpe humana que á la tierra vino
En completa igualdad, por ti se liga
Con vínculo feliz, que sin quebranto
Guarda á todos su bien. Tú solo fuiste

Quien allá en la niñez de las edades
Los cimientos echó de las ciudades;
Tú al salvaje le hiciste
Dejar la vida montaraz y triste;
Tú en la grosera prístina cabaña
Penetraste á verter el dulce encanto
Que á las costumbres cultas acompaña;
Tú creaste ese ardor de precio tanto,
Ese AMOR DE LA PATRIA sacrosanto.

Por ti mil brazos en alegre alianza
Reconcentran su fuerza y ardimiento,
Y á un punto dirigida su pujanza,
Cobra la industria raudo movimiento.
Maestro y oficial en confianza
De que les da la libertad su escudo,
Redoblan el ardor de sus afanes;
Y cada cual contento
Con el lugar que conquistarse pudo,
Fieros desprecian con desdén sañudo
La mofa de los ricos haraganes.
Es la fuente del bien del ciudadano.
Es su honor el trabajo y su ornamento.
¡Gloria á la majestad del soberano!
¡Gloria al útil sudor del artesano!

Paz y quietud benigna,
Unión consoladora,

Sed de estos muros siempre
Benéfica custodia.
Nunca amanezca el día
En que enemigas hordas
Perturben el reposo
De que este valle goza.
Nunca ese cielo puro
Que plácida colora
La tarde con matices
De leve tinta roja,
Refleje con la hoguera
Terrible y espantosa
De un pueblo que devasta
La guerra matadora.

Esa fábrica endeble y pasajera,
Fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;
Y ojos y corazón nos alboroce
Obra que salga limpia de lunar.
Recio el martillo hiera:
Salte la chapa entera.
La campana veréis resucitar,
Cayendo su cubierta circular.

Sabe con segura mano,
Sabe en momento oportuno

Romper el maestro el molde
Cuya estructura dispuso;
Mas ¡ay si el líquido ardiente
Quebranta indómito el yugo,
Y en vivo raudal de llama
Discurre al antojo suyo!
Con el bramido del trueno,
Con ciego y bárbaro impulso,
Estalla, y la angosta cárcel
Quiebra en pedazos menudos;
Y cual si fuese una boca
De los abismos profundos,
Estragos tan sólo deja
En el lugar donde estuvo.
Que fuerza á quien no dirige
La inteligencia su rumbo,
No en creaciones, en ruínas
Emplea su empuje rudo,
Cual pueblo que se subleva,
En cuyo feroz tumulto
Desgracias hay para todos
Y bienes para ninguno (1).

Horrible es en las ciudades
Donde, hacinado y oculto,
Sedicioso combustible

(1) Alusión á los horrores de la revolución de Francia, cuyos ejércitos habían penetrado en el territorio alemán cuando Schiller escribió esta oda, que fué en 1799.

Largamente se mantuvo,
Verlo de repente arder,
Y alzarse un pueblo iracundo,
Rompiendo en propia defensa
Hierros de dominio injusto.
Entonces la rebelión,
Dando feroces aullos,
Del tiro de la campana
Se suspende por los puños,
Y el pacífico instrumento,
Órgano grave del culto,
Da profanado la seña
Del atropello y disturbio.
La LIBERTAD, la IGUALDAD
Se proclama en grito agudo;
Y el tranquilo ciudadano
Cierra el taller y el estudio,
Y échase encima las armas,
Zozobroso y mal seguro.
Los pórticos y las calles
Se llenan de inmenso vulgo,
Libres vagando por ellas
Los asesinos en grupos.
Revístense las mujeres
De la fiereza del bruto,
Y al terror de la matanza
Unen la befa, el insulto,
Y con dientes de pantera
Despedazan sin escrúpulo

El corazón palpitante
Del contrario aún no difunto.
Desaparece el respeto;
Nada es ya sacro ni augusto:
El bueno cede el lugar
Al malvado inverecundo;
Y los vicios y los males,
Entronizándose juntos,
Envanecidos pasean
La carroza de su triunfo.
Peligroso es inquietar
El sueño al león sañudo;
Terrible es el corvo diente
Del tigre ágil y robusto:
Mas no hay peligro más grande
Ni de terror más profundo,
Que el frenesí de los hombres
Poblador de los sepulcros.
¡Mal haya quien en las manos
Al ciego la luz le puso!
A él no le alumbra, y con ella
Se puede abrasar el mundo.

¡Ah! nos oyó la celestial grandeza.
Ved salir de la rústica envoltura,
Como dorada estrella que fulgura,
Terso y luciente el vaso atronador.
Del borde á la cabeza

Relumbra con viveza,
Y el escudo estampado con primor
Deja contento al hábil escultor.

Acudid en tropel, compañeros,
Y según la costumbre cristiana,
Bauticemos aquí la campana,
Que CONCORDIA por nombre tendrá.
Para amarnos al mundo vinimos,
Y es la unión la ventura del hombre:
Con su voz la campana y su nombre
De esa unión pregonera será.

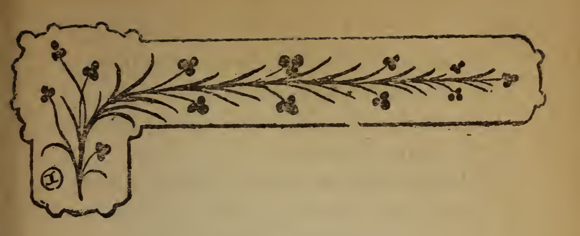
Que ese es el futuro empleo,
Ese es el fin para el cual
El artífice su autor
La ha querido fabricar.
Levantada sobre el valle
De la vida terrenal,
En medio del éter puro
Suspensa debe quedar;
Y vecina de las nubes
Que engendran la tempestad,
Y rayando en los confines
De la región sideral,
Habrá de ser desde allí

Una voz divina más
Que alterne con las estrellas,
Que en su giro regular
La gloria de Dios pregonan
Y leyes al año dan.
Sólo pensamientos graves
Inspire á la humanidad,
Cuando con sonoro acento
Mueva el labio de metal.
Sirva al tiempo y al destino
De lengua para contar
La rapidez de las horas
Y el curso del bien y el mal;
Siguiendo siempre, aunque ajena
De sentir gozo y piedad,
Las mudanzas que en la vida
Se suceden sin cesar.
El propio sonido suyo,
Cuyo harmónico raudal
Pujante el espacio llena
Y se oye y pasa fugaz,
Imagen es que nos dice
Que así presuroso va
Todo en la tierra á perderse
En la inmensa eternidad.

Ahora, con el cable retorcido,
Salga del foso ya,

Y ascienda á las regiones del sonido,
Al aire celestial.
Tirad, alzad, subid. Ya se ha movido:
Ya suspendida está.—
¡Resuene, oh patria, su primer tañido
Con la gozosa nueva de la PAZ!





LA INFANTICIDA.

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN (DE SCHILLER).

QUÉ escucho? Sordamente clamorea
Una y otra campana, y su camino
Corrió la flecha del reló. Pues, ea,
Cúmplase mi destino;
Vamos con el favor del Juez divino:
Llevadme, precursores de la muerte,
Donde el vil criminal su sangre vierte.
Mundo cruel, que con fatal encanto
Las almas envenenas,
Y horas me diste de ventura llenas,
Recibe mis cariños y mi llanto
Cuando fuera de ti la planta llevo.
Ya, mundo corruptor, nada te debo.

Adiós quedad, contentos de la vida,
Cambiados hoy en podredumbre negra;
Adiós, gozosa edad, edad florida,

Cuya embriaguez el corazón alegra.
Sueños tejidos de oro,
Ilusiones de bien, hijas del cielo,
Quedad en este suelo
Donde perdidas al nacer os lloro.
¡Ay! vuestro verde vástago se trunca
Para que no dé flor ni brote nunca.

En otro tiempo fué la gala mía
De la inocencia el cándido vestido
Que á la pluma del cisne afrentaría:
Realzaba la túnica preciosa
Cinta gentil de colorada rosa,
Y mi rubio cabello entretejido
Con rosas á la par, luengo pendía.
Víctima del infierno en este día,
De blanquecino traje se me viste;
Pero en lugar ¡ay, triste!
De flores en mi sien, sobre ella veo
Negra banda y capuz, señal de reo.

Lloradme las que libres de flaqueza
No habéis vuestro decoro mancillado,
Y á quienes da su aroma regalado
El lirio celestial de la pureza.
Si os cupo en suerte el brío que domina
La blanda agitación del pecho hirviente,
Luisa nació mujer, y no heroína.
Yo sentí, cual mujer, humanamente,

Y el sentimiento mi martirio empieza.
Por el brazo de un pérfido cercada,
Quedóse mi virtud aletargada.

Tal vez de otra beldad gira ya en torno
El corazón de sierpe que me olvida,
Y al lado de la mesa de su adorno
En plática de amor su ingenio apura
Cuando abren para mí la sepultura.
Con los rizos quizá de su querida
Liviano juguetea,
Y el ósculo recoge y saborea
Con que ella le convida,
Cuando en el tajo mi garganta rota,
La sangre en alto desde el tronco brota.

¡Permita Dios, Hermán (1), que donde quiera
Te persiga mi coro funerario,
Y en tus oídos temerosa hiera
La rebramante voz del campanario!
Cuando del labio de la dama tuya
Entre susurro misterioso y tierno
Torrente para ti de gozo fluya,
Una saeta parta del infierno,
Que de improviso deje atravesada
La imagen del deleite sonrosada.

(1) *José* es el nombre que hay en el original.

Tanto dolor de quien por ti vivía,
¿No fué para ti nada, ¡oh fementido!
Nada el oprobio que por ti sufría?
¿Nada para tu pecho empedernido
Lo que al león y al tigre ablandaría,
El sér en mis entrañas escondido?
Huyes ¡ah! Tu bajel rápido boga;
Y en tanto que le miro, y que la pena
Mis ojos nubla, mi gemir ahoga,
Tú en la margen del Sena
Contra víctima nueva, en torpe amaño,
Diriges el suspiro del engaño.

En el regazo maternal yacía
Reposando feliz el tierno infante,
Y al capullo entreabierto semejante,
Su labio encantador se sonreía.
Con placer congojoso descubría
En cada rasgo yo de aquel semblante
La faz que un tiempo mis delicias era;
Y á la vez me asaltaban á porfía,
Ya del cariño la piedad primera,
Ya desesperación bárbara y fiera.

«Mujer, ¿qué es de mi padre?» me gritaba
Muda su tierna voz, muda y de trueno.
«Mujer, ¿qué es de tu esposo?» retumbaba
Cada rincón de mi angustiado seno.
¡Ay, huérfano inocente!

Será en vano buscar al inclemente
Que tal vez otros hijos acaricia:
Tú con harta justicia
Maldecirás la dicha delincuente
De la mujer y el hombre
Que te legaron de bastardo el nombre.

En el inmenso mundo
Solitaria tu madre se veía
Con su dolor profundo,
Y abrasadora sed la consumía
Cada vez que, abrazándote, gustaba
Goces que el deshonor acibaraba.
Del ya pasado tiempo de alegría
Cada vagido tuyo despertaba
El recuerdo cruel y despechado,
Y puñal aguzado
Para la triste Luisa
Era, hijo mío, tu infantil sonrisa.

Suplicio si evitaba tu presencia,
Suplicio igual teniéndote presente:
Los abrazos que daba tu inocencia,
Fatal recuerdo del perdido ausente,
Me ligaban el cuello cual dogales
De furias infernales.
Tronando me aturdía
Voz como si se alzara de la huesa,
Que siempre del aleve la promesa,

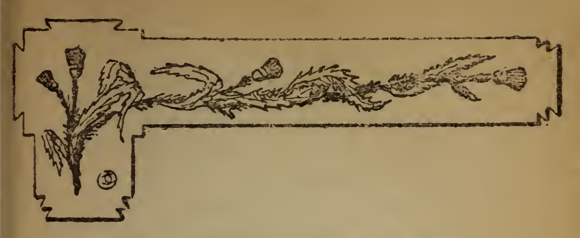
Que siempre su perjurio repetía;
Y en la red de Satán así sin tino,
Se convirtió la madre en asesino.

Permita Dios, Hermán, que donde huyeres
Te acose infatigable sombra airada,
Que te despierte con su mano helada
En el dulce soñar de los placeres.
De las estrellas en la luz radiante
Mires centelleando la mirada
Del hijo agonizante;
Y cuando rindas el postrer aliento,
Salga á encontrarte pálido y sangriento,
Y azote que en su diestra te amenace,
Lejos del paraíso te rechace.

Contémplale á mis pies inanimado,
Y á mí que, inmóvil, yerta
Y el juicio conturbado,
Correr miraba por la herida abierta
De su sangre el torrente,
Que se llevó mi vida juntamente.
Mas ¡ay! de la justicia el enviado
Ya pulsa con estrépito mi puerta.
Golpe más duro aún mi pecho siente
Que el golpe que ha sonado.
Corro: la fría muerte apague luego
Este afán que me abrasa como fuego.

Es un Dios de piedad el de los fieles;
Yo, Hermán, soy pecadora y te perdono:
Quiero al morir sacrificar mi encono,
Y en holocausto ofrezco tus papeles.
Brotad de los tizones,
Llamas, brotad. ¡Albricias!
Arde la oferta de su fe traidora,
Y ¡oh! ¡cómo de los pérfidos renglones,
Henchidos de lisonjas y caricias,
El fuego se apodera y los devora!
Prendas de gozo ayer, hoy de quebranto,
¿Qué hubo que para mí valiera tanto?

Tiembla de tu belleza seductora;
Tiembla, mujer, del que adorarte jura:
Lazo de mi virtud fué mi hermosura,
Y en el cadalso la maldigo ahora.
¿Qué miro? ¡Cielos! ¡El verdugo llora!
Ceñidme ya, y acabe mi martirio;
Ceñidme con presteza
Un lienzo alrededor de la cabeza.
Para tronchar un lirio,
¿Te ha de faltar denuedo?
No mudes de color: hiere sin miedo.



EL CINCO DE MAYO.

ODA TRADUCIDA

DE LA QUE ESCRIBIÓ EN ITALIANO ALEJANDRO MANZONI
Á LA MUERTE DE NAPOLEÓN.

MURIÓ.—Cual yerto quédase,
Dado el postrer latido,
Del alma excelsa huérfano,
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.
La hora contemplan última
Del hombre del destino,
Y dudan que en el cárdeno
Polvo de su camino
Pie de mortal imprímase,
Que le semeje ya.

Le vi en el trono fúlgido
Y fué mi lengua muda;
Cayó, se alzó, y postráronle

Por fin en lid sañuda;
Y al recio grito múltiple
Voz no añadí jamás.
  Virgen de injuria pérfida
Y encomio lisonjero,
Mi Musa, cuando súbito
Se oculta el gran lucero,
Rinde á la tumba un cántico,
No efímero quizás.

  Del Alpe á las Pirámides,
Del Rhin al Guadarrama,
Lanzó tras el relámpago
Él la celeste llama:
Hirió de Scila el Tánaïs,
Y de uno al otro mar.
  Si esto fué gloria, júzguelo
Futura edad; la nuestra
Humíllese al Altísimo,
Que dilatada muestra
De su potente espíritu
Quiso en el hombre dar.

  El zozobroso júbilo
Que un gran designio cría,
Los indomables ímpetus
De quien reinar ansía,
Y obtiene lo que fuérale
Vedado imaginar.

Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripción y alcázares,
La fuga y la victoria;
Se vió dos veces ídolo,
Dos pereció su altar.

Dos siglos combatíanse
Cuando su voz oyeron,
Y á él como á ley fatídica
Sumisos acudieron:
Callar les hizo, y árbitro
Sentóse entre los dos.
Y de honda envidia y lástima
Objeto en su caída,
Cerrada en breve círculo
Desperdició su vida,
Odio y amor sin límite
De sí dejando en pos.

Envuelve y hunde al náufrago
Ola que, alzándole antes,
Dejaba que en el piélago
Con ojos anhelantes
Buscara en vano el mísero
Tierra distante de él.
Así abismaba al héroe
Tanto recuerdo amargo:
Él de historiarse impúsose

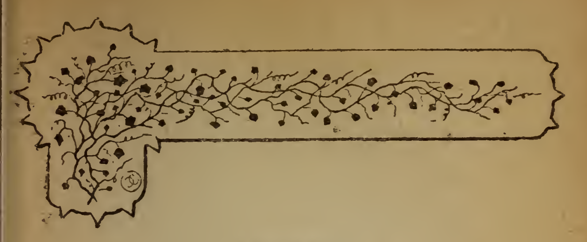
Mil veces el encargo,
Y mil cayóle inválida
La mano en el papel.

Mil veces, ¡ay! al tétrico
Fin de inactivo día,
Bajas las ígneas órbitas,
Brazos con pecho unía,
Y le asaltó en imágenes
El esplendente ayer.
Y vió las tiendas móviles,
Y armas la luz volviendo,
Y el galopar belígero
Valles henchir de estruendo,
Las imperiosas órdenes
Y el pronto obedecer.

Quizás, ¡ay! de la pérdida
Rendido al desconsuelo,
Desesperó; mas próvida
Mano llegó del cielo,
Y á la región vivífica
Piadosa le llevó.
Donde floridos tránsitos
Ofrece la esperanza
Al campo en que magnífico
Premio sin fin se alcanza,
Y noche muda tórnase
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
Fe, por do quier triunfante,
De un nuevo triunfo alégrate:
Cerviz más arrogante
Al deshonor del Gólgota
Nunca se doblegó.
Libra los restos flébiles
Tú de injurioso acento:
Dios que alza y postra, dándonos
Tribulación y aliento,
Ya solitario el túmulo,
Al lado vigiló.





LA FLOR

NO ME OLVIDES.

IMITACIÓN DEL POETA ALEMÁN AUGUSTO BEUGENBACH.

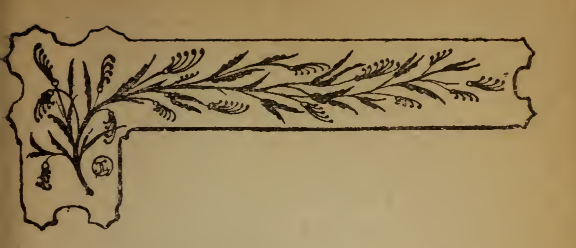
Por la orilla de un torrente
Dos esposos paseaban
El día que se juraron
Cariño eterno en las aras.
En silencio pudibundo,
La amorosa desposada
El dulce desasosiego
Del pecho disimulaba.
Una flor azul celeste
Vió flotar sobre las aguas,
Y con un tierno suspiro
Dijo entre sí estas palabras:
«¡Flor infeliz! de una vida
Que ser no pudiera larga,
Bien temprano te despojan
Esas olas inhumanas.»

No pronunció en voz tan débil
Esta exclamación aciaga,
Que no la oyera el que vive
Anhelante de agradarla;
Y sin tomar más consejo
Que aquél que su amor le daba,
Tras la mata que fluctúa
En el torrente se lanza.
Pero ¡ay! que las recias olas
Al triste mancebo arrastran,
Y en un momento le llevan
Muy lejos de su adorada,
Que de susto y de congoja
Vacila al mover las plantas.
Ya en la desigual pelea
Fuerzas al náufrago faltan,
Cuando cerca de la margen
En un remanso se para,
Donde la flor se detiene
Y parece que le aguarda.
Hace un esfuerzo y la coge,
Y arrójasela á su amada;
Y ella, creyéndole salvo,
Los tiernos brazos le alarga.
¡En vano! que el agua quieta
Profunda sima ocultaba,
Que tira á su centro al joven
Cual si cadenas le echara;
Y al hundirse en el abismo

Que rugiendo se le traga,
El desdichado exclamó:
«Querida esposa del alma:
Para siempre de tu lado
El destino me separa;
No me olvides; ten memoria
Del que tanto te adoraba.»

Este trágico suceso,
Divulgado por la fama,
Dar hizo á la florecilla,
Origen de la desgracia,
El nombre de *no me olvides*,
Y *no me olvides* se llama.





RECUERDOS DEL DOS DE MAYO.

EN 1839.

ALLÍ, donde tiene asiento
Sobre estériles arenas
El tardío monumento,
Viejo ya por el cimiento (1),
Por la cima juvenil,
  Allí fué donde inhumanos
Los que dieron á la Europa
Nuevas leyes y tiranos,
Contra inermes ciudadanos
Asestaron el fusil.

  Sangre allí por mano aleve
Derramada, formó arroyos,
Y encerraron anchos hoyos

(1) Hacía casi veinte años que se había principiado esta obra, que se ha concluído hace dos.

Sacerdotes con la plebe
Confundidos á la par.
¿No escucháis esa campana
Que se mece en lento giro?
Cada son recuerda un tiro
Que una vida castellana
Dejó al mundo que llorar.

Fementidos extranjeros
Que aguzaban solapados
Contra España los aceros,
Falsamente encaminados
A talar otra región,
Desnudáronse aquel día,
Que enlutó su verde á mayo
Del disfraz que los cubría,
Y del trono de Pelayo
Profanaron el blasón.

Generoso y no prudente,
Tuvo el hijo de los Cides
Á sus plantas la serpiente,
Y por no temer su diente,
Cariñoso la halagó:
Y á su salvo la traidora
Derramó en el seno amigo
La ponzoña matadora.
¡Cruda herida que aún se llora,
Porque el tiempo la enconó!

Sin defensa abandonado
Vióse entonces el Ibero:
Su monarca deslumbrado,
Por escrúpulos de aliado
Se olvidó de que era rey.
Nos mandaron las legiones
Del isleño codicioso,
Con la voz de sus cañones,
Abatir nuestros pendones,
Renegar de patria y ley.

Y al insulto ardiendo en saña,
Fulminó su rayo España,
Y en refriegas pertinaces
Disipáronse las haces
Que juntó el gran adalid:
Y á las puertas de Vitoria
Completóse al fin la gloria
Que los cielos prometieron
Á los tristes que murieron
En el Prado de Madrid.

Nobles mártires, que ahora
Nueva guerra por Castilla
Veis cundir asoladora,
Que os conturba en vuestra silla
Levantada sobre el sol:
Vuestro fin labró la fama
Del guerrero esclarecido

Que por grande el mundo aclama;
Grande, sí, porque vencido
Tarde fué del español.

Su grandeza, donde á una
Con empeño trabajaron
La ambición y la fortuna,
Fué un altar que consagraron
Brazos mil á su interés.
Si del corso estremecieron
Las miradas fulminantes
Á los pueblos que le vieron,
Fué porque hombros de gigantes
Sustentábanle los pies.

Esa audacia desmedida
Que te alzaba hasta el imperio
Devastando un hemisferio,
Preparaba tu caída,
Destructor Napoleón:
Que á cometas refulgentes
Como tú, pero fatales,
Los decretos celestiales,
Protectores de inocentes,
Dan fugaz aparición.

Tú en el último destierro
Solitario te subías
Á la cúspide de un cerro;

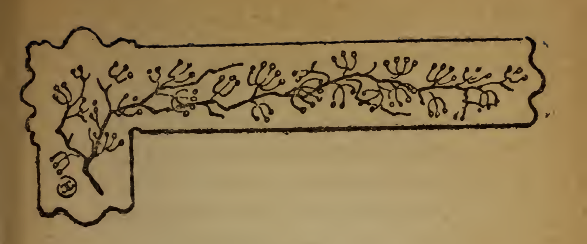
Tú mil veces dirigías
Las miradas hacia el mar:
Y con hórrida congoja
Convertirse acaso viste
De azulada el agua en roja,
Y la sangre conociste
Que mandaste derramar.

Asentaron en las olas
Mil cadáveres las plantas,
Y con voces españolas
Resonaron sus gargantas
Que el cuchillo atravesó.
Y envidiaste aquel instante,
Precursor de horrible fallo,
Al peón que, palpitante,
Bajo el pie de tu caballo
El espíritu rindió.

Tu memoria maldijeron:
Que entre todas las naciones
Donde huellas imprimieron
Tus aciagos batallones
Por su mal y mal común,
Fué la España en quien semilla
Prodigaste más copiosa
De discordia y de rencilla,
Y tu sombra rencorosa
De sus creces cuida aún.

Codiciosos tus paisanos,
Como tú, de nuestra ruína,
Fomentaron entre hermanos
Lucha bárbara intestina
Que enflaquezca su valor:
Que aprendieron con vergüenza,
Combatiendo contra España,
Que como ella no se venza,
No le es dado á gente extraña
Producir su vencedor.





ESPAÑA VINDICADA [1].

Al fin de las regiones europeas
Donde acaba la tierra de Occidente,
Y mares y montañas giganteas
Apartan del antiguo continente
Vasto, fecundo suelo,
Allí hay una nación agreste y ruda,
Que de saber y de virtud desnuda,
Mengua es del siglo, escándalo del cielo.»
Esta nación, á quien así acrimina
Voz lejana y vecina
Que al universo engaña,
Esta, ¿lo creeréis? ésta es España.

Fué grande, fué temida, fué señora:
Doblaban otro tiempo la rodilla
Los pueblos del ocaso y de la aurora

(1) Se escribió á la conclusión de la guerra civil, para leerse en el teatro.

Delante de la enseña vencedora
De León y Castilla.
Vióse después de su poder la silla
Por crudos adversarios contrastada:
Retembló su cimiento al recio embate;
Vaciló en medio del mortal combate
La regia majestad allí sentada,
Perdiendo en riesgo tanto
Ricos girones del púrpureo manto;
Pero á despecho del común encono,
Salvó su fe, su dignidad, su trono.
Émulos que conservan todavía
De pasadas afrentas la memoria,
Hoy nos calumnian con mayor porfía,
Cuando es mayor la castellana gloria.

Se alza en el suelo cántabro pujante
Grito de guerra que los aires hiende,
Y fuego abrasador en un instante
Por la infeliz Península se extiende.
Ven cundir el estrago las naciones
Que hacen de humanidad pomposo alarde;
Y en lugar de extinguir el odio que arde,
Hostigan á los fieros campeones.
Así despedazarse dos leones
Ve un cazador en la africana arena;
Y lejos de que llegue y los amanse,
De intento deja que la lid los canse,
Para echarles á entrambos la cadena.

Nos vieron zozobrar y desviaron
Del náufrago bajel su firme quilla;
Pero las bravas olas se aplacaron,
Y nuestro brazo nos llevó á la orilla.
Ya las iras cesaron;
Ya no se oye el horrísono estampido
Del mortífero bronce,
Por el eco cien veces repetido
Entre el ay del que muere y el herido.
Gira sobre su gonce
La férrea puerta del cancel de Jano;
Movida por la mano
De la PAZ, de la PAZ, que rodeada
De benéficos númenes en tropa,
Viene á cerrar el ominoso templo;
Y la grande nación tan ultrajada,
Hoy se presenta á la confusa Europa
De heroísmo y virtud ínclito ejemplo.

Pudo español contra español la diestra
Levantar iracundo,
Y regar en el choque furibundo
Con la fraterna sangre la palestra;
Pudo servir de un hombre á las pasiones
Que doró artero con falaz vislumbre,
Y ceder al impulso que de lejos
Movía infatigable en sus manejos
El genio de la negra servidumbre,
Sediento del dolor de las naciones;

Mas nunca pudo desterrar del alma
El generoso, innato sentimiento
Que la sangre y la PATRIA nos inspira.
Así en la lid, al huracán violento
Sucediendo la calma,
Cada guerrero á su contrario mira,
Y al ver en él su hermano,
Suelta el acero, tiéndele la mano,
Con el grito de UNIÓN resuena el viento,
Y huye, al oirle, trémulo el tirano.

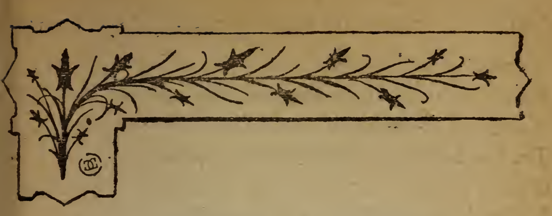
¡Honor, excelsa prez, á los valientes
Que el blasón coronaron de su gloria
Con un timbre mayor que la victoria!
Madres, esposas, vírgenes dolientes,
Que con humilde voto
La piedad implorábais del Eterno
Por las prendas ausentes;
De júbilo llenad el pecho tierno,
Que el cetro usurpador está ya roto.
Festivo canto vuestro labio entone,
Y la mano aperciba
Triunfante lauro y amigable oliva,
Con que su sien el adalid corone.
Venid ahora á vernos,
Y aprended, ¡oh políticos sagaces!
En un rasgo no más á conocernos.
Vosotros prolongábais la pelea:
Obra de nuestra mano son las paces.

Olvidar disensiones pertinaces,
Para algún corazón difícil sea;
No para el español: cuéstale sólo
Tan magnánima prueba de heroísmo
Las redes quebrantar que le arma el dolo,
Y por guía admitir su instinto mismo.

No es la patria del Cid y de Padilla
Esa que pinta vuestro labio injusto:
Respeto os deba su blasón augusto,
Que no tolera su león mancilla.
Ese pueblo fanático y grosero,
Juguete del iluso sacerdote,
Y armado siempre de cobarde acero,
Y alegre con la hoguera y el azote,
No le busquéis en el confín hispano:
Buscadle allá donde feroz levanta
Brazo de hierro déspota inhumano,
Y con el suelo, donde siervo nace,
Se vende al hombre reducido á planta.
Vuestro saber que envanecer os hace,
Lo admira España, y sin envidia os deja
Que, deslumbrados con su brillo falso,
Sobre el ara de Dios paséis la reja,
Y arrastréis los monarcas al cadalso.
Domeñar el Océano profundo,
La fe llevar á incógnitas regiones,
Lanzar al moro, conquistar un mundo,
Alzarnos libres para darnos leyes,

Vencer Napoleones,
Sacar de cautiverio nuestros reyes:
Estas solas hazañas
En los hijos buscad de las Españas.
Fiel á la mano augusta que le rige,
Valiente el español y generoso,
Si tal vez al error se precipita,
Pronto de la razón la senda elige;
Y para ser dichoso
Cuando su pecho á la virtud le incita,
Olvidaros tan sólo necesita.





Á LA GUERRA DE ÁFRICA.

DÉCIMAS

LEÍDAS EN EL TEATRO DEL CIRCO EN LA NOCHE DEL 25 DE ENERO DE 1860.

VINIERON los sarracenos,
Y nos molieron á palos;
Que Dios ayuda á los malos,
Cuando son MÁS que los buenos.»
Así dice, por lo menos,
Una copla, urdida mal;
Pues, en examen formal,
Nos ofrece su remate
Un blasfemo disparate
Y una mentira historial.

Para más negro desdoro
Del Rey, galán de la Cava,
Con mayor hueste contaba
Que el ejército del moro.
De pasmo y vergüenza el lloro
Fué que España derramó

Cuando el árabe pisó
La corona indo-germana,
Y lidiando una semana,
Por siete siglos reinó.

España, á su gloria fiel,
Al África necesita
Ir á pagar la visita
Que se entró aquí de tropel.
Esa Mauritania infiel,
Antes, de los godos era;
Y pues la fe verdadera
Ya la bañó con su luz,
Adore otra vez la cruz
En la española bandera.

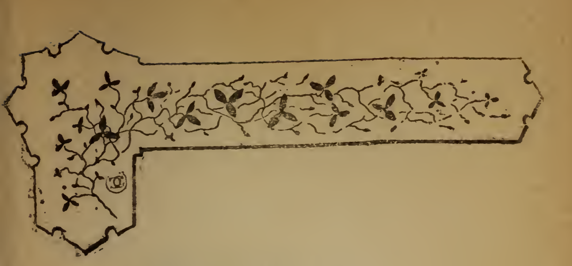
¡Ni en las almenas de un fuerte
Mirar le dejaba el sol
El rifeño al español,
Sin fulminarle la muerte!
Ceuta, cambiada la suerte,
Respirará sin afán.
De allí vino el musulmán;
De allí partirá el cristiano:
Su triunfo, tarde ó temprano,
Los que vivan lo verán.

¿No dicen los corifeos
De una calumnia insolente,

Que el África propiamente
Principia en los Pirineos?
Los africanos trofeos
Que amontona cada día
La española valentía,
Ver dejan ya bien de bulto
Que ha de ser la voz de insulto
¡La conquista en profecía!

¡Sea á nuestros héroes dada
Gloria en la empresa á que van,
Y pronto brille en Tetuán
Nuestra enseña de Granada!
Deja la española espada
Los campos de sangre llenos;
No alzan ya los agarenos
Cabezas fieles en palos:
¡No les ayuda el ser malos,
Aun siendo MÁS que los buenos!





7 DE FEBRERO DE 1860.

Á LA TOMA DE TETUÁN.

Da el estampido el cañón...
Madrid se levanta apriesa...
—¡Ruge, lamiendo su presa,
El castellano león!
Ya es Tetuán de los que son
Los MENOS en la campaña:
Póstrase el moro en su saña,
Y triunfa la cruz arriba.
¡Dé todo español un VIVA
Al ejército de España!





Á LA ENTRADA TRIUNFAL

DEL

EJÉRCITO DE ÁFRICA.

11 DE MAYO DE 1860.

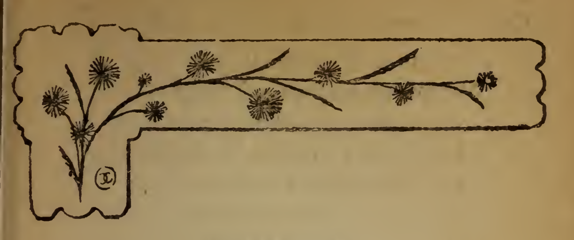
Esos son los que envió
España á vengar su afrenta;
Esos los que en lid sangrienta
La victoria coronó.
No vuelven todos, ¡ay! no.—
Madre, que al cielo bendices;
Hijas y esposas felices,
Que veis á vuestros valientes,
Besad las tostadas frentes,
Besad más las cicatrices.

Granizo y plomo ha llovido
Sobre esas fuertes falanges,
Y el voraz monstruo del Ganges
Por el moro ha combatido.

¿Cuál es el héroe tenido
Por mayor que los demás?
¿Dónde va el que deja atrás
La gloria y valor de Aquiles?
Los héroes aquí son miles:
Lo son todos á cual más.

¡Honor se dé y alta prez
Á los bravos campeones,
Que, ya triunfando en Bullones,
Hicieron temblar á Fez!
En tierra extraña esta vez,
Nietos yacen de Guzmán:
Provoque otra el musulmán
Vuestros invictos aceros,
Y los muertos compañeros
De tumba mejorarán.

Les pesa la arena impía
Que huellan árabes potros,
Y al despediros vosotros
Tembló su osamenta fría.
Tal vez ya saben el día
Que han de ver nuestro pendón,
Y dicen en ronco son
Que yerbas agita y ramos:
«Hoy para después tomamos
De esta tierra posesión.»



ROMANCE

PARA EL ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

Lluvia de menudos plomos
Y espesa lluvia de hielo,
Sobre las alas caían
Del ave reina del viento.
Dejara el águila el nido
Que labró en monte soberbio,
Cruzando el mar en defensa
De sus hijos en destierro.
Vencedora en el combate
Y herida por defenderlos,
Fuerzas le pide al reposo
Para ir á lidiar de nuevo.
Enemigos aquilones
Plumas le arrancan al vuelo:
Ruedan por los campos unas,
Otras en el mar cayeron;
Y bajo el risco eminente
Que la abriga en tosco hueco,

Penachos en sangre tintos
Alfombran en torno el suelo.
Su graznido, aun desde allí,
Le infunde al milano miedo;
Con el dolor de la llaga
Recrece en ella el esfuerzo,
Y pronto al África vuelve
Á desafiar á un tiempo
La barbarie de los hombres,
Las inclemencias del cielo.

Así, por difícil vía,
Con mar borrascosa en medio,
Vienen y al África tornan
Los españoles guerreros.
Llama la patria al herido,
Y al sano la guerra luego;
Compañera de su viaje,
Los va la muerte siguiendo;
Cobra en la batalla, y cobra
Tributo en bajel y en puerto:
¡Valieran los triunfos poco
Si se ganaran con menos!

Oid el clamor salvaje
De la hueste de Marruecos:
Ya sus espingardas truenan,
Ya sus caballos partieron.
Gime el valle al estallar

El volcán del cañoneo;
Cimbréanse en los collados
Los árboles corpulentos;
Los claros de cada fila
Se ven de repente llenos;
Por el cristiano caído
Pone otro soldado el pecho;
Furioso turbión de balas
Fulminan los agarenos;
Vidas acaban, y vidas
Entre la gloria sin duelo.
Rocas parten las bombardas,
Obra de andaluz maestro:
¡Qué harán, descreído Cam,
Con las carnes de tus nietos!
¡Ahogáis al dolor el grito
Con el de la lucha horrendo!
¡Fuertes paleáis, y fuertes
Dais el suspiro postrero!
El Dios, cuyo altar ahí
Pisaron vuestros abuelos,
Las almas piadoso mire
Que dejan con ira el cuerpo.

Cadáver hay africano,
Cuyos labios entreabiertos
Guardan con sonrisa fea
De brutal júbilo el sello.
Contaba el mísero iluso,

Soñó, deliró muriendo,
Con el soez paraíso
De su Profeta embustero.

En tanto, en la hueste nuestra
Mano hábil y ardiente celo
Prestan reparo al destrozo
Que hacen el plomo y el hierro.
Tras las filas apretadas,
Muro palpitante, denso,
De entre los pies del que lidia
Sacan al herido en peso.
De rodillas Esculapio
Fibras ata y une huesos;
Desnuda tierra, harta de agua,
Tiene el doliente por lecho.
No era para España el Moro
Contrario bastante fiero;
Cruel en África el hombre,
Lo son más los elementos.
«¡Victoria!» claman gozosos
Los héroes de Tajo y Ebro.
Contra la voz de alegría
Protesta envidioso el trueno.

Desátanse recias nubes
En copiosos aguaceros,
Que de las tiendas golpean
Con furia el tupido lienzo.

Fuera, penetrante frío;
Dolores y ahogo dentro;
Torrentes de lluvia arriba,
Y abajo balsas de cieno.
Soldado que en la batalla
Sacó lacerado un miembro,
Con todos paga el fiarlos
Al insalubre terreno.
Dan sus efluvios al aire
Desconocidos venenos;
Los cristianos los respiran,
Y al par la muerte con ellos.

Víctimas, que aún de la espada
No fuísteis cabal trofeo,
Salid en hombros amigos
De ese infausto campamento:
Ceuta, el mar, Málaga ofrecen
Aura que aspirar sin riesgo.
¿Quién de ese mal los estragos
No vió ya bajo su techo?
¿Quién hay que por él no llore
Madre, hijo, consorte ó deudo?
El monstruo horrible del Ganges,
De humana sangre sediento,
Con mayor ansia apetece
La sangre del europeo.

Ya un cordón interminable

De hombres y acémilas veo,
Que por la playa arenosa
Caminan con paso lento.
Tristes compañeros guardan
Á sus tristes compañeros:
Cien tumbas de prisa abiertas
Mostrarán por dónde fueron.
Henchidos los hospitales,
Ceuta hace hospital el templo:
Cruzan el piélago quillas
Con dolientes cargamentos.
¡Valor! ¡Valor! Ved los altos
Chapiteles malagueños;
Esperad: es la esperanza
La mitad ya del remedio.
Vítores y bendiciones
En ruidoso clamoreo,
Las andas humildes cercan
De los triunfantes enfermos;
Y el soldado que angustioso
Doblaba el lánguido cuello,
Revive y se alza al oir
La voz del amor del pueblo.
Tiernos brazos femeniles,
Que hábito recata honesto,
Posan en huecos vellones
Al desvalido viajero.
La ciencia y la caridad
Auxilio le dan y aliento;

Blando aire la madre patria
Le hace con el manto regio,
Y afable y majestüosa
Las estancias recorriendo,
Reparte la Religión
Las palmas del sufrimiento.

Casta virgen: tú, que pasas
La noche y el día entero
Vigilante cuidadosa
Del que ve el sepulcro abierto,
Dime: de tantos dolientes
Que hallaron en ti consuelo,
¿Quién sufre más? ¿En quién es
Más grande el merecimiento?
¿Dónde está el héroe cristiano,
De resignación modelo,
Que el valor santo del mártir
Añade al marcial denuedo?
Nómbrale, pues, ora ocupe
Grado ilustre ó pobre puesto:
Siempre es alta la virtud.
Honor merece y respeto,
Lo mismo en noble adalid
Que en combatiente plebeyo,
Y que en ti y en los ministros
De la ciencia y del Eterno,
Que impávidos arrostráis
Las epidemias y el hierro.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Yo de rodillas pedí
El hábito en que me miras,
Previendo ya que sus iras
La peste probara en mí.
Á buscarla vine aquí:
Riesgo mi vida corrió,
Pero en nada engrandeció
Eso mi sagrado sér;
Cumpliendo estaba un deber,
Y ese me le impuse yo.

El ministro del altar,
Con impulso igual al mío,
Fué por su libre albedrío
Con los que van á lidiar;
Como él, el sabio en curar
Al campo marchó también:
Coronas condignas den
Á su virtud y valor;
Más hay corona mayor
Guardada para otra sien.

El capitán valeroso
Que alcanza insigne victoria,
Voluntario de la gloria

Siguió su estandarte hermoso:
Laurel ciña esplendoroso
De gratitud nacional,
Y con aplauso inmortal
Su nombre entre todos ande,
Aún hay corona más grande
Guardada en este hospital.

Mira allí, entre aquellas dos,
Que son la ciencia y la fe,
Aquel joven que se ve
Pronto á dar el alma á Dios,
No fué de la gloria en pos
Por ver un lauro en sus sienes:
Pasaba, pobre de bienes,
Los verdes años fugaces;
Dijo España: «Falta me haces;»
Y él respondió: «Aquí me tienes.»

Le hirieron hijos de Agar
Con rabia y feroz delirio;
Por Dios padeció martirio,
Y Él le viene á coronar.
Óyele el nombre invocar
Del que es de justicia sol...
¡Mira en divino arrebol
Su rostro mortal bañado!...

EL POETA.

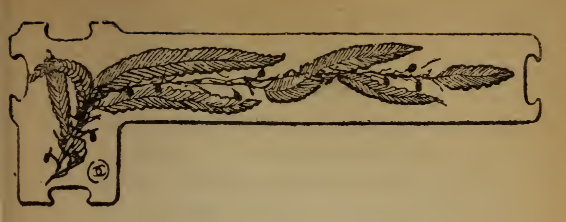
¿Quién es ese hombre?

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

¡Un soldado
Del ejército español!

Uclés 3 de marzo de 1860.





EN LA INAUGURACIÓN

DEL

INSTITUTO ESPAÑOL.

Cuál es la criatura
De tantas como encierra
La doble inmensidad de mar y tierra;
Cuál es el triste sér á quien natura
Los dones de su amor de suerte tasa,
Que de madrastra rigurosa y dura
Con él parece codiciar el nombre?—
Pródiga para todos, sólo escasa,
Sólo injusta y cruel es para EL HOMBRE.

Le negó la firmísima pupila
Del ave que á su antojo,
Cerniéndose en la atmósfera tranquila,
Examina del sol el disco rojo:
No le armó con la planta
Del fugitivo ciervo
Que al viento se adelanta;

No con la garra del león, ni dióle
Del coloso selvático la mole:
De nombre rey, por su impotencia siervo,
De riesgos donde quiera
Y enemigos sin número cercado;
Al verle de pujanza desarmado
Con que su ruína el infeliz estorbe,
Mejor imaginársele pudiera
Nacido más para manjar de fiera
Que para dueño y árbitro del orbe.

Él es, empero, su señor. Su mano,
Si tan débil por sí, tan desvalida,
Con otra y otra y ciento y mil unida
Se reviste de impulso soberano,
Y desata el indómito torrente
De fuerza á cuyo empuje,
Redoblado y creciente,
Junta la creación resiste en vano.
Por el hombre vencido, el tigre ruge,
Y dócil á la rienda y acicate
Se mueve el alazán; el hombre abate
Y ahonda el recio pino,
Y tremolando en él tirantes lonas,
Sobre el inquieto campo cristalino
Lanza flotante puente
Que une entre sí las apartadas zonas:
El trueno aterrador copia á la nube,
Y á la tierra el volcán; en sus entrañas

Negro polvo escondiendo,
Lo incendia; estalla, y con bramido horrendo
Desquicia la explosión y al cielo sube,
Cual brizna leve de menudas cañas,
Deshechas en ceniza las montañas.

Con la preciosa herencia
De la anterior generación uniendo
Su caudal todas de poder y ciencia,
Veloz el hombre sin cesar camina
Por ardua senda que su mano allana,
Sediento de arribar al alto punto
Límite del saber y dicha humana,
Barrera entre el Eterno y su trasunto,
Solio que al del empíreo se avecina;
Y aquel mísero sér á quien mezquina
Dotar nos pareció naturaleza,
Formándole de intento
Símbolo derisorio de flaqueza;
Ese mismo, tan débil cuando SOLO,
Erguida la cabeza,
Domina EN SOCIEDAD de polo á polo;
Y alza su omnipotente pensamiento
Ya tan audaz el vuelo de sus alas,
Que osa en el aire suspender escalas,
Y amenaza asaltar el firmamento.
Así los rayos fúlgidos de Apolo,
Que en la diáfana bóveda perdidos
Esparcen solamente

Blando calor, aliento del viviente,
En el foco oprimidos
Del espejo de Arquímedes ardiente,
Se truecan en centella destructora,
Que árboles, piedras y metal devora.
Ved cuál de Siracusa
Se agolpa en las almenas
Muchedumbre que al mar mira confusa.
Tiembla el guerrero, su consorte llora.
«Los bajeles,» exclaman «son aquéllos
De Roma, de la bárbara invasora:
Suspendidas se ven de sus entenas,
Y prontas á cebarse en nuestros cuellos
La vara, y la segur, y las cadenas.»—
Un hombre el rayo de la ciencia vibra,
Y de tiranos á su patria libra.
Ved cómo el brazo tiende
Con el escudo fulminante armado,
Cuya llama voraz el aire enciende.
Paradas en su vuelo arrebatado
Caen en polvo las marinas aves;
Las olas hierven; las soberbias naves
Nadante hoguera son. Hórrida grita
Por entre el humo suena,
Y en temerosos ecos se difunde.
Si el romano en el mar se precipita,
Síguele el fuego allí: la escuadra se hunde;
Siracusa la frente alza serena
Y adora al hombre que su ruína evita,

Y en recia voz que el júbilo levanta,
Su libertad y su victoria canta.

Pero triunfos sangrientos y crueles
No son de ambicionar. Sendas de gloria
Varias el hombre ante los ojos mira:
Ramos en sus vergeles
La madre de las Musas, la Memoria,
Ramos guarda de plácidos laureles
Para el compás, y la paleta, y lira.
Adoradores fieles
Somos del genio que el saber inspira,
Y á coronas pacíficas aspira
Nuestro común afán. También recata
La sociedad en su agitado seno
Monstruos que al respirar vierten veneno,
Que contamina y mata.
Crimen, error y tedio forman liga
Contra el ínclito sér que siente y piensa:
Torre aquí se levante de defensa
Donde su diente vil no nos persiga.
Aquí sus luces el saber derrame,
Su asilo mire aquí la desventura,
Despliegue sus encantos la hermosura,
El ingenio se inflame,
Y ardiendo de virtud en llama pura,
Palpite el corazón, admire y ame.

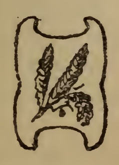
¡Grande empresa en verdad! A darle cima

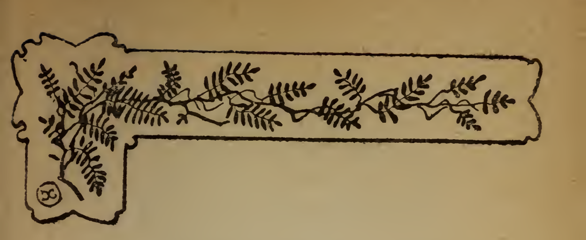
No será nuestra fuerza poderosa;
Pero español aliento nos anima,
Y el mágico mirar de tanta hermosa.
¿Quién en ignoble ociosidad reposa;
Quién al saber no da vigilia inmensa,
Por lograr de unos labios hechiceros,
Escondida entre aplausos lisonjeros,
Una tierna sonrisa en recompensa?
Obra final del Hacedor divino,
Culto de numen la mujer merece:
Por ella nuestra vida se embellece,
Y enseñarnos tal vez es su destino.
Al lanzarnos nosotros por la vía
Que allá á la cumbre guía
Donde bañado en resplandor descuella
De HUMANIDAD Y CIENCIA el doble templo
Ya en él la planta sella,
Coronada la sien, AUGUSTA BELLA,
Que con la voz nos llama y el ejemplo.
De virtudes y genios reverente
Cerco la ciñe en torno,
Que cien guirnaldas á la regia frente
Solícitos ofrecen por adorno,
Colocando á sus plantas en trofeo
Las insignias de Apeles y de Orfeo.
Constante bienhechora
De la grande nación que en ella adora,
También del INSTITUTO es esperanza,
Cuando al nacer alcanza

Que le tienda su mano protectora (1).
Crezca, pues, á su sombra guarecida,
Esta que planta débil abre el suelo,
Y riéguela el sudor de nuestro celo;
Que día llegará que se alce erguida,
Y en tronco agigantado convertida,
Superior á las nubes se remonte,
Embarazando con su verde pompa
El ámbito del cóncavo horizonte.
Brío mayor á la constancia nuestra
Los obstáculos den; no haya fatiga
De arredrarnos capaz, hasta que rompa
Las auras con los ecos de su trompa
Justa la fama, y diga
Que la labor de nuestra firme diestra
Rinde á la sociedad precioso fruto,
Y es digno de su nombre el INSTITUTO.

1840.

(1) S. M. la Reina Gobernadora se había dignado declararse protectora del *Instituto Español.*





LA ESTATUA DE FELIPE IV

Y EL BUSTO

DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

HABLAN DEL TEATRO REAL EN LAS SIGUIENTES DÉCIMAS.

FELIPE IV.

Álzase detrás de mí
Palacio que ilustra al dueño,
Donde mi alcázar pequeño
Se alzó mientras yo viví.
Un templo delante vi
Á musa extranjera hacer:
Quién es codicio saber,
Y, en estatua, como vivo,
Del despacho fugitivo,
En busca voy del placer.

Ignoro qué ingenios son
Los que esa fachada muestra...

Mas no; que arriba, á mi diestra,
Descúbrese *Calderón.*
Dime tú, insigne varón,
Que en el curvo ático estás,
¿Qué drama, qué musa más
Nuevos en Madrid admiro,
Que allá en nuestro Buen Retiro
No penetraron jamás?

CALDERÓN.

Apurar, señor, pretendo,
Ya que preguntáis así,
Lo que supe desde aquí,
Sólo callando y oyendo.
Y en verdad que no comprendo
Cómo entre duda afanosa,
Nueva y peregrina cosa
La *ópera* se os figuró,
Después de escribiros yo
La púrpura de la rosa.

Fábula cantada fué
Aquella célebre fiesta;
Fábula cantada es ésta,
Con arte mayor á fe.
Yo en mi romance canté;
Mas hoy de Oriente al Ocaso
Proclama el Dios del Parnaso,

En toda su monarquía,
Lengua de la melodía
La dulce lengua del Tasso.

Pero aunque lo diga el sol,
Y aunque yo me oponga solo,
Sostengo que el buen Apolo
No ha estudiado el español.
Más claro que su arrebol
Haré ver que excede acaso
El habla de Garcilaso
A todas en variedad,
En fuerza y en majestad...
Pero esto no viene al caso.

Ved un teatro, señor,
Donde el músico poema
Su poder junta y extrema
Y magnífico esplendor.
Aquí uno y otro cantor,
Coronados de laurel,
Símbolo glorioso y fiel
De triunfos bien adquiridos,
Hechizarán los oídos
De la corte de *Isabel*.

Coliseo de ancho foro
Y magnífica platea,
Do quier deslumbra y recrea

Con luz, mármol, seda y oro.
Será de Madrid decoro
Y digno del nombre *Real*.
Tendrá nuestra capital,
Más grande ya, rica y bella,
Un teatro único en ella,
Y en el mundo principal.

FELIPE IV.

Con singular alegría
Tu relación escuché:
Por lo que á la escena honré,
Honra me dan todavía.
La española bizarría
Celebro, de levantar
Un templo donde hospedar
La musa extraña primero:
Bien sé yo que al forastero
Se debe el mejor lugar.

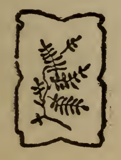
Mas, cuidado, que si pasa
Á dominio el hospedaje,
Quizá en daño y en ultraje
Cederá de los de casa.
Aún de cólera me abrasa
La queja poco leal
De aquel *Téllez* infernal
Que dijo con necio engaño:

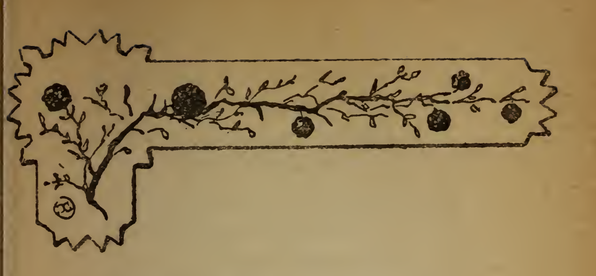
«Madrid halaga al extraño,
Y al hijo le trata mal.»

CALDERÓN.

No temáis, señor, así;
Á todo alcanza la mano
Donde el cetro castellano
Resplandece frente á mí.
Por algo me han puesto aquí:
El sol amanece ya,
Que artes, ciencias, cuanto da
Timbres á España y valor,
Con su rayo bienhechor
Vívido fecundará.

1850.





EN LA INAUGURACIÓN

DE LA

ESCUELA CENTRAL DE AGRICULTURA.

Al rico y al pordiosero,
Á la hermosa y al galán,
Sustento y abrigo dan
Labrador y ganadero.
Del redil y del granero
El tesoro bienhechor
Esparce en su alrededor
Raudal de vida fecundo:
Son providencia del mundo
Ganadero y labrador.

¿Por qué mirar con desdén
Al que arte profesa tal!
—Por ser estimado mal

Quien vende barato el bien.
—Pero tus quejas detén,
Clase abatida hasta aquí:
De haberte olvidado así
Nuestra patria se avergüenza,
Y hoy con ventaja comienza
La justicia para ti.

Hoy del polvo te alzarás
En que tu humildad yacía;
Mas también desde este día
De ti España exige más.
Con la ciencia adornarás
Tus usos de antigua fecha;
Mire el que siembra y barbecha
Que está ya bien demostrado
Que juntos libro y arado
Multiplican la cosecha.

Prueba ofrecerá segura,
Que tanta verdad abone,
La campiña ésta, en que pone
Su trono la Agricultura.
Cual rompe la nube obscura
Vívido el rayo del sol,
Matizando su arrebol
Ardua cima y honda cuenca,
Radiará de *La Flamenca*
Bien para el suelo español.

En él la divina mano,
Que hoy se nos retira escasa (1),
La copa vertió sin tasa
De su favor soberano.
Clima feliz, rubio grano,
Frutos con dulce sazón,
Reses de fardo y timón,
Reses de aprisco y de guerra,
Dote de la hispana tierra
Fueron siempre y aún lo son.

Hágase un día valer
Esta abundancia sin par:
Tener y no aprovechar
Equivale á no tener.
Bebió del Guadiana ayer
La oveja, cuyo vellón
Hoy en distante región
Hace rico al hábil dueño:
¡Logre el pastor extremeño
Lo que ha logrado el sajón!

Ostenta con ufanía
Su célebre vino el Rhin:
Es fuerza que tenga fin
Esa injusta nombradía.

(1) Lo habían sido mucho las cosechas de aquel año y las dos anteriores.

Las cepas de Andalucía
Rinden jugo superior:
Adelgazad su vigor,
Traiga sin riesgo el placer;
Echadle un poco á perder,
Se le tendrá por mejor.

Más trabajo os costará
Del bruto amansar la casta,
Que espanto, al bajar el asta,
Al león de África da.
Víctimas reciba ya
Más pingües el matadero,
Y el yugo del carretero
Más altas cervices ate:
No es de sentir, si combate,
Que no peligre el torero.

Principios ciertos y claros
Vais á difundir, señores;
Pero á luchar con errores
Necesitáis prepararos.
Por ignorantes reparos
No os dejéis alucinar;
Formad en particular
Empeño de convertir
Al que no deja vivir
Ni arboleda ni tallar.

Por librar de merma el trigo
Echa el incauto en las llamas
El álamo, cuyas ramas
Dieron al gorrión abrigo.
Mas al voraz enemigo
Verá en su techo anidar.
Sobra en España lugar
Para selva y para mies:
Yermarla de árboles es
Agua á las fuentes robar.

Sin ellas mueren los prados,
Que dan al ganado vida,
Y es la labranza perdida:
No hay labranza sin ganados.
Á cabañas y sembrados,
Al colmenar y al vergel
Llevad con examen fiel
Cuanta mejora es precisa.
Marcha hoy el saber aprisa:
Marchad á la par con él.

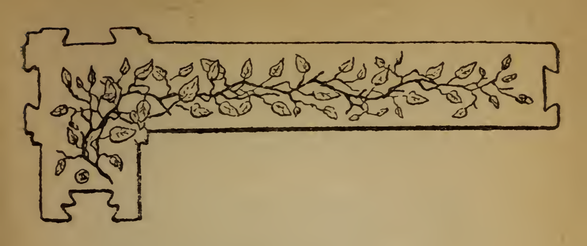
En su estado natural
Produce el espino adusto
Mezquina baya sin gusto,
Que ni aun la pica el zorzal.
Ingertadle con peral,
Y el fruto mejor tendréis.
Alumnos, esto hallaréis,

Si á la rústica experiencia
Vástagos nobles de ciencia
Con tino aplicar sabéis.

Y la patria os deberá
Su más preciado tesoro.
Que busque el minero el oro:
Con el oro os buscará.
Y cuando vuelvan acá
Los que hoy nuestro suelo ven,
Y justa alabanza den
Al claro cielo de España,
Clamen con sorpresa extraña:
«Su campo es cielo también.»

Y cuando quiera el viajero
Saber quién pudo tornar
Granja hermosa el tomillar,
La ciénaga abrevadero,
Un nombre dirá el vivero,
Otro el taller de la miel,
Otro el guía del corcel
Recio, gallardo y veloz;
Y España en sola una voz
El de la augusta Isabel.

Leída en *La Flamenca*, el día 28 de septiembre de 1856.



LAS TRES BELLEZAS.

VERSOS PARA LA PRIMERA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS Á LA VIRTUD, CELEBRADA EN MADRID.

Dijo en el Pindo un pastor
Á las hermosas de allí:
«Bellezas, venid á mí:
Quiero cantar la mayor.»

Tres solas fueron al juez
Por la vega ancha florida:
La competencia del Ida
Principió segunda vez.

Llegársele, ya intranquilo,
Vió el pastor á la primera:
Tesoro de encantos era,
Viviente Venus de Milo.

Naturaleza, empeñada
En su más difícil obra,
Cien gracias le dió de sobra,
La del pudor no sobrada.

Ella, el ligero cendal
De los hombros derribando,
«Soy (dijo con eco blando)
La Belleza corporal.»

«De amor, al verte, se inunda
(Repuso el juez) valle y monte:
Ven, y á mi derecha ponte;
Llega la beldad segunda.»

Con laurel se coronaba,
Y un sol en su frente ardía:
La primera seducía,
La segunda arrebataba.

«Hija del Numen Ismenio
(Prorrumpió), su lauro doy.
Cántame sola: yo soy
La Belleza del ingenio.»

Sintió el pastor dentro en sí
Fuego inspirador.—«¡Oh! ven.
Ponte á mi diestra. Mas ¿quién
Viene al certamen tras ti?»

Con tímido paso lento
Caminaba la postrera,
Como si allí la trajera
Resistido mandamiento,

Y no avezada á salir
Nunca de su pobre hogar,
Quisiera el valle cruzar,
Excusando el competir.

La envolvían hasta el suelo
Pliegues de un manto de lino:
Rasgos de rostro divino
Dejaba entrever el velo;

Y de su andar al rumor,
Entre las auras movidas,
Harpa y flores escondidas
Música daban y olor,

Que la razón natural
Creía, sin más aviso,
Fragancia de Paraíso
Y ecos de harpa celestial.

«Tú eres la beldad sin tilde
(Clamó el pastor); alza el manto.»
Bajos los ojos en tanto,
Callaba la hermosa humilde.

Tras un momento de calma,
Dijo en los aires expresa
La voz de un arcángel: «Esa
Es la Belleza del alma.

»Con viva solicitud
Conságrale ofrenda pura:
No hay en el mundo hermosura
Más grande que la virtud.»

Asió el pastor anhelante
Del velo á la hermosa en vano:
Con él se quedó en la mano,
Con blanca niebla delante.

Y en las célicas regiones
La voz añadió: «Mortal,
De la Belleza moral
Se juzga por las acciones.»

Y la niebla se aclaró,
Y, en el fondo de un vergel,
España, la de *Isabel*,
Al zagal apareció.

Con su corazón á solas,
Que ardor patriótico inflama,
Vió pasar en panorama
Cien virtudes españolas.

El silencio en que han yacido
Su alto valor constituye:
Son el Guadiana, que fluye
Bajo la tierra sin ruido.

El heroísmo tal vez
Más digno de admiración
Queda oculto en un rincón
Sin testigos y sin juez.

Mas viva en tiniebla densa
Quien el bien haciendo vive:
Lo sabe quien lo recibe,
Y Dios que lo recompensa.

Vió el pastor en su lugar
Lo que hoy nuestros ojos ven.
Ya quiere España también
La virtud recompensar.

Allí del falaz Apolo
Arroja el cantor la lira:
Ya mente y labios le inspira
Puro sentimiento solo.

Él quiso dar un laurel
Y hay ciento aquí prevenidos:
Oigamos con sus oídos,
Viendo y sintiendo con él.

La virtud se ofendería
Si en épica voz se oyera:
Su gala es ser verdadera,
Y el rubor su poesía.

Contemplad ¡cuán á deshora
Esa doncella trabaja,
Entre luz trémula y baja
Y el rosicler de la aurora!

—«¿Cuándo al reposo te entregas,
Josefa? (1). Va á amanecer.»
—«¡Ay! tengo que mantener
Mi madre y mi hermana ciegas.»

—«Amalia (2), dame tu mano;
Tu amor con tu mano pido.»
—«Son de mi padre impedido,
Mi anciana madre y mi hermano.»

—«En este claustro hallarán
Fin tus anhelos, María (3).»
—«Mi ama se quedaría,
Si yo la dejo, sin pan.

»Inseparables las dos,
De aquel propósito cedo:

(1) Josefa Chasco.
(2) Doña Amalia Román y Blanco.
(3) María Candelas Rubio.

Sierva del mundo me quedo
Por el servicio de Dios.»

—«Niño [1], por fin te curé;
Mas tienes que abandonar
Tu ejercicio militar.»
—«Mi madre pierde mi pre.»

Mirad esa, á quien dejó
La razón sin un destello,
Feroz agarrarse al cuello
De aquélla de quien nació [2].

Persigue con furia igual
Á su hermana [3] otra demente.
«¡Afuera! grita la gente.
Los locos á su hospital.»

—¡Mi hija! ¡Mi hermana! Yo
La tendré lejos de mí,
Después de mi muerte sí,
Durante mi vida no.

«Sólo las fuerzas apoca
De mi larga resistencia

(1) Patrocinio García, corneta de corta edad, herido en Africa.
(2) Doña Francisca de Diego.
(3) Doña Antonia Fuertes.

La lucha con la indigencia,
No el reluchar con la loca.»

Mas ¿qué desgraciado clama?
Cuatro anegándose están:
Triunfantes bramando van
El Tajuña y el Jarama.

«Ya la ropa me desciño.
¡Ánimo! no hay que temer.»
¡Acudid á esa mujer
Que tiene en brazos un niño!

¡Envía, Dios que lo ves,
Libertador oportuno!
Para los dos hubo uno (1);
Para hijo y madre hubo tres (2).

De tu solio á manos llenas
Vierte, Señor, bendiciones
Sobre tantos corazones (3)
Con sangre santa en las venas.

No ha muerto aún, ya se ha visto
Con gozosa maravilla;

(1) Esteban Hernández, jornalero de Arganda.

(2) Juan Gascueña, Antonio Gigorro y Juan Manuel Mayoral.

(3) Los de los dichos y demás premiados, cuyos nombres no caben aquí.

No ha muerto aún la semilla
Que echó en el Gólgota Cristo.

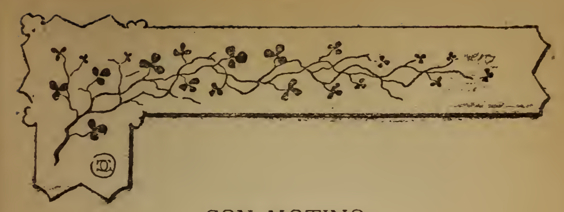
Poniendo á los vicios dique,
Premiando el ejemplo bueno,
Se hará que en el buen terreno
Más la virtud fructifique.

Sociedad, que al bien caminas,
Cuando así le galardonas,
Valen mucho esas coronas
Que cubren otras de espinas.

Regia mano las ciñó
Y adquieren más precio ya.
¡Feliz quien el premio da!
¡Bendito quien le ganó!

1861.





CON MOTIVO

DE PONER S. M. LA REINA (Q. D. G.)

LA PRIMERA PIEDRA DEL EDIFICIO DESTINADO Á

MUSEOS NACIONALES Y BIBLIOTECA.

No hay magnífico señor,
Ni humilde trabajador,
Que á veces no necesite
De un amigo que le quite
Duda, pena ó mal humor.

No hay sabio tan engreído,
Que de atender se desdeñe
Á quien, por él escogido,
En cualquier tiempo le enseñe
De balde, y solo, y sin ruido.

No hay pecador pertinaz,
Que se rebele al consejo
De quien, hablándole en paz,
Le mire sin entrecejo,
Inalterable la faz.

Este amigo, útil y fiel,
Que instruye, refiere y pinta,
Vestido gasta de piel,
Es mudo, y habla en papel,
Y señas hace de tinta.

Hay alguno que, traidor,
En cáliz engañador
Ofrece mortal veneno;
Pero entre ellos, uno bueno
Es el amigo mejor.

Éste, que gusta de dar
Lección, y que no nos cueste,
Es el libro: hay un lugar
En que prefiere habitar,
Y una biblioteca es éste.

Después que el hierro colgó,
Ya ganada en recia lid
La corona que heredó,
Una Biblioteca dió
Felipe quinto á Madrid.

Hoy Madrid, harto distinto
Del que Felipe veía,
No cabe ya en su recinto,
Ni en sí aquella librería
Que fué de Felipe quinto.

Pantoja en la Trinidad
Clama que tiene sin luz
Sus cuadros, y es la verdad:
Halle por la Cruz piedad
Juan Pantoja de la Cruz.

La gran Isabel deseos
Tenidos por devaneos
Hoy en realidades trueca:
Nacen aquí dos Museos,
Renace una Biblioteca.

Tu nombre, Señora, lleve,
Cruzando el espacio leve,
La Fama por todas partes:
¡Bien haya quien á las Artes
Da el templo que se les debe!

¡Bien haya la gran nación,
Que sabe en digna ocasión
Cambiar con alta cordura
Tesoro sin duración
Por otro que siempre dura!

Lo que por tantos es hecho
Con largueza meritoria,
Concede á todos derecho
Á la parte del provecho
Y á la parte de la gloria.

En las grandes condiciones
De la humana sociedad,
Para adquirir sus blasones,
La gloria es necesidad,
Es vida de las naciones.

Y las glorias nacionales
Piden la magnificencia
De alcázares, en los cuales
Tengan el Arte y la Ciencia
Sus próvidos arsenales.

Á la fuente perenal
Un pueblo acude á beber,
Y no agota el manantial:
Fuente hay que presta saber,
Sin merma de su caudal.

Ya por los anchos salones
Del edificio futuro
Me llevan mis ilusiones:
Damas en él y varones
Aquí y allá me figuro.

Los unos en marcha lenta
Viendo van y conversando;
El observador se sienta,
Y un joven allí copiando
Colora un lienzo que alienta.

¿Quién sabe si ese mancebo,
De exterior grave y sencillo,
Vendrá en dichoso relevo
Á ser segundo Murillo,
Ribera ó Velázquez nuevo?

¿Quién sabe si de esos dos,
Que el uno del otro en pos,
Lugar buscan oportuno,
Voz de Clío será el uno
Y el otro lengua de Dios?

Fija en un disco la lente
Aquél, y descubre sabio
Luz que las sombras ahuyente,
Con que á la verdad latente
Fatal error hizo agravio.

Aquél, que de golpe cierra
Su libro y de allí se va,
Nuevo Arquímedes quizá,
Quiere en peso alzar la tierra,
Y dió con el punto ya.

¡Oh tú, en cuyo paralelo
No puede ponerse nombre!
¡Oh tú, bendito del Cielo,
Que supiste asir al vuelo
El son de la voz del hombre!

Tú inmóvil y permanente
La hiciste de fugitiva,
Y del tiempo en la corriente,
Columna blanca valiente,
¡Se alza entre naufragios viva!

Por ti el pensamiento vario
De una y mil generaciones
Encontró depositario;
Por ti formó de sus dones
La Ciencia inmortal erario.

Por el libro nuestra edad
Con diadema se engalana
Que labró la antigüedad;
Y un libro será mañana
La ley de la humanidad.

Nunca sin alto loor
Y gratitud infinita
Se nombre al Genio inventor,
Que al dar la palabra escrita,
Hizo al mundo el bien mayor.

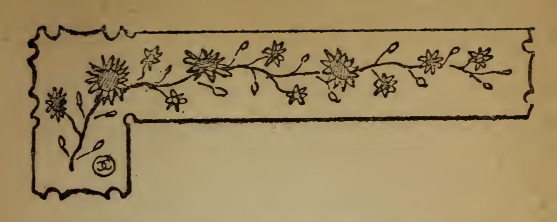
Con ella un pueblo educado
Aquí... ¡Oh falaces quimeras!
¡Oh ilusión! Sólo he quedado
En un arenal cercado
De mástiles y banderas.

Prematuro es el contento
Del corazón anhelante:
Principio tiene el asiento
Del palacio del talento...
Miro el fin... ¡ay! ¡cuán distante!

La flaca voz enfermiza,
Que este día solemniza,
Muda en el otro será;
Mas donde esté mi ceniza,
Saltos de gozo dará.

Madrid 5 de mayo de 1866.





AL SALVADOR EN LA CRUZ.

CANCIÓN PARA MÚSICA.

QUIEN dió la vida al ciego,
Quien dió la voz al mudo,
Quien vida nueva pudo
Á Lázaro infundir,

Hoy pende de un madero,
Y espira escarnecido
Del pueblo fementido
Que viene á redimir.

Quebrántase la roca;
Sin luz se queda el cielo;
Retiembla, roto el velo,
El arca del Señor;

Y al ver los querubines
La cruz que los aterra,
Dirigen á la tierra
Miradas de furor.

—«La sangre que han vertido
Los clavos y la lanza,
Pidiendo está venganza:
Dejádnosla tomar.

»Descienda nuestro rayo,
Y que haga furibundo
Cenizas ese mundo
Rebelde sin cesar.»—

En tanto que al Eterno,
Inmóvil en su trono,
Acusa de abandono
La hueste de Miguel,

Bendicen el arcano
De amor ardiente lleno
Los justos en el seno
Del padre de Israel.

Que ya de su ventura
Llegó por fin el día,
Y al Hijo de María
Unidos volarán;

Dejando el Paraíso
La víctima inocente
Abierto al descendiente
Del ya feliz Adán.

Pero si hoy en patíbulo espira,
Juez vendrá severísimo luego,
Más terrible entre nubes de fuego
Que en su cima le vió Sinaí.
¡Ay entonces del que haya perdido
De la gracia el divino tesoro!—
Yo, Señor, tus piedades imploro;
Yo pequé: ¡desgraciado de mí!





Á NUESTRA SEÑORA

EN LA TRASLACIÓN (1) DE SU IMAGEN DE LA FUENCISLA Á SU SANTUARIO.

Salve, Reina poderosa
De los hombres y del cielo,
Templo de oro, blanca rosa,
Fuente viva de consuelo
Para el triste pecador.
  Salve, tú que á la serpiente
Que rindió nuestra flaqueza
Quebrantástele la frente;

(1) Se verificó el 25 de septiembre de 1842 por la tarde. El pueblo de Segovia saca de su santuario en rogativa en tiempo de aflicción pública esta imagen, y la coloca en la catedral, donde permanece vestida con un traje morado, hasta que, habiendo cesado la calamidad, es restituída solemnemente la Virgen á su ermita; y se dice que antes ó al tiempo de verificarse la traslación, aparece una estrella en el cielo, que se ve perfectamente en medio del día. A esta creencia y á aquella costumbre alude la composición.

Salve, espejo de pureza,
Virgen madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora,
Sin descanso tú repartes
Del ocaso hasta la aurora
Tu piedad en todas partes
Con desvelo maternal.
Y á tus pies hoy reunido
Todo el pueblo segoviano,
Las mercedes que ha debido
Al Eterno por tu mano
Agradécete leal.

Cuando airado el Juez tremendo
En la tierra nos aisla
Con los males combatiendo,
¡Madre nuestra de Fuencisla!
Nuestros ayes van á ti.
Que es tu seno de ternura
Rico vaso que recoge
Nuestro llanto y le depura;
Y así Dios el ruego acoge
Que ofendiérale sin ti.

Levantó su voz la guerra
Por los ámbitos de España,
Y amagó dejar la tierra
Plaga horrible con su saña
En total devastación.

Suspirando, al templo sacro
Á implorar tu gracia fuimos,
Y á tu augusto simulacro
Con el luto le vestimos
Que llevaba el corazón.

Y al Altísimo aplacaron
Tus plegarias, Virgen pía,
Y las tumbas se cerraron
Que la peste cada día
Ensanchaba más tenaz.
Y cesó la lucha horrenda,
Más terrible que la peste,
Y los gritos de contienda
Resarció el favor celeste
Con los himnos á la paz.

Muda ya la fiera trompa
Que sonaba con espanto,
Da Segovia en esta pompa
Y en la gala de tu manto
Grato indicio de su fe.
Signo es doble, Madre nuestra,
De salud por ti alcanzada,
Y á la par también demuestra
Que de España desterrada
La discordia al fin se ve.

Brillen, pues, los rayos puros
Del clarísimo lucero,

Que al salir de nuestros muros
Testifica al mundo entero
Tu dichosa traslación;
Y hagan hoy sus tornasoles,
Por influjo soberano,
Desde aquí á los españoles
Ser un pueblo todo hermano,
Más familia que nación.

Y esta España, cuyo aliento
Se dignó el saber profundo
Elegir por instrumento
Que rindiera medio mundo
Á la cruz del Salvador;
Logre ser ¡oh Virgen pura!
Por lo fiel que te venera,
La nación de más ventura,
Ya que ha sido la primera
En virtudes y valor.





AL BUSTO DE MI ESPOSA (1).

IMAGEN de mi adorada,
Consuelo de mi dolor,
Unica prenda salvada
Del naufragio de mi amor,

¿Por qué clavados están
Siempre mis ojos en ti,
Si jamás en ti verán
Á la hermosa que perdí?

¿Dónde el fuego de susojos
Me ha conservado el cincel;
¿Dónde los matices rojos
De su labio de clavel?

(1) El autor se casó dos veces: la primera vez con Doña María Morgue, y la segunda con Doña Salvadora Hiriart.

Mas ¿pudo quedar cautiva
En piedra, tela ó metal
Su belleza fugitiva,
Su mirada angelical?

Naturaleza, al formarte,
Ídolo del alma mía,
Quiso luchar con el arte
Que en imitarla porfía;

Y dijo con altivez
Después que en ti se miró:
«Que venga el hombre esta vez
Á copiar lo que hice yo.»

Triunfabas, naturaleza,
Y triunfas en mi memoria;
Pero ¡con qué ligereza
Renunciaste la victoria!

Polvo ya la criatura
Donde brilló tu poder,
No tiene esa piedra dura
Competencias que temer.

Diestro, escultor, anduviste;
Disculpa mi loco error:
No hay en la boca del triste
Sino acentos de rigor.

¿Qué dejaras por hacer
Al que rige las esferas,
Si tú una piedra pudieras
Trocar en una mujer?

Debiera yo comprenderte,
Y en ese mármol fatal
Ver el triste material
De las urnas de la muerte.

Memorias de destrucción
Graba en él la humanidad:
¡Era fatídico el don,
Escultor, de tu amistad!

Yerta me representaste
La faz del bien de mi vida:
¡Pronto la vi convertida
En el mármol que labraste!

Como él encontré de frío
Su labio cárdeno y mudo,
La única vez que no pudo
Responder al labio mío.

¡Cuántas veces, dulce dueño,
Turbó con su huella ardiente
La dulzura de tu sueño
El beso que di en tu frente!

Mas no te pudo arrancar
De aquel letargo profundo:
De él sólo has de despertar
Al ay de muerte del mundo.

¡Qué condición miserable!
¡Cuánta es del hombre la mengua!
¡Tener un ángel que le hable,
Y no comprender su lengua!

Aquella noche postrera,
Bien mío, de tu vivir,
Tú me hablabas placentera
De un dichoso porvenir.

En tu semblante lucía
Profética inspiración:
Era tu hablar de alegría,
Y era lúgubre su son.

¡Cerca de la dicha estabas!
¡No fué el presagio falaz!
Poco después habitabas
Las regiones de la paz.

Como antorcha moribunda
Tal vez aviva su fuego,
Y el aire de luz inunda,
Y en sombra se abisma luego;

Así aureola brillante
De esperanza y juventud
Te ciñó por un instante,
Palpando ya el ataúd.

Fugaz relámpago aquél
De dicha para los dos:
Todo fué ternura en él,
Porque era el último adiós.

Así nos viene á halagar
Con su plácido arrebol,
Y se hace más bello el sol
Al sepultarse en el mar.

Leía en tu languidez
La muerte su triunfo vil,
Viendo tu rosada tez
Vuelta en pálido marfil.

Bella y fuerte de improviso,
Venturas te prometías...
—Era que abrir te veías
Las puertas del Paraíso.

Tal te miro en ilusión,
Que en mi despecho me arredra,
Muchas veces en la piedra
Que te retrata en borrón.

Que allá en las horas de calma
Vestidas de obscuridad,
En que misterios al alma
Revela la eternidad;

Si tu imagen se estremece
Cuando el viento ronco zumba,
Que levantas me parece
La cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta
Se reviste, porque pasa
Por pliegues de roja gasa,
Tu bulto cándido pinta;

Y sus rayos se despuntan
En el cristal (1), que es el velo
De tu semblanza de hielo,
Y resbalan y se juntan;

Y ornan la impasible sien
Con diadema esplendorosa,
Cual la que tu frente hermosa
Lleva junto al Sumo Bien.

La piedra entonces se mueve,
Se reaniman tus luceros:
Ya coral en vez de nieve
Son tus labios hechiceros:

(1) Este busto está colocado dentro de un fanal.

Y eres tú, la misma, aquélla
Que yo delirante amé,
La que mi vida, mi estrella,
Mi cielo en la tierra fué.

Tú, mi angélica MARÍA,
Tan bella como te vi,
Tan llena de amor, el día
Que diste el modesto sí.

De tus labios el consuelo
Nace entre sonrisa pura,
Tu frente exhala ventura,
Derraman tus ojos cielo.

Buscando tus brazos voy,
Ciego á la luz con que brillas:
Adórote de rodillas,
Y vienes á donde estoy.

Tu ósculo me hace sentir
Tu inefable sér divino,
Y de su encierro mezquino
Tras ti el alma quiere huir.

Con tu diestra la detienes,
Y batiendo blancas alas,
Vuelas ¡ay! y me señalas
La mansión de donde vienes.

Y en tu rápido volar,
Despidiéndote de mí,
Te paras á pronunciar
Un *espera* y un *allí*.

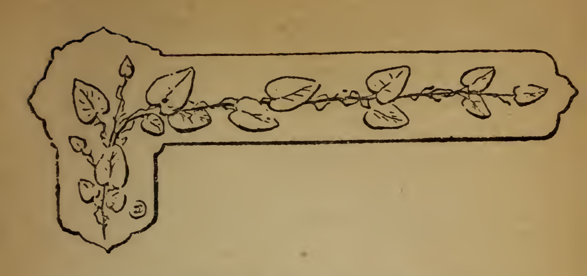
Y en el espacio azulado
Luego mis ojos no ven
Más que un iris empapado
En fragancias del Edén.

Disipada la visión,
Cobras la forma glacial;
Mas dejas al corazón
Esperanza celestial.

Que el hombre que á poseer
Llegó entre delicias mil
Un puro angélico sér
En un cuerpo femenil,

En el valle del dolor
Querer sólo puede ya
Unirse pronto á su amor
En el cielo donde está.





UN ENFERMO Á UN VASO DE AGUA.

DÉCIMAS.

Un vaso de agua.—¡Oh placer!
¡Qué ardiente sed satisfago!
Quiero, bebido este trago,
Pararme á sentir y á ver.
Fiel el vaso al parecer,
Del don que ofrece se engríe;
Y tú, donde el bien sonríe
Al mustio labio anhelante,
Purísimo eres diamante
Que el dedo de Dios deslíe.

Si tu caudal fuera escaso;
Si el ser yo tu posesor
Me costara tu valor,
¿Con qué pagara este vaso?

Mas tú te brindas al paso
En aire, en muros, en suelo;
Y el hombre, libre de anhelo,
Olvida, en la posesión,
Que un vaso de agua es un don
Preciosísimo del cielo.

Milagrosa obras en mí,
Desde que tu néctar libo:
Con otro aliento revivo,
Regenerado por ti.
De lucha en que me rendí,
Me levanto vencedor;
En mi espíritu y humor
Paz de oración blanda cae:
¡Bien haya sed que me trae
Un bien que me hace mejor!

Ciencia, que en clara doctrina
Los componentes me prestas,
Mientras tú los manifiestas,
Yo adoro al que los combina.
Á luz para mí divina,
Quiere mi credulidad
Ver hasta la saciedad,
Agua, en tu naturaleza,
Las gracias de la pureza,
La imagen de la verdad.

Como siempre algún dolor
Ha de ir al placer unido,
Lanzo de pronto un quejido
En mi júbilo mayor.
Después que con tal favor
Vida me vienes á dar,
Tú, que corres sin cesar,
¡Dulce fuente, nectar mío!
¿Te ha de viciar turbio el río,
Salobre y amargo el mar?

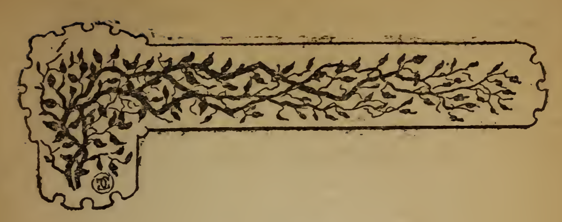
«Alta ley cumplo, inmutable
(Me respondes): limpio llego
Al río, y allí me entrego,
De mí en todo irresponsable.
Ni manos tengo ni cable,
Ni de pararme intención,
Ni pérdida de sazón
Mi sosiego sobresalta;
Pureza nunca me falta
Para mi dulce misión.»

Purezas, que la merced
Mayor del cielo formáis,
Y en el hombre suscitáis
Viva, devorante sed,
Castas, cautas, retened
El don de más celsitud;

Rechazad solicitud,
Que su lealtad no acrisola:
Sed habéis de apagar sola
De labios de la virtud.

1875.





Á JUAN,

SU PÍCARA MEMORIA.

ELLA.

Con luz harto macilenta
El día se te presenta
De ti anhelado y temido.
Septiembre, seis, ha venido:
Cumples hoy, Juan, los setenta.

No abundan por acá mucho
Compañeros de tu edad:
Pasado, más que machucho,
Te veo, y oir te escucho
Tranquilo la novedad.

Pero aunque hagas poco caso
De un anuncio de esta suerte,
Torpe ya tu cuerpo y laso,
Mal en tu trémulo paso,
Mal se ve para moverte.

Renqueando por las calles,
Si á conocidos que te halles
Saludas cuando los ves,
Por más que entre ti batalles,
Dices luego: «Ese, ¿quién es?»

Con flema, tal vez escasa,
Temes respondan quizá:
«Ya todo á usted se le pasa:
¡Si es don Fulano, que en casa
Estuvo anteayer, papá!»

Su poquillo te contrista,
No como satisfactoria,
La tal respuesta imprevista,
Que dice cuál es tu vista,
Y cuál también tu memoria.

Das en errores extraños
Á tiempos, como esta vez,
Del tuyo son estos daños,
Del tuyo son desengaños.
Mal sin cura es la vejez.

No eres ya el chico del día
Tantos de abril (abril era),
Cuando por la vez primera
Diste la mano á María
Para subir la escalera.

ÉL.

No los goces me recuerdes
De remotos años verdes;
Libro fueron que rasgué.
Rasgas mi seno y le muerdes,
Tú, sierpe hoy, la que ángel fué.

Penas entonces de un modo
Y de otro asaltarme vi;
Luchaba empero, y vencí.
Con amor se vence todo,
Y amor y más hubo en mí

Esperando la bonanza,
Yo al turbión le sonreía,
Con la serena osadía
Del que males desafía
Escudado en la esperanza.

La suya cumplida ve,
Por fin, con delicia inmensa;
Dios al cabo recompensa
Al que opone por defensa,
Con el infortunio, fe.

Mil veces en mi interior
Me dije: «No lo mereces,

Y Dios te da su favor,
Mastrándotelo con creces
Junto al lecho del dolor.»

En él mi esposa yacía;
En él suplicaba fiel;
—Yo con ella.—Y escribía
Los Amantes de Teruel.

Allí guardo algún acento
Que exhaló doliente y frío
El labio del sufrimiento;
De allí el arrepentimiento
Me hizo arrancar algo mío.

ELLA.

Pues hoy debes repetir
Ese que es digno ejemplar,
Y lo bueno dilatar:
Circunscríbete á rezar,
Y déjate de escribir.

Tu cabeza de contino
Te da cien chascos al día:
Tras afanosa porfía,
Sales con un desatino
Para que el mundo se ría.

Capricho terco avasalla
Tu mente donde él preside,
Y opone á tus miras valla.
¿Quieres que el mundo te olvide?
Olvida primero y calla.

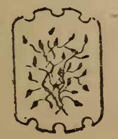
Fiel destello de razón
Te infunda la reflexión,
De que en silencio completo,
Ganarás, si no respeto,
Títulos á compasión.

Hombre á la razón sumiso,
Cumplir el común aviso
Debe cauto, al malearse.
Entonces es ya preciso...

ÉL.

Conocerse y anularse.

1876.





Á LA REINA DOÑA ISABEL II

EN LA DECLARACIÓN DE SU MAYORÍA.

COPLAS EN CASTELLANO ANTIGUO.

Ley mal aguisada, traída de allende,
Vedaba á la fembra sobir al dosel:
Tú nasces, y en brazos Castilla te prende,
É grita Castilla: «Que regne Isabel.»

Lid muévenos dura tu avieso cormano:
Lid foé que de sangre la tierra fartó;
Clamaba moriendo el fiel castellano:
«Que regne Isabela; mi vida le dó.»

Asaz perezoso el tiempo venía,
Non daban á España sus males vagar:
Vos recia por ende levántase un día
Diciendo á Isabela: «Comienza á regnar.»

Sabroso es oirse nombrar soberana,
Non bien de la infanza salvando el confín;
Sabor há tu sceptro de poma temprana,
Que amagos de robo sofrió en el iardin.

Ya, pues, que en el trono te ves regidera,
É finca en tu mano la nuesa salud,
De ti generosas albricias espera
La gen que á fablarte sus cuitas acud.

Sey tú como el iris que en lúcida comba
Señal de amistanza del cielo nos faz;
Sey tú como aquella bendita palomba,
Que troxo en el bico la oliva de paz.

Muy más que el acero de innúmera hueste
Que fiere cervices de indómita grey,
Muy más puede un labio con riso celeste
Diciendo entre hermanos: «Concordia teney.»

Catar te conviene non yaga en oprobio
La fe, nin los buenos que lievan su vos:
Non membre afambrida allá en el cenobio
La casta sorora, la esposa de Dios.

Bien es que cuidosa tu regia auctoricia
Mantengas exenta de mengua é revés;
Mas seya delante de tu alta iosticia
Igual del fidalgo el pobre burgués.

E síguese dende que débese pura
Servar la ordenanza del fuero común:
Franquicias donadas por ley é natura
Non leixes que tengan desmedro ningún.

Farán en España firmísimo asiento
La paz, abundancia é iúbilo ansí;
É todo del tuyo sagaz regimiento,
É todo, señora, vendranos de ti.

Estonce, al trabaio entrando cobdicia,
Verás bienandante la puebla crescer:
Trabaio que luce contenta é desvicia,
Da pan á la boca, virtudes al cuer.

Estonce los yermos agora cerriles,
Do apenas la bestia el paso conduz,
De acuáticas vías, de férreos carriles
Veránse do quiera taiados en cruz.

Estonce, de fructos con rico tesoro
Bogante la nao de ardid mercader,
Trayranos en trueque de América el oro,
Que hoy ya non es nueso, mas fuéralo ayer.

Estonce (é tal día ¡que non seya lueñe!)
Granada en dotrinas, haberes é honor,
Alzarse veremos la nueva progeñe,
Que torne á la España su antigo splendor.

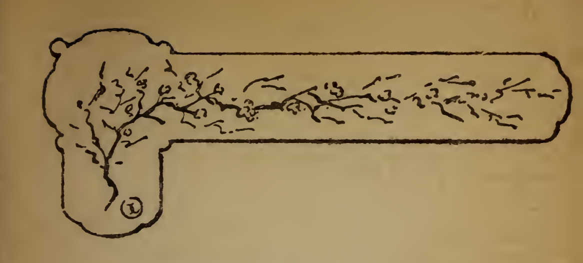
Progeñe que inore los odios villanos,
Causantes agora contino desmán,
Progeñe en que todos se embracen hermanos,
Legítima prole del Cid é Guzmán.

¡Oh! mueva de prerlo el tiempo su rueda,
É á nos, que nascimos á mala sazón,
Catar las primicias la suerta conceda,
Del sino que atiende la nuesa nación.

Que veya, primero que el pie se le hunda,
El vieio cercano del negro lindel,
Que veya en España por esta *Segunda*
El siglo de aquella primera *Isabel*.

É sí: verá un pueblo sesudo, valiente,
Que en torno á su Reygna bendizla é le diz:
«Tú noble, tú libre, tú sabia é potente,
Tú, en fin, á tu patria ficiste feliz.»

1843.



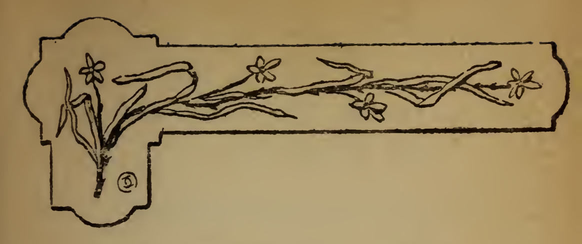
AL SABER LA NOTICIA

DE LA MUERTE DE S. M.

La triste nueva de su fin recibo.
¡Era flor de virtud, joven y bella!
Yo, viejo inútil, vivo.
¡Quién fuera digno de morir por ella?

26 de junio de 1878.





Á LA EMPERATRIZ

DE LOS FRANCESES.

IBA mirando la Fortuna un día
La orilla del Genil,
Y una perla encontró donde yacía
El trono de Buabdil.

Era la perla del Genil hermosa,
De precio singular:
Con otras fué por la voluble diosa
Puesta en su mismo altar.

Llegóse en tanto á la Fortuna un hijo
De los que más amó.
«¡Una corona para mí!» le dijo:
La madre se la dió.

Rica, muy rica, parecióle al verla:
Diadema era imperial;
Mas faltaba en su círculo una perla
Para lucir cabal.

«Abrid vuestro tesoro soberano,
Y haced completo el don.
—Escoge entre mis joyas por tu mano,
Según tu corazón.»

Solícito el Amor, libre de venda,
Volaba por allí.
«Mira (le dijo al Príncipe) la prenda
Guardada para ti.»

Puso en la margarita de Granada
Su dedo blando Amor,
Y en la insignia del César engastada,
La realzó en valor.

«¿Es (me decís) tu narración amena
Fábula de otra edad?
—Es (con robusta voz responde el Sena)
Magnífica verdad.»

Esas dos palmas ved, que á gran distancia
Juntan sus ramos hoy.
Á Granada escuchad: «Trono de Francia,
Emperatriz te doy.»

Aún la flecha de Amor hace atrevida
Conquistas al poder;
Aún se ve repetir ennoblecida
La exaltación de Ester.

Eras, *Eugenia*, tú, dulce ornamento
De tu natal país;
Ya resplandeces donde tuvo asiento
La madre de San Luis.

Por ella el cielo próvido te mande
La luz de su favor:
Deuda en el solio contrajiste grande;
Tu espíritu es mayor.

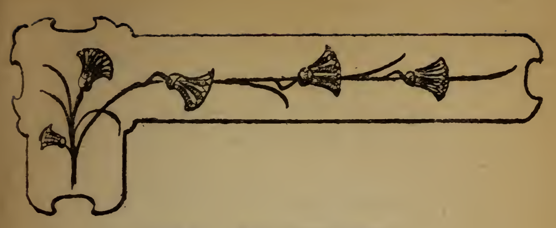
Haz de satisfacerla empeño y gala:
Digno es de ti ese afán;
Á tu hermosura tu virtud iguala;
Tu sangre es de Guzmán.

Sangre del que en Tarifa puso freno
Al sitiador cruel.
Timbre glorioso mereció de *Bueno:*
Sé su heredera en él.

Á entrambos mundos con asombro tienes
Mirándote los dos.—
¡Flor del suelo andaluz!... ¡Mil parabienes!
¡Emperatriz!... Adiós.

Cuando suene, de Francia bendecido,
Tu nombre en ecos mil,
No sentiremos el haber perdido
La perla del Genil.

Febrero de 1853.



EN EL NACIMIENTO

DEL

PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

EPÍSTOLA

AL EXCMO. SR. D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

LLEGÓ la nueva: rápida volando,
Mensajera feliz, el aire cruza
La fama, cuya voz pujante llena
Los valles anchos y las hondas grutas.

Francia á la hermosa *Emperatriz*, que el suelo
Granadino le dió, *madre*, saluda.
Hierve en gozo París; desde sus muros
Me manda la amistad... Tomo la pluma.

Deja, Salustio, que obsequiosos cerquen
Egregios vates la cesárea cuna:
Disonaría de sus arpas de oro
La de tu amigo, destemplada y ruda.

Benignas otro tiempo visitaban
Este humilde rincón plácidas musas;
La paz de mi retiro las atrajo;
Las apartó de mí la desventura.

Falta aquí el ángel del consuelo mío;
Llora una madre aquí; no ven la suya,
Y la llaman á gritos, y no viene,
Tres desafortunadas criaturas.

Partió con ellas de Madrid; contaba
Tornar con ellas... ¡Esperanza ilusa!
Con traje de orfandad los tres volvieron;
No volverá la que á los tres enluta.

Casi á la hora que por vez primera
Se oyó nombrar á la *Consorte Augusta*,
Del placentero título adornada,
Gloria y dulce temor de la hermosura;

Á las trémulas manos de otra madre,
Revueltas en montón, llegaban juntas
Prendas que fueron juveniles galas,
Despojos ya que desechó la tumba.

No me es dable cantar: piadoso el tiempo
Reprime el llanto y el pesar endulza;
Para la triste esposa de tu amigo
Más crece con el tiempo la amargura.

No me es dado cantar. Estos borrones
Destinados á ti, guarda y oculta:
Parabienes, Eugenia, escucha gratos,
No quejas de dolor inoportunas.

Tú, cuya voz tan elocuente fluye
En el trato social y en la tribuna,
Y á la *Madre* feliz de *César* nuevo
Sus dichas puedes anunciar futuras;

Aprovecha el instante en que sus ojos,
Bellos como la luz que nos alumbra,
Los horizontes penetrar queriendo,
Miren á España con filial ternura;

Y dile entonces que si Francia en ella
Las esperanzas de su dicha funda,
Españoles también por ella al cielo
Votos dirigen de la fe más pura.

¡Logre ese *Niño*, que entre palmás nace,
Ganar aquélla que jamás caduca!
La de regir su generoso pueblo
Con ley de paz y amor próvida y justa.

Padece aún su combatida patria
De heridas viejas de azarosa lucha:
Llegue su mano allí, y al blando toque
Lesión no quede ni señal ninguna.

En la remota orilla del Euxino,
Cuyos escollos baten furibundas
Hinchadas olas que al chocar bramando
Su enojo escupen en hirviente espuma,

Allí á la paz en lóbrega caverna
Con hierros en los pies Marte sepulta:
Cautiva lanza lastimeros ayes,
Y el fragor de la mar los traga y burla.

Gruesos cañones de contrarias huestes
Sobre la inmensa cárcel se sitúan,
Y del rimbombe horrible de sus rayos
El tormentoso piélago murmura.

Los férreos globos, que de entrambas partes
El polvo estallador ardiendo empuja,
Siembran la destrucción, llevan la muerte
Do quier que llega su potente furia.

De las entrañas de la tierra salta
Volcán labrado por fatal industria,
Que armas, y combatientes, y defensas,
Arroja por las diáfanas alturas.

Cada postrer suspiro del soldado,
Víctima allí de su infeliz fortuna,
Cuesta, sonando en el hogar paterno,
Mísero lloro, devorante angustia.

Tenga ese azote fin. Cuando á la tierra,
Mal de las aguas del Diluvio enjuta,
Salir dudaba la familia indemne
Generadora de la edad segunda,

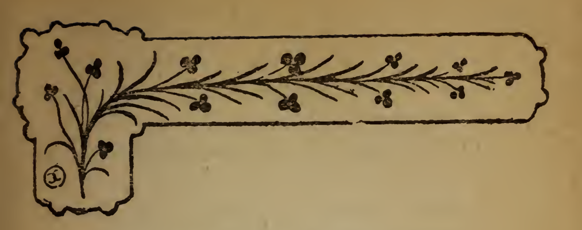
Blanca paloma con el ramo vino,
De perdurable paz señal segura:
Traiga el *Hijo de Luis* la oliva santa
Que á un diluvio de mal término anuncia.

Esto dirás á la *Guzmana madre*,
Que electa del Señor, planta fecunda,
Vea en torno de sí ricos renuevos
Donde amor sus encantos reproduzca.

Esto dirás en el lenguaje noble
Que presta á la verdad gala y dulzura;
Para plácemes tiernos hoy inhábil,
Agria mi voz al corazón calumnia,

Siglos un español faustos desea,
Gloria sin fin á la progenie augura
Napoleón-Guzmán...—¡Oh Dos de Mayo!
Dios no permitirá que vuelvas nunca.

Marzo de 1856.



LA CASA DE LA MADRE.

Á LOS SERENÍSIMOS SEÑORES INFANTES, DUQUE Y DUQUESA DE MONTPENSIER.

El sueño final dormía,
Tendida en funérea caja
Con blanca y negra mortaja,
La joven madre María (1).

Y hallando el acceso franco,
Un niño en la sala entró,
Y muerta á su madre vió,
Vestida de negro y blanco.

(1) Esta composición fué escrita en justo elogio de los señores Infantes Duque y Duquesa de Montpensier, con motivo de haber reedificado en las inmediaciones de Sevilla el antiguo santuario de Nuestra Señora de Valme. El autor alude en estos versos á su madre Doña María Josefa Martínez Calleja, que falleció en Madrid á los veintidós años. El solar de la casa donde nació Doña María Martínez fué convertido en huerta por los años de 1811; y caídas sus paredes, hechas de escombros, es hoy tierra de sembradura.

Miró el niño el cuerpo inerte
Con infantil impiedad:
Estaba en la tierna edad
Que aun ignora que haya muerte;

Mas causáronle estupor
Aquellas manos en cruz,
Y aquel traje, y tanta luz
De su madre en derredor.

Le alzó en brazos por detrás
Un mancebo con cariño:
Sacaron de casa al niño,
Y á su madre no vió más.

En un templo cierto día
Dar vió reverente culto
Á un triste y hermoso bulto,
Que blanco y negro vestía.

Cercábanle ardientes cirios;
Las manos le vió cruzadas,
Y en el pecho siete espadas
Indicando sus martirios.

«¡Mirad á mi madre allí!»
El niño al punto exclamó.
Un joven le dijo: «No.»
Le dijo una anciana: «¡Sí!

Lo es tuya de varios modos
María, que allí se ve.
—María mi madre fué.
—María es madre de todos.»

Juntó con piadoso error
El niño (y hombre las junta)
La madre que vió difunta
Con la Madre del Señor.

Y dulce interés despierta
Oirle en voz conmovida:
«Primer recuerdo en mi vida
Fué ver á mi madre muerta.»

«Veloz el tiempo corrió:
Si el bien alcanzo que anhelo
Veré á mi madre en el cielo,
Joven ella, viejo yo.»

Á joven no era llegado,
Y unas flores vió arrancar
De tierra que fué solar
De humilde albergue arruinado

Y un hombre dijo sombrío,
Suspendiendo su labor:
«Donde esta campestre flor,
Nació tu madre, hijo mío.»

«La casa materna, altar
Debe para el hijo ser:
¡Feliz, si viene á caer,
Quien la puede levantar!»

Por más que al hijo desplace,
Poco el suelo poseyó
Donde su madre nació,
Nunca el suelo donde yace.

Al muro que el tiempo arrasa
Da tumba naturaleza:
Ni aun deja ver la maleza
Las ruínas de aquella casa.

Ruína era así la capilla
Que, depuesto el rudo almete,
Alzó sobre el Tagarete
El Rey que ganó á Sevilla.

Morada en tiempos mejores
Fué de la mística flor,
Que es Madre del Redentor
Y Madre de pecadores.

Ni el nombre más venerando
Las iras del Tiempo ablanda;
Mas vió por tierra Fernanda
La fábrica de Fernando;

Y el digno Esposo la vió,
Que es de Príncipes ejemplo;
Y á la voz de entrambos, templo
La ruína resucitó.

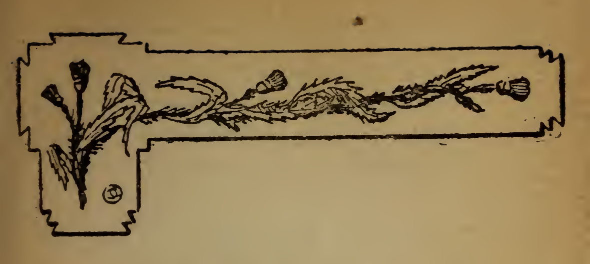
¡Bien haya el amor filial
De la pareja querida,
Que alza la casa caída
De la Madre universal!

Aceptad la predicción
De aquel hijo lastimado:
Por su boca os ha enviado
María su bendición.

La obra de piedad que hacéis,
En sí el galardón encierra:
Dad á Dios casa en la tierra,
Y en el cielo la tendréis.

27 de septiembre de 1859.





EPÍSTOLA DE DON QUIJOTE,

EN RANCIO LENGUAJE CABALLERESCO,

ENDERESZADA AL MUY RESPECTABLE PÚBLICO MATRITENSE.

Caballeros é donceles,
Dotos rancios é noveles,
Damas, ya grandes, ya chicas,
Regalonas doncellicas,
É vos, la de aguja y plancha,
É tú, que adobas jigote:
Vos escribe Don Quijote
De la Mancha.

Honráis con farta razón
Al períclito varón,
Cuyo bulto de metal
Reverencian por igual

Congreso é Medinaceli (1),
Cuando, quitado el bonete,
Saludan á Cide Hamete
Benengeli.

Agora, si al caso faz,
Yo vos demandara en paz
Que, otra vegada, la fiesta
Para Cervantes aquesta,
Que noble intención descubre
De que Madrid le remiembre,
Se le ficiera en septiembre,
No en otubre.

Cierto que hoy, día que es
Nono del deceno mes,
Cervantes el afamado
Fué en Alcalá baptizado;
Mas, por negligencia grave
(Que suplir quisiera yo),
Cuál fué el día en que nasció,
Non se sabe.

(1) Los que residen ó han estado en Madrid saben que la estatua de Cervantes, que adorna la plaza de las Cortes, tiene á la izquierda el palacio del Congreso, y á la derecha el de los excelentísimos señores Duque y Duquesa de Medinaceli.

Pero habedes certidumbre
De que era estonce costumbre
Cristianar á los infantes,
Llevando ya en fajas antes
Días, no en corta porción;
Y de veintiocho fué
A la pila de la fe
Calderón.

E como el santo del día
En que el pequeñuelo abría
Sus parpadicos al sol,
Daba nombre al español;
Y en el baptismal papel,
Á Cervantes pertinente,
Hay el nombre solamente
De Miguel;

Veintinueve del pasado
Debió ser el señalado
Con el fausto nacimiento:
Día en que el magín atento
El nombre topa de aquel
Santo Arcángel eminente,
Que firió la impía frente
De Luzbel.

É que non me llevo chasco
Piensa el Bachiller Carrasco,

É, demás del Bachiller,
Sancho Panza, su mujer,
Mi Cura, home gravedoso,
El rapista de mi aldea,
É mi sin par Dulcinea
Del Toboso.

Importa empero un ardite
Que á Cervantes felicite
La afición con que venís,
Hoy, día de San Dionís,
Ú esotro, pasado ya:
Como es del mérito paga,
Cuando-quiera que se faga,
Bien está.

Non cuenta España scriptor
De lauro merescedor,
Que á Cervantes aventaje;
Non es de ninguno ultraje
Proferir en noble canto
Que la su gloria consigne:
«¡Nadie cual el manco insigne
De Lepanto!»

Por él en Orán é Flandes,
En las lomas de los Andes
É las playas de Luzón,
Don Quijote y Sancho son

Conoscidos por do vamos:
Nos nombran en el camino,
Y al caballo y al pollino
Que montamos.

El orbe señala entero
Á mi Duque y mi ventero,
Al bien malparado Andrés,
Al bizco infame Ginés,
Maritornes, tuerta é fea,
El hábito de Luscinda,
É las trenzas de la linda
Dorotea.

Cervantes vida nos da,
Que dura é perdurará
Mientras fiel quede una mano
Persignante en castellano;
É quede ó no:—Bien lo fundo;
Que si acontesce tal mengua,
Ya nos ha dado su lengua
Todo el mundo.

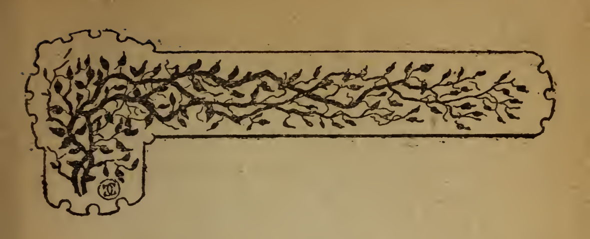
Mísero mi autor vivió,
Y en mi figura pintó
Su malandanza cruel:
Por poco es dueño de Argel;
Y en la patria que fulgura
Con luz por él encendida,

Tuvo pobre, ya perdida,
Sepultura.

Yo, pues, el famoso Hidalgo,
Vos pido, por lo que valgo,
Que al valiente en la campaña,
Rey del ingenio de España,
Digáis con voces amantes,
Que en bronce la fama escriba:
¡Eterno el renombre viva
De Cervantes!

Leída en el teatro de la Zarzuela en la noche del 9 de octubre de 1861.





FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

ROMANCE.

FEBRERO DE 1562.

En un humilde aposento
De una posada en la corte,
Forastero y forastera
Se dicen castos amores.
Mujer y marido son,
Joven él, y ella más joven:
Lágrimas vierte la dama,
Y pide perdón el hombre.
«Matábanme, Félix mío,
Mis celosas aprensiones...
Cuando aprensiones las llamo,
Yerro á propósito el nombre.
Sin avisártelo, vengo
De Asturias á que me informes
Qué tan cierto es que en Madrid
Ofendes á tu consorte.

No ha de amarte más que yo
La que tu fe me soborne;
Y algo por bella me debes,
Y algo por discreta y noble.»
Suspendió aquí la quejosa
Las tiernas reconvenciones,
Porque en el rostro el deudor
Le dió con la paga entonces.
Fatigada la viajera,
Y siendo bien que repose,
La lleva Félix en brazos...
Dios les bendiga la noche.

25 DE NOVIEMBRE DEL MISMO AÑO.

Devoción me merece
San Lope obispo:
Lope quiero que sea
Nombre del niño.
—Ponle dos, ponle,
Por mi amor y tu gusto,
Félix y Lope.

1573.

Bajo el rústico dintel
Del Corral de la Pacheca,
Cisneros el comediante
Habla con Félix de Vega.

«Pasmado (le dice) estoy
De que haya en edad tan tierna
Quien ya en sus cuatro jornadas
Componga en verso comedias.
Once años cuenta Lopico,
Y pasos encuentro en esa,
Que no los tiene mejores
Virués ni Juan de la Cueva.
De amor y de celos hay
Dos asombrosas escenas:
¿Cómo adivina un muchacho
Lo que no es dable que sienta?
—De amor y celos nació
(Modesto el padre contesta),
Y amor y celos retrata
Por él su naturaleza.»
Llegaba Lopico en esto
Con los chicos de una escuela,
Cañas cabalgando todos,
Pisando recio en las piedras.
Por bandera en otra caña
Llevaba un cartel de iglesia,
Y al pasar por el teatro,
Batió Lope su bandera.

1635.

«Úsase un dicho en Madrid,
Curiosa prima Dolores,

Que allá sin duda ignoráis
En las indianas regiones.
Á lo más bello y mejor
En cualquier género y orden,
Ya no se llama *excelente:*
Dicen todos que es *de Lope.*
Cosas de Lope se llaman
Libros, espadas, sermones,
Joyas, telas, cuanto tiene
Gran brillo, mérito y coste.
De Lope son los tocados
Que el gusto nuevo dispone,
Las justas de ingenio dignas,
Las ruidosas diversiones.
Las villanas de Aranjuez
Que venden ramos de flores,
De Lope dicen que son
Rosas y claveles dobles.»
Así á una doncella linda
Cortesanas instrucciones
Daba, al entrar en Madrid,
Cierta señora en su coche.
De Cádiz la trae consigo,
Para que á su lado goce
Lo que en Méjico ganó
Su padre, que Dios perdone.
Tomar la calle de Francos
Pretende el automedonte:
Mas el paso le embaraza

Tropel de gentes enorme.
De las calles convecinas,
Ya despacio, ya de golpe,
Desembocan sin cesar
Mozos, viejos, ricos, pobres,
Placeras, dueñas, beatas,
Soldados y sacerdotes:
Sólo se ve luto, y manos
Con amarillos blandones.
No hay en la calle pared,
En cuyos huecos no asomen
Apiñadas las cabezas
De compasivos mirones.
La cruz de San Sebastián
Por entre la turba rompe;
Cánticos de muerte suenan;
Claman las lenguas de bronce.
No se ve féretro aún;
Saldrá, si en marcha se pone
La muchedumbre que llena
Puerta, zaguán y escalones.
Hacia la iglesia, por fin,
Se mueve la prieta mole,
Revueltas las cofradías,
Vacilando los pendones.
Pasan, y pasan, y pasan
Grandes, familiares, monjes,
Cómicos, freiles, poetas...
¿Quién hay á quien tantos honren?

La primita mejicana,
Diestra en aprender lecciones,
Prorrumpe: «Si no es de rey,
Entierro es éste *de Lope.*»

Acertaba la niña:
Lope, el famoso,
Va de ocho capellanes
Llevado en hombros.—
«¡Sánchez! ¡Maestro!
Decid á esta indianita
Quién era el muerto.»

El señor Sánchez, persona
Muy conocida en Madrid,
Zapatero es de aguadores
Y de gente baladí.
Aficionado á la farsa
Desde la edad infantil,
Con pan y comedia vive,
Cómicamente feliz.
Por jefe le reconoce
La turba mosqueteril
Que en el Príncipe y la Cruz
Mueve á menudo motín.
Más de un galán le ha doblado
La engarrotada cerviz,
Enviándole presentes,
Que él desdeñó recibir.

De un novel ingenio cuentan
Que visitándole, á fin
De que estrenándose en tablas,
No se le mostrara hostil,
«Mancebo (saltó el Maese),
Justicia os haremos: id,
Id en paz, si es tal la obra
Que yo la pueda aplaudir.»
Entróse en el coche Sánchez
Como en ganado país,
Y al paso que el duelo siguen,
Habla á las damas así:

—«Nace el hombre con deseo
De ver y oir cuanto pueda;
Lo que en propio sér no viere,
Codicia verlo en comedia.
Pide el escribirla bien
Alto ingenio y muchas letras,
Alma, inventiva y gracejo,
Que Dios á pocos dispensa.
Farsas en España, ya
Divirtieron á mi abuela:
Para entonces no eran malas,
Para después no eran buenas.
Salieron al fin á luz
Dos, tres, seis y una docena,
Que asombraron á Madrid,
Sevilla y España entera.

En paseos y en saraos,
En las plazas y las tiendas,
Nadie á la sazón trataba
Más que de la farsa nueva.
«¿Quién ha escrito *El verdadero
Amante?*—Lope de Vega.
—¿Y *Las Amazonas?*—Lope.
—¿Y *El molino* y la *Aristea?*
—Lope.—¿Y la *Abderite?*—El mismo
Lope, y el *Vamba* y la *Angélica*,
La Melindrosa, *El Maestro
De danzar*, *La Montañesa*,
Lo cierto por lo dudoso,
Psiques, *Muza*, *El Turco en Viena*,
Los milagros del desprecio,
El pleito de Ingalaterra,
Amar sin saber á quién,
La Dama boba, *La siega*,
Los enredos de Celauro,
La Serrana de la Vera,
El mejor Alcalde el Rey,
Peribáñez, *Las Batuecas*,
El remedio en la desdicha,
El cerco de Orán, *La Estrella
De Sevilla*...—¡Señor! ¿cuánto
Escribe ese hombre?—Unas treinta
Comedias al año...» Luego
Compuso más de cincuenta:
Cincuenta y cuatro nos daba

Desde cuaresma á cuaresma;
Y esto ¡cuándo! cuando ya
Pasaba de los sesenta.
Dos días, y en cada uno
Doce horas de tarea,
Veinticuatro de bufete
Con otras tantas de huelga,
Tiempo bastante le fueron
Para llevar á la escena
De *La noche de San Juan*
La fábula placentera.
Con prisa igual más de ciento
Produjo su fácil vena,
Y há tres años que contaba
Cabales mil y quinientas.
Esto, amén de cuatrocientos
Autos y de diez poemas,
Y romances infinitos,
Canciones y cantilenas,
Los sonetos á puñados,
Los epigramas por gruesas,
Epístolas, no sé cuántas,
Y ocho, en fin, ó diez novelas.
Y este hombre comió y durmió,
Y santificó las fiestas,
Y estudió filosofía,
Cánones, historia y lenguas.
Y este hombre trató mil gentes;
Que no hay nación en la tierra

Que no enviase á Madrid
Persona que á Lope viera.
Del Padre Santo en la corte,
Del Gran Señor en presencia,
Con vítores resonó
El nombre del gran poeta.
Grande, sí, porque de España
Reprodujo la grandeza:
Cuanto hay bello y grande aquí,
Sus farsas nos representan;
Y no con frase trivial,
Ni en rima pobre y grosera:
Garcilaso y Castillejo
Brillan á la par en ellas.
¿Qué español no quiere ser
Aquel galán, que él diseña
En *Las flores de Don Juan*,
Flores de oro, no de seda!
¿Quién pudo sin llanto ver
Á la divina Isabela,
Que allá en Irlanda padece
La más lastimosa fuerza!
Por templar al padre airado,
Que un hijo de amor desecha,
Esclava de su galán,
Suspira celosa Elena.
Corona Sol *merecida*
Ciñe de cónyuge honesta:
Porque un rey de amarla deje,

Sus brazos al fuego entrega.
Ley natural hace al hombre
Amar á su compañera;
Lope la pone en altar,
Y al pie del altar nos lleva.
Teatro español tuvimos
Antes que Lope naciera;
Mas era teatro en cuna,
Y aun era español apenas.
Él le dió forma y valor
Y sello que nunca pierda:
Si hombre como yo lo ve,
Marcadas tendrá las señas.
De Lope el arte aprendieron
Cuantos en él se le hombrean,
Tirso, Rojas, Alarcón,
Y el que hoy su laurel hereda.
De autores hablar no quiero,
Que usando mi oficio medran:
Zapatos remiendo yo,
Y ellos á Lope remiendan.
Pródigo maestro, á mil
Cortada dejó la tela:
Desperdicios de su pluma
Son gala de ciento ajenas.
El Fénix de los Ingenios
Le han llamado; no lo aciertan:
El fénix de sí renace,
Y un Lope no se renueva.

No da Dios tan á menudo
Tanto ingenio y tales prendas.
Flaquezas en Lope vimos:
Ejemplar vimos la enmienda.
Galán, soldado con brío,
Dulce humor y habla discreta,
Gran defensor de las damas,
Pagáronle el defenderlas.
Dos veces casado fué;
Dos hijas casadas deja,
Una bien, otra mejor:
Monja vive aquí á la vuelta.
Hija de culpa nació
La hermosísima Marcela;
Dios ángel volverla quiso,
Que gloria del padre fuera.
Sacerdote él ventiséis
Años, y en clausura estrecha
Catorce ella ya, virtud
Á siglo y á claustro enseñan.
Jamás de labios de Lope
Salió palabra soberbia;
Jamás la envidia en su pecho
Vertió su ponzoña negra.
Con su ingenio iban al par
Su bizarría y modestia;
Quien no le trató por gusto,
Le buscó por conveniencia.
Ved esos pobres que gimen,

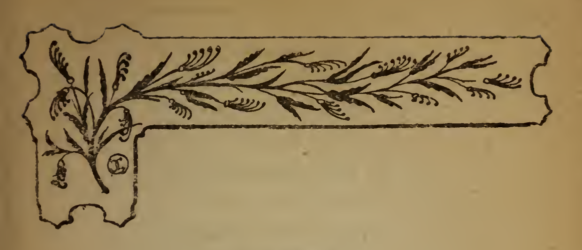
Siguiendo la turba densa:
Padre era de todos él,
Y pobre por ellos era.
Mas ya se paran allí...
Las Trinitarias son esas...
De frente á una celosía
Veis que el ataúd presentan...
Sor Marcela de San Félix,
Tras la celosía puesta,
Á dar á su padre va
La despedida postrera.
Las manos al ataúd
Tiende amante una profesa.
¡Ella es! ¡ella es! la hija santa
Del gran *Frey Lope de Vega.*»

Silencio reinó profundo,
Mudas las campanas quedan,
Beberse quieren los ojos
El eco flébil que esperan.
«¡Santos del Señor (se oyó),
Cuyas virtudes excelsas
La fe celebró de Lope
Con rima imperecedera!
¡Vos, *Apóstol de las gentes*,
Penitente *Magdalena*,
Roque, *Diego*, *Nicolás*,
Casilda, *Julián de Cuenca!*
¡Vos, *Cardenal de Belén;*

Vos, *Angel de las escuelas*,
Brígida, *Isidro*, *Agustín*,
Y vos, mi Madre *Teresa!*
Con vosotros ha vivido
El alma de Lope tierna:
Recibidla en brazos, hoy
Que al pie del Eterno vuela.
Recibe tú, padre mío,
De este mi dolor la ofrenda:
Sin corazón para el mundo,
Me mata por ti la pena.
¡Padre! ¡Adiós! Del viaje largo
Descansas en paz perpetua;
Y en vez de laurel caduco,
Ciñes corona de estrellas.
¡Yo lloro, y eres feliz!
¡Bendita la mano sea,
Que gloria te da en el cielo,
Tras gloria tanta en la tierra!»

A 25 de noviembre de 1860 se inauguró el sencillo monumento mural que se ve en la fachada de la casa donde Lope murió. Leyó en aquella solemnidad este romance, años antes escrito, mi querido amigo el Sr. D. Manuel Cañete.





CARTA

que escribe desde el otro mundo el peor poeta cómico del siglo pasado en España, con motivo de representarse hoy la mejor comedia española de su época. Por las señas dadas se comprenderá que la carta no puede menos de ser de

DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

Yo, Comella, aquel fatal
Comella, que daba á luz
Un disparate mensual
Para el Príncipe, ó la Cruz,
Ó los Caños del Peral;

Yo, que los campos Elíseos
Habito al fin, desde que
Mis pecadillos purgué,
Tiempo há, madrileños, quíseos
Decir lo que hoy os diré.

Escribiendo mal y pronto,
Al público traje tonto

Con mi *Teresa en Landau*,
Mi *Federico en Torgau*,
Mi *Esclava de Negro Ponto* (1).

Padres bobos de familias,
Madres de familia bobas,
Dieron prez á mis vigilias,
Aplaudiendo mis *Cecilias*,
Llorando con mis *Jacobas*.

La sociedad alta y fina,
Como la gente común,
Se pasmó de mi *Cristina*,
Mi *Natalia y Carolina*
Y mi *Escocesa Lambrún*.

Cómico lírico al par,
¡Cuánto no hicieron ganar
Mis óperas españolas!
Ellas se cantaban solas:
Señores, no es ponderar.

Pródigamente aplaudido,
Y mal pagado, según
Costumbre de España ha sido
(La cual, dicen, ha seguido
Sin alteración aún),

(1) Se creía que esta comedia era de otro autor; pero cuando Comella mismo lo dice...

Señaló á mis glorias fin
Un mozuelo botarate,
Narigordo y chiquitín,
Que fué joyero y abate:
Don Leandro Moratín.

Éste, sin hacer misterio,
Me retrató ce por be
Con superior magisterio
En aquel Don Eleuterio
De su comedia, *El Café.*

Púseme yo furibundo
Al verme tratar así.
Me desquité (1)... me morí...
Él también salió del mundo,
Y encontrámonos aquí.

Como todo lo miramos
Ya sin pasión los difuntos,
Pronto nos reconciliamos.
Lo que es ahora, tomamos
Los dos chocolate juntos.

Unión tan rara y tan bella,
Que quien ponga duda en ella

(1) En *El abuelo y la nieta*, obra dramática, donde introdujo Comella un abate de malas mañas, al cual, contra la intención del autor, nadie halló semejanza con Moratín.

Debe dejarse enterrar,
Y venir á merendar
Con Moratín y Comella.

En el Diario leí
Que hoy (1) en escena ponéis
La hermosa comedia, *El Sí*
De las niñas, que yo vi
Estrenar el año seis:

Obra de gusto exquisito,
Si no de sublime genio,
Proclamada á voz en grito
Como la mejor que ha escrito
El buen *Inarco Celenio;*

Obra que por el autor
Fué y es á la vez mirada
Con júbilo y con dolor,
Como que le fué inspirada
Por un malogrado amor.

Esa hechicera Paquita
Se llamaba y era así,
Bella, amable... regordita...
Ya con nosotros habita:
La tengo en frente de mí.

(1) 10 de marzo de 1851.

También la tal Doña Irene
Retrato al natural es,
Y ¡qué semejanza tiene!
Mas esto ya no conviene:
Voy á la comedia, pues.

Sin bautizo y sin entierro,
Sin mono, urraca ni perro
Que haga de primer galán;
Ó madre y niño en encierro,
Transidos de hambre y sin pan,

Con una decoración
De bien poco relumbrón;
Sin trajes ricos, vejete,
Versitos de sonsonete
Ni chistes de bodegón;

Entusiasmo sin igual
Excitó en las jerarquías
Todas de la capital,
Durando veintiséis días,
Parando en el Carnaval.

Éxito inmenso, inaudito,
Que de un revés fué ocasión:
Vedó su continuación
Aquel tribunal bendito
De la Santa Inquisición.

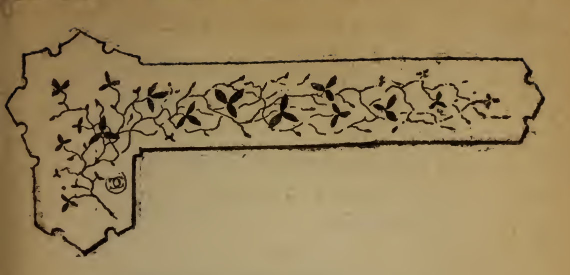
Muy bien hecho, ¡voto á san!
¡Tizonazo al perillán
Que, horrorizando almas pías,
Dijo que eran *chucherías*
Los santos de mazapán!

Pero después ocurrió
Lo que ya la historia escribe.—
La España se transformó;
La Inquisición pereció,
Y *El Sí de las niñas* vive.

Porque así triunfa el talento;
Así al error da castigo
El tiempo justo, aunque lento:
Yo escribí cien obras; ciento
Se sepultaron conmigo.

No así Moratín: su nombre
Cada vez cunde mayor.
¡Loor, eterno loor
Al que tan bien pinta al hombre,
Para volverle mejor!

Él enseñó á la vejez,
Él honró la ancianidad,
Él condenó, recto juez,
Á eterna ridiculez
La pedante vanidad.



EPÍSTOLA GRATULATORIA

DEL MARQUÉS DE VILLENA

AL CONDE DE SANT LUIS

POR LA ERECCIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL.

RECEBID con buen talante,
Nuevo é perínclito Conde
De Sant Luis,
Letra de ánima habitante
Otro mundo que ese donde
Vos vivís.

É catad que non vos tome,
Porque vos fable un finado,
Susto é pena;
Non de facer miedos home
Fué nunca el Marqués cuitado
De Villena.

Sepades que, no embargante
Que aquí los muertos vivamos
Bien felices,
Á esa tierra malandante
Por vegadas asomamos
Las narices.

Cierta noche, discurriendo
Por las calles de una villa
Principal,
Casa vi de mucho atuendo,
Que antes de ornalla é pulilla
Fué corral.

Rumores oí de dentro
Jubilosos, é por puntos
Aflictivos:
Cuélome, cato et encuentro
Una tropa de difuntos,
Vueltos vivos.

Allí Pelayo (1) furente
Con su hermana contendía
Por el moro;
E tapándose la frente,
La triste sólo decía:
«Yo le adoro.»

(1) Alúdese á los personajes de *Pelayo* y *Hormesinda*, en la célebre tragedia del Sr. D. Manuel José Quintana.

Allí con sus cuitas vino
Aquel pagano Jesté [1],
Rey de Creta,
É Megara, el numantino [2],
Et el prisionero [3] de
Joán de Urbieta.

Allí salieran Guzmán [4],
Camila [5], Rui Calderón [6],
É Macías [7],
Edipo [8], Bruto [9], Abrahán [10],
Et el que libró á Sión [11]
De Golías.

(1) *Idomeneo*, en la tragedia de este título, escrita por D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

(2) Protagonista de *Numancia*, tragedia de D. Ignacio López de Ayala.

(3) *Francisco I.—Solaces de un prisionero*, drama del señor Duque de Rivas.

(4) *Guzmán el Bueno*, drama del Sr. D. Antonio Gil.

(5) *Camila*, tragedia del Sr. D. Dionisio Solís.

(6) *Rodrigo Calderón*, protagonista de dos dramas, escrito el uno por el Sr. D. Ramón de Navarrete, y el otro por el Sr. D. Adelardo López de Ayala.

(7) *Macías*, drama del Sr. D. Mariano José de Larra.

(8) *Edipo*, tragedia del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.

(9) *Bruto*, en la tragedia titulada *Roma libre*, traducida por el Sr. D. Antonio Saviñón: el mismo personaje en la tragedia del Sr. D. José María Díaz, intitulada *Junio Bruto*.

(10) Personaje de la tragedia titulada *Sara*, del señor D. Joaquín José Cervino.

(11) *David*, en el *Saul*, tragedia de la señora Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

É los que en Martos (1) cayeron,
Enjiemplo duro de estrella
Muy cruel,
Et esos de quien dijeron
Que fué en morir tonta ella,
Tonto él.

É Malvina (2), é Joán Pascual (3),
É Manrique, el malhadado
Trovador (4),
É aquel Cenón (5) al igual
De fortuna gasajado
É de amor.

Leiva (6), Quevedo (7), la brava
Joanica (8), el Alonso amante

(1) *Los Carvajales*, en *Don Fernando el Emplazado*, drama del Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros.

(2) *Malvina*, en *Oscar*, tragedia traducida por el señor D. Juan Nicasio Gallego.

(3) El de la *Segunda parte del Zapatero y el Rey*, drama del Sr. D. José Zorrilla.

(4) *El Trovador*, drama del Sr. D. Antonio García Gutiérrez.

(5) El Marqués de la Ensenada, que figura en *La rueda de la fortuna*, comedia del Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.

(6) *Antonio de Leiva*, drama del Sr. D. Juan de Ariza.

(7) *Don Francisco de Quevedo*, drama del Sr. D. Eulogio Florentino Sanz.

(8) *Las travesuras de Juana*, drama de los Sres. Don Carlos García Doncel y D. Luis Valladares y Garriga.

De Raquel (1),
Alonso el pintor (2), la Cava (3),
É aun el tesaurizante
Don Samuel (4).

Esquilache (5), el de Alba (6), Hernán
Cortés (7), é la de Molina (8),
La prudente,
É Berenguela (9), et el gran
Cogedor de mies divina,
Fray Vicente (10).

(1) *Alfonso VIII*, en la tragedia de D. Vicente García Huerta intitulada *Raquel;* y el mismo rey en el drama del Sr. D. Eusebio Asquerino, *La Judía de Toledo.*

(2) *Alonso Cano*, en el drama del Sr. D. Gregorio Romero Larrañaga. intitulado *Misterios de honra y venganza;* y en *La Torre del Oro*, drama del Sr. D. Aureliano Fernández Guerra.

(3) *Florinda*, en *El conde Don Julián*, drama del Sr. D. Miguel Agustin Príncipe.

(4) *El Tesorero y el Rey*, drama de los Sres. D. Antonio García Gutiérrez y D. Eduardo Asquerino.

(5) *El motín contra Esquilache*, drama del Sr. D. Ceferino Suárez Bravo.

(6) *El Duque de Alba*, drama del Sr. D. Manuel Cañete.

(7) *Hernán Cortés*, drama del Sr. D. Patricio de la Escosura.

(8) *Doña María de Molina*, drama del Sr. D. Mariano Roca de Togores.

(9) *La Madre de San Fernando*, drama del Sr. D. Cayetano Rosell.

(10) *San Vicente Ferrer*, en *Don Fernando el de Antequera*, drama del Sr. D. Ventura de la Vega.

Esos é otros personados
Vi en aquella y otras tales
Trasnochadas,
Allí por arte ayuntados
De péñolas poetales
Bien tajadas.

É plúgome asaz la cosa,
Ca yo ansimesmo capricho
Tuve desto,
É una farsa fiz donosa
Para el rey Fernando, dicho
El Honesto.

Antojóseme saber
Quiénes los auctores fueran
Desas fablas,
Do escribiendo á su placer
Miraclos ansí fecieran
En las tablas;

É siguiendo uno, que vi
Con desusado alborozo
Coronar;
Sobióse á un zaquizamí,
É acostóse el pobre mozo
Sin cenar.

Gimiendo fugí yo dende,

Por non ver en tanta prez
Tal desdoro...
—É luego mi vista ofende
Palacio do resplandez
Plata é oro.

Rica mensa é pulcro lecho
Dentro víanse, é preciados
Atavíos,
É tales que me sospecho
Que aún fueran avantajados
Para míos.

É supe que dueño fues
De la morada tan mucho
Relumbrante,
Non perlado nin marqués,
Sinon sólo cierto ducho
Comediante.

«¿Cómo, dije, al estrumento
Merced se faz, é á la mente
Se la amengua?
¿Non val el poetal invento
Lo que el dalle ante la gente
Bulto é lengua?

»¿Por qué, pues, desigualar
Á dos que del claro Apolo
Fijos son?

El mayorazgo ¿ha de estar
Á fucias del que es tan sólo
Segundón?

»Mejor al ingenio Grecia
Tener en estima supo,
Supo Roma.
Mientras usanza tan necia
Ture, acójome y ocupo
Mi redoma.»

Por vos, Conde ilustre, fina
El de tratar al scriptor
Feo modo:
Corona cingisle dina:
Non ya de Febo el cultor
Vive en lodo.

Mil quisieron ayudalle,
Mil ahorralle pretendieron
Días tristes:
Vos supistes sólo honralle;
Vos lo que tantos dijeron,
Lo fecistes.

¡Gloria á vos, bien meresciente
De las apacibles artes,
Gloria á vos!
Grato á los homes se cuente

Vueso nombre en todas partes,
Grato á Dios.

Él vos done la grand paga
Que vuesos graciados non
Pueden bien;
Él vida luenga vos faga,
Con la su benedicción
Sancta, amén.

1849.





LA DESPEDIDA.

Á LAS SEÑORAS

DOÑA BÁRBARA Y DOÑA TEODORA

LAMADRID.

Biarritz, 4 *de septiembre de* 1863.

La tarde va de vencida,
Sin viento se agita el mar,
Y el sol entre nubes de oro
Desciende con prisa ya.
Parece que arroja el día,
Cansado de caminar,
Su rojo escudo á las olas,
Que húmedo lecho le dan.
Toman desde lejos ellas
Carrera para asaltar
Escollos, que sobre el agua

La frente elevan audaz.
Embravecidas embisten,
Y vuelven gimiendo atrás,
Y salta del golpe al aire
Rota en lluvia la mitad.
Avanzan otras, que quieren
Las orillas inundar:
Igual confianza loca
Lleva desengaño igual.
Orgullosas amenazan,
Cuando lejanas están,
Creyéndose con empuje
Sobrado para llegar.
Pierde bulto á cada giro
El arrollado cristal,
Y en hoja líquida leve
Se desdobla al acabar.
Retrocede, presumiendo
Volver con mayor caudal,
Y cada vez que lo intenta,
Ve la margen más allá.
Espumas escalonadas
Quedan por el arenal,
Que atestiguan de su empeño
La burlada vanidad.
Puso á la naturaleza
El Sér que siempre será
Leyes de límite fijo,
Que es imposible pasar.

Esto vió y esto pensaba,
Melancólico además,
Un viajero de la vida
Con poca ya que viajar.
Asiento le da un peñón,
Carcomido por la edad,
Socavado por las olas,
Que le minan sin cesar.
Al sol, que del horizonte
Pronto desparecerá,
Contempla en su brillo escaso,
Que deja el disco mirar.
La fuerza del mar contempla,
Y nota que es incapaz
De extenderse más adentro
Del humilde valladar.
Limitación, decadencia,
Término fijo fatal
En el mar ve y en la roca
Y en el grande luminar;
Y en sí, criatura débil,
Quisiera no ver jamás
El forzoso cumplimiento
De la ley universal.

«El hombre (exclamó) se encuentra
En el campo de la vida,
Sin saber á su venida
Con qué condiciones entra.

Mudo en sí se reconcentra
El día que ve llevar
Un cadáver á enterrar,
Y voz funesta le advierte
Que en aquello, que es la muerte,
Cuanto vive ha de parar.

»Conozco sobrado bien,
Si atento al origen subo,
Que lo que principio tuvo,
Fin debe aguardar también.
Mas ¿por qué nevar la sien
Que rizos de oro ha lucido?
¿Por qué torpe y dolorido
Volver el añoso brazo?
Muriera el viejo á su plazo,
Sin morir envejecido.

»Suframos que la vejez
Luche con el cuerpo y venza;
Pierda la dorada trenza
Venus y la fresca tez;
Mas, con el rostro á la vez,
¿Por qué el alma se ha de ajar?
¿Por qué el tesoro agotar
De sus nobles facultades,
Cuando alcanza eternidades
La carrera que ha de andar?

»Lleve el hombre su razón
Hasta la tumba; conserve
Llama el fuego con que hierve
Su vaga imaginación;
Su memoria en la ocasión
Dígale siempre «heme aquí;»
Mande yo en mi sér, y así
Mi fin me hallará resuelto,
Aunque la edad me haya vuelto
Caricatura de mí.

»Mudanza tan lastimera
No á todos nos es común:
Ver quiero si soy aún
Lo que há pocos años era.
Pensamientos, la frontera
Cruzad al vuelo, y decid
En Toledo y en Madrid
Á dos que el sepulcro habitan:
«Fe y valor os resucitan,
Segunda vez existid.»

«Fuiste, Isabel (1), por tu mal,
Hija y víctima de amor;
Tú, Juana (2), el timbre mayor

(1) Una hija ilegítima del Rey de Castilla, D. Enrique II, casada en secreto y después monja, sobre cuyos desventurados amores compuso el autor una leyenda, más de veinte años há.

(2) Doña Juana Coello, esposa de Antonio Pérez.

Del estado conyugal.
Heroína sin igual,
Salvaste al esposo infiel:
Cuchillo amagó cruel
Por una dama su vida,
Y tú, consorte ofendida,
Te echaste grillos por él.

»Fiadme, Isabel y Juana,
Vuestros gozos y amarguras;
Vuestras hermosas figuras
Ponga yo en la escena hispana.
Ciña mi cabeza cana
Un laurel vuestro, y en pos
Á las Musas el adiós
Postrero daré sin pena:
Cierre para mí la escena
Una de vosotras dos.»

Calló el poeta: la noche,
Para su giro triunfal,
Adelantaba en Oriente
Su alfombra de obscuridad.
Niebla cayó de la altura,
Niebla se alzó de la mar,
Y envuelto el viajero en ella,
Dónde se halla ve no más.
Un globo de luz en frente
Comenzó luego á brillar,

El estafador tembló
De su voz grave y severa.
Y de sí se avergonzó
La hipócrita zalamera
Cuando su imagen miró.

Él al paterno poder
Línea trazó decorosa,
Él defendió á la mujer:
—Su misión no pudo ser
Más noble ni más hermosa.

Duramente me trató;
Mas (con orgullo lo digo)
Mi honradez reconoció.
Le alabo, y fué mi enemigo:
Pocos hacen lo que yo.

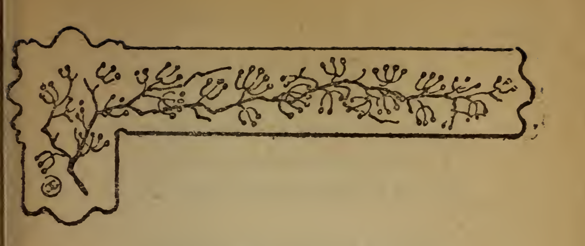
Modelos de arte y buen gusto
Dejó; pero con derecho
Le dirá el crítico adusto
Que no es útil siempre y justo
Seguir su camino estrecho.

Con poetas de otra edad
Moratín sus glorias parte;
El ingenio, aunque es verdad
Que necesita del arte,
Vive de la libertad.

Y gloria de su nación
Será el insigne varón,
Que logre juntar al fin
El genio de Calderón,
El arte de Moratín.

Leída en el Teatro del Instituto.





ANTÓN BERRÍO,

POETA DE LA CORTE DE JUAN II DE CASTILLA,

AL MUY EXCELENTE SCRIPTOR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

Onorate l'altissimo poeta.

SEÑOR, mucho amado, mío:
Dé convusco en hora buena
La trova que vos envío
Yo el coplero Antón Berrío,
Compadre de Joán Baena.

Del vueso coronamiento
Fízosenos relación,
É saltamos de contento
Nos, é fasta el fundamiento
D'aquesta elisia región.

É segund prístina usanza,
Solenidad fué dispuesta
Súbito en vuestra alabanza,
É tócame aquí en la danza
Ser el yoglar de la fiesta.

Cierto cuento asaz galano
Romanzar por ende quiero,
D'un pastorcico insulano
É un sculpidor palanciano,
Muy sotil imaginero.

El pastor Andrés Llorente,
Que es subjeto de la frasi,
Vivía entre pobre gente
En la Ínsula Escura, casi
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros
Alzaron una capiella
De flacos é humildes muros,
Do plañir en sus apuros
Á la Madre sin manciella.

Un bulto labrarse hía
De Doña Virgen María:
Non hí habiendo entallador,
Juró que el bulto faría
Nueso Llorente el pastor.

Omne era d'engeño noto;
Mas nunca estrumentos viera
Del arte cinceladera,
É con un cuchillo boto
Decentaba la madera.

Fué asín, que el tallado leño
Tosquilla sacó la faz
Del santo, fermoso Dueño;
Mas tod' el vulgo insuleño
Contentóse dél asaz.

É vedes, por aventura,
Que aporta en la Ínsula Escura
Bajel que aventó é lievol
Fasta allí tormenta dura,
De tierras de claro sol.

En la nao derrotada
Un entallador veníe
De maestría muy sonada,
É una imagen hí traíe
De la sola Inmaculada.

Pasmóse cada insular,
É la efigie, decernieron
Ser maravilla sin par,
Fueras ende que quisieron
Ver al maestro labrar.

Él sacó formón é gubia
É lima de recorrer
Fasta el hoyuelo postrer,
Pintura azul, blanca é rubia,
É todo su menester.

É trasteando con ello,
É dejando á todos vello,
Dijo el Maese á la fin:
«Con aquesto faz aquello
Quien sabe facerlo asín.»

Un lenguaraz le arguyó
(Ca de malandrines tales
Nadie en la vida escapó):
«Con estrumentos iguales
Ficiera otro tanto yo.»

«Non ficieras, mal tu grado,
Respuso el pastor honrado,
É nada tu dicho val:
Con fierro bien aguzado
Mano torpe labra mal.»

«Yo adelgacé cuanto pud;
Mas mi obra non es de prez;
De la d'este no hay quien dud:
Fuera, pues, ingratitud
Non le dar lo que merez.»

«Con rico lauro de honor
Premien al entallador,
É digan los sabidores:
«Si éste usó medios mejores,
Fizo también lo mejor.»

Tal ha judgado de ti,
Perínclito, buen *Quintana*,
La poetal familia hispana,
Que leda conmora aquí,
Libre d'afición mundana.

Hobo antes del tú nascer
Poetas de grand valer;
Mas poco antaño prestaba
Voz que tartamudeaba
Con pequeñuelo saber.

Fabla é dotrina mejor,
Aun en edad posterior
Alzó más la poetría;
Fincaba empero vacía
La siella de más altor.

Tú fuiste á sazón venido
Para ser enaltecido
Rey del castellano metro:
Mil corrieran tras tu cetro;
El s'es á tus manos ido.

Ca tú, superno Cantor,
Sublimaste cual ningún
Virtud é sciencia é valor
É tierno gemiste aún
Trances de mortal dolor.

Tú al toledano Moisés,
Tú al español Abrahán,
Tú al campeón burgalés
Luz diste con que después
Fulgir eternales han;

Tú al que en Villalar cayera,
Suerte derrocando fiera
Su generoso pendón,
Trocaste en laude honradera
El malsinante padrón.

Tú el mar pintaste furente,
Tú la blanda fermosura;
Grande tu cor é tu mente,
Loaste cuanto ha excelente
El omne é l'alma Natura.

Noblescidos en tus cantos
Grandes fechos é quebrantos,
El feliz é non feliz,
De las coronas de tantos
Una para ti se fiz.

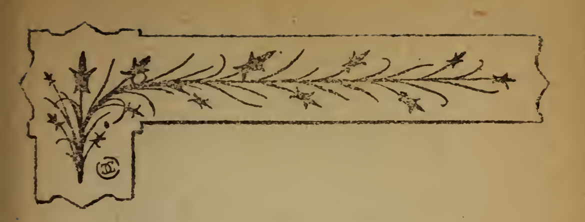
Luengos años de alegranza
Goces esa bienandanza
Que al tu mérito convién,
É troven en tu membranza
Omnes, é damas también.

Vítores de alegre afán
Te envían de nueso albergue
Pelayo, el Cid é Guzmán,
É con Lauria é Gutembergue
El privado de don Joán.

É tod' un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitaña,
Glorifique ese laurel
Que te da en nombre d'España
La magnánima Isabel.

Marzo de 1855.





AL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

ROMANCE.

Más de un siglo se contaba
Desde que el gran Calderón,
El cetro de nuestra escena
En su tumba sepultó.

De allí su genio seguía
Reinando sin sucesor;
Que á serlo Bances en vano,
Zamora en vano aspiró.

Y el fecundo Cañizares,
Conociéndose mejor,
Intentaba y resistía
La arrogante pretensión.

Pasaba el tiempo, trocando,
Con movimiento veloz,
Usos, doctrina y costumbres
En el imperio español.

Y entre aplausos, á *La dama
Duende*, y *La banda y la flor*,
España un Molier pedía,
Sin pensar en Alarcón.

La musa de Inarco entonces
Las tablas avasalló,
Desde Madrid á donde antes
El inca adoraba el sol.

¡Caro triunfo, que pagaron
Luengos días de dolor!
Sin ser la victoria crimen
Se le exige expiación.

Así á la patria tuvieron
Que decir doliente adiós,
Otros genios que ahuyentaba
Sañuda la proscripción.

El gran cantor de *Pelayo*,
Y aquél que inmortalizó
De la *viuda de Padilla*
El indomable tesón;

El que supo devolver
Á *Lanuza* vida y voz
Para esforzar la defensa
De los fueros de Aragón;

Y aun aquél que para todos
Indulgencia reclamó,
No la hallaron bajo el cielo
Fulgente con su esplendor.

Entonces fuerte poder,
Con los vencidos feroz,
De la diestra de un soldado
El noble acero arrancó.

Y Talía en ella puso
Arma de alcance mayor,
Y la pluma de Menandro
Fué en desquite el rico don.

Y corren ya nueve lustros,
Y de Valencia al Ferrol
Llenan el teatro el nombre
Y el gracejo de *Bretón*.

Le dió Celenio su tino
De sagaz observador;
Tirso y Moreto en el chiste
La encantadora dicción.

Y en el rústico labriego
Y el atildado señor,
Y bajo el techo de juncos
Y el esculpido artesón,

Vicio persiguió y flaqueza,
Y juez igual con los dos,
En rimas de oro les hizo
Ser pública diversión.

Cien fábulas, grande el número
Y el mérito no menor,
Ya regocijadas, ya
Con gravedad en sazón;

Fallos de benigna ley,
Victorias contra el error,
La España toda corriendo
Hasta el último rincón,

Lograron no hubiese en ella
Noche sin alto loor
De *Marcela* y sus hermanas
Á la hermosa exposición.

¡Bien haya el plácido ingenio.
Bien haya el diestro censor,
Que acusa, y la risa mueve
Del mismo á quien acusó!

Los horrores y torpezas
Del crimen aterrador,
Y la más aterradora
Para el íntegro varón,

Ingeniosa ó petulante
Rebozada ó sin rubor,
Apoteosis del vicio,
Tósigo moral atroz,

Jamás cabida encontraron
En la mente del autor,
Gloria de Quel y Rioja,
Gloria del pueblo español.

Quede á la posteridad
La fácil declaración
Que á los cantos de su lira
Lugar señale y valor;

Y si Góngora y Quevedo
Deben con él, en razón,
De sátiras y letrillas
Partir el jovial honor;

Y si desde Vega (Lope)
Á Vega (Ventura), oyó
Sonar sus gracias Talía
Con más regalado son.

Los que aparecer le vimos
Astro de luz superior,
De la escena desterrando
La tiniebla en que yació;

Y le admiramos ayer,
Y le veneramos hoy,
Gratos discípulos, sí,
Dignos del Maestro, no.

Vida y gloria, bien sin tasa,
Pedimos por él á Dios,
Y este don le consagramos
De fe, gratitud y amor.

Madrid 26 de mayo de 1869.



Y á crecer entre la niebla,
Rompiendo su densidad.
Iris vario en anchas zonas
Orlábale circular;
Dos sombras volaban dentro,
De figura celestial.
Velo y hábito la una
Vestía con majestad:
Era una hermana del Rey,
Primer en Castilla Juan.
La segunda era la esposa
De aquel privado falaz,
Que la patria de Lanuza
No recuerda sin pesar.
Cadenas llevaba y luto;
Y, para bien de un mortal,
Infanta y matrona vienen
Del mundo de la verdad.

DOÑA ISABEL.

«Años há que me llamaste,
Y años que, llegando á ti:
De mi pecho, que te abrí,
La pura fe celebraste.
Aquél á tu afán le baste,
Canto ajeno de ambición:
No viene una inspiración
Dos veces; y, aunque lo llores,

Pasó de cantar amores
Ya para ti la sazón.»

Dijo, y en la niebla fría
Desapareció fugaz
La ilustre infeliz amante
De Gonzalo de Guzmán.

DOÑA JUANA COELLO.

«Temiste, años há, cobarde,
Mi aparición generosa;
Y hoy, que llamas á mi losa,
Turbas mi sosiego tarde.
Para otro es bien que se guarde,
Cantor de más corazón,
Poner mi vida en acción
Sobre las tablas un día:
Comprende la alegoría
De la muerte de Milón.».

Dijo, y en la turbia esfera
Se desvaneció fugaz
La sublime salvadora
Del cónyuge criminal.

Ancho hueco al partir abrió en la nube
La encarcelada heróica,
Y á mis ojos por él se descubrieron,
Los campos de Crotona.

Aquel membrudo, que á la selva guía
La planta perezosa,
Es el fuerte Milón, atleta viejo,
Pasmo de Grecia toda.

Cuando en cerviz de toro la cerrada
Mano exterminadora
Descargaba Milón, la res caía
Muerta, la nuca rota.

Mástil robusto quebrantar le vieron
Barqueros de la costa;
Rodó movida del potente brazo,
La corpulenta roca.

Del tiempo ya la inevitable carga
Los hombros hoy le agobia;
Garra su mano de sañuda fiera,
Muévesele temblona.

Un árbol halla, que aun ayer ufano
Mecía su alta copa,
Y á talla le redujo de pigmeo
La sierra mordedora.

Fuerte segur al derribado tronco
Robó su verde pompa,
Y en el corte del pie de frente hiriendo,
Hizo hendidura angosta.

Rajar el tronco por el hacha herido
Milón á empeño toma:
Los dedos logra hincar, el leño cruje,
La grieta se prolonga;

Y porfía Milón en el destrozo
De la columna tosca;
Y, joven en el ánimo el atleta,
Son ya sus fuerzas otras.

Cede un instante...—y al cerrarse el tronco
Para cobrar su forma,
Çoge las manos del valiente dentro
La despiadada boca.

Al grito del dolor, honda caverna
León hambriento arroja,
Y á la presa lanzándose cautiva,
Rugiendo la devora.

Con el ay del moribundo,
Con el rugir de la fiera,
Se unió el rayo que en la esfera
Serpenteó furibundo.

Á la luz que vino á dar,
El negro peñón dejé,
Que temblaba por el pie
Con los golpes de la mar.

Y dije con aflicción,
Abatiendo la cabeza:
«Me da la naturaleza,
Me da el cielo alta lección.

»Tentativa era insensata
La mía, según contemplo,
Enseñado en el ejemplo
Del anciano crotoniata.

»Nunca el débil más allá
De cautos límites ande:
Un esfuerzo suyo grande
Mezquino y vano será;

»Y cuando ruda tenaza
Sus flacas manos oprima,
Verá lanzársele encima
Fiera que le despedaza,

»Porque necio desoyó
De sus años el aviso,
Y fuerte mostrarse quiso
Donde nadie le obligó.»

Madrid 7 de septiembre.

No pretendáis obligar
Vosotras, dulces amigas,

Á peligrosas fatigas
La mano que os vengo á dar.

Para empresas de mancebo
Ya inútil se experimenta:
Dejadle ajustar mi cuenta
Y hacerme ver lo que debo.

Al impulso del destino
Viajando hacia donde voy,
Quiero ir pagando desde hoy
Las deudas de mi camino;

Y dando á todas lugar,
Si logro mi honrado intento,
Manda el agradecimiento
Por vosotras principiar.

Tú abriste, BÁRBARA mía,
Para el obscuro artesano
El alcázar castellano
De Melpómene y Talía.

Sublime intérprete fiel
Tú de la pasión más bella,
Devolviste al mundo aquella
Mártir de amor en Teruel,

Que mintiendo al desdichado
Que supo mejor amar,
Le mató con un pesar,
Y á ella el de haberle dado.

Madrid admiró en su día,
Junto en ruidoso tropel,
Tu firme *no* de Isabel,
Tu delirio de Mencía:

Si por ellas en verdad
Ganó algún nombre mi Musa,
Yo te debo sin excusa,
Yo te rindo la mitad.

Tú, mi Teodora, después,
De tu Hermana sucesora,
Tú eres la que fué y ahora
Vida de mis obras es.

Por tu aliento sostenidas,
Fundan en ello blasón:
Pequeñas de ingenio son,
Grandes como agradecidas.

Tus pies queriendo tocar,
Se atropellan á tu puerta
La coronada Heriberta,
La humilde obrera Pilar,

Matilde, predilección
De un César y un docto amantes,
Y la que engendró Cervantes
Y el ángel del Buen Ladrón.

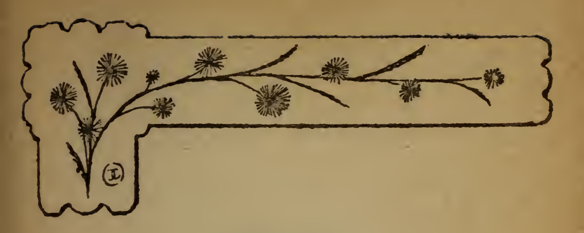
«Vivimos por ti, señora»
(De rodillas te dirán);
«Muertas hijas de Don Juan,
El alma nos da TEODORA.»

Y yo solamente digo,
Mientras tú su frente besas:
«Contigo escudadas esas,
No perecerán conmigo.»

Acecha el tiempo voraz
Mi vida y su dura mide:
La escena ya me despide;
Separémonos en paz.

BÁRBARA... TEODORA... no,
No más ya; las tablas dejo:
Aún vive el amigo viejo;
Pero el poeta murió.

Ya mis ojos el nadir
Por entre la huesa ven...
¡Ay! el amigo también
Se tendrá que despedir.



EPITAFIO

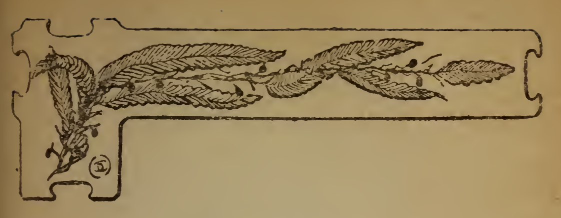
PARA LA

RAFAELITA TIRADO.

Á los diez años, el laurel de Talma
La frente me ceñía;
Puso á los diez y seis funérea palma
Dios en mi mano fría:
¡Papel fué breve la existencia mía!

1859.





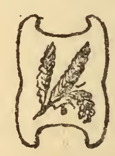
Á JACINTA.

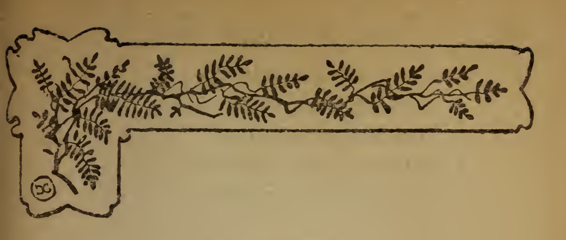
ALMA envidiada al suelo,
De conocerte indigno,
Consorte que perdida
Para mi triste amigo,
Dichosa resplandeces
En solio de zafiros:
Vuelve los bellos ojos,
Luceros matutinos,
Al valle donde gime
Quien fué tu regocijo.
En ese de delicias
Inmensurable abismo,
Donde en perpetuo goce
Vivís los elegidos,
¿En qué puede un recuerdo
El bien disminuiros,
Que brota, fuente viva,
La faz del INFINITO?
¿Será que hasta vosotros
Cerrado esté el camino

Al ay del que padece,
Al ruego del cariño?
¡Oh! no cabe en el cielo
Ingratitud ni olvido.
Aquel afecto dulce,
De las virtudes hijo,
Alma del universo,
Rayo del sol divino,
Que trueca en serafines
Á dos amantes finos,
Aquél es el que debe
Formar el lazo pío,
Que inseparables una
La tierra y el empíreo.
Tú en el excelso coro
Cantas gloriosos himnos;
Solloza solitario
Tu esposo de continuo:
Mengua es del amor vuestro
Tan desigual destino.
Cuando en la noche miras
Que bañan hilo á hilo
Sus lágrimas el lecho
Que dividió contigo,
Tálamo dulce un día,
Ya potro de martirio;
Vuela á su cabecera,
Y aplica de improviso
La cariñosa mano

Al pecho dolorido:
La mano que otro tiempo
Contóle los latidos,
En él derrame ahora
El bálsamo de alivio.
Pesares nos aquejan
En tanto que vivimos:
Inspírenos el cielo
Valor para sufrirlos.
Corran placer y pena
Por ley igual regidos;
No sea el mal eterno,
Y el goce fugitivo.
Cual tierna flor ajada
Por aquilón impío,
Lució tu abril, Jacinta,
Con instantáneo brillo
Contaste, caminando
Entre ásperos espinos,
Años de vida pocos,
De sufrimiento siglos.
¿Y quién en la ardua senda
Fué tu constante arrimo,
Partícipe en los males,
Igual en los peligros?
Tus labios no gustaron
Gota de amargo absintio,
Que al seno de tu esposo
No hubiese descendido.

Mas tú ves tus afanes
En dicha convertidos;
Los suyos cada día
Crecen con doble ahinco:
¡Mísero del que vive!
¡Feliz quien ha vivido!
¡Ah! logra del Eterno
Que separaros quiso,
Y á cuyo trono asistes
Alado paraninfo,
Que ya que en su presencia
Dilata el reuniros,
De aquella paz guardada
Para el celeste asilo
Luzca un reflejo débil
Al hombre que has querido,
Y aun lícito le sea
Días gozar tranquilos:
No diga, blasfemando
De tu inmortal cariño,
Que hasta en el cielo caben
Ingratitud y olvido.





Á LA SEÑORA

DONA ATHENAIS IRULETA DE PASTOR,

EN LA NOCHE DE SU DESPOSORIO.

Según noticias que dan
Libros en que docto afán
Usos raros averigua,
Fecha tiene muy antigua
La verbena de San Juan.

Conformes todos en esto
De lo antiguo, y no en el cuanto,
Cada cual sigue su texto;
Mas la función, por supuesto,
No es más antigua que el Santo.

Desde antaño celebrada
Con más ó con menos ruido,
También es verdad sentada
Que esta noche siempre ha sido
Noche al amor consagrada;

Pues con fe cándida y pía,
Por todos nuestros mayores
Dos siglos há se creía
Que esta noche decidía
La suerte de los amores;

Y con deseo impaciente,
Y dando motivo á riñas
De mamá, padre ó pariente,
Practicaban muchas niñas
La ceremonia siguiente.

Tendida la cabellera,
Del cuello bajando al talle,
Pasaban la noche entera
En cuarto donde se oyera
Lo que hablaban por la calle.

Gran estruendo en ella había,
Y era artículo de fe
Que, al oir la vocería,
Tener en agua debía
La niña el izquierdo pie.

Quietas como inerte leño
En el puesto convenido,
Se estaban allí sin sueño,
La patita en el barreño,
Y muy atento el oído,

Repitiendo sin cesar
Cada cual con gran fervor:
«Yo me quisiera casar.
¿Qué novio me piensa dar
San Juanito el Precursor?»

En esto, en conjunto vario
De cuerdos y de beodos,
Por las calles en rosario
Iban mil, gritando todos
Los nombres del calendario;

Y epítetos á la par
De vituperio ó loor,
Como Fernando, Gaspar,
Mozo, viejo, hombre de mar,
Feo, rico, jugador.

El primer nombre que oía
La curiosa que escuchaba
Con el pie en el agua fría,
Por de cónyuge aceptaba,
Y acaso acertar solía.

Según era mala ó buena
La condición del nombrado,
Tal era por de contado
La noche de la verbena
Para la del pie mojado.

Alguna pegaba un brinco,
Viendo frustrado su ahinco;
Y alguna con sencillez
Casarse creyó con cinco,
Pregonados á la vez.

Esta noche sin reposo
Tú acabas de oir aquí
El nombre ya de tu esposo;
Pero ese nombre amoroso
No era nuevo para ti;

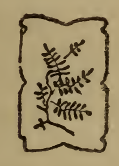
Ni en tu oído ha resonado,
Casualmente abandonado
Al eco repetidor;
Oístele de un Prelado
Que invocaba al Redentor.

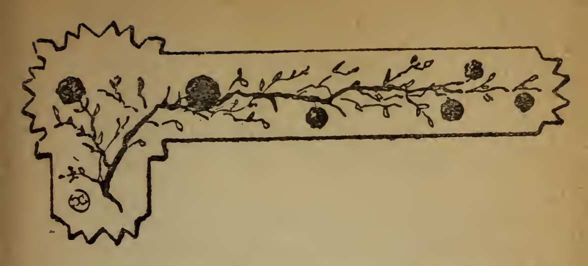
La mano de tu elegido
Juntó con la tuya hermosa,
Y de Dios os ha traído
Bendición para la esposa,
Bendición para el marido.

Mi parabién admitid,
Y el de todos, él y tú,
Y que sienta, permitid,
Que entristeciendo á Madrid,
Te nos vayas al Perú.

Prospéreos nuestro Señor
En éste y país extraño,
Y prendas tengáis de amor,
Que compongan un rebaño,
Delicia de su *Pastor*.

23 de junio de 1858.





PARA EL ÁLBUM DE JULIA.

VIENEN volando y pasan
Las horas, y en su rápida carrera
Llevan consigo á perecer entera
Una generación.

Tras aquélla sepultan
Otra, y sin descansar devoran ciento.
Polvo han de ser, de que se burle el viento,
Los hombres todos que serán y son.

Las fábricas alzadas
Por ese polvo que vivió, y un día
Leyes á tierra y mares imponía,
Sobre él se arruinarán.

Quizá en siglos futuros
Abismada Madrid, nueva Herculano,
La ciudad reina del imperio hispano
Se oculte de los doctos al afán;

Ó bajo las raíces
De antigua ya y enmarañada selva
La hallen, y á ser pisado el suelo vuelva
Donde vagamos hoy.

Y al descubrir los senos
Que avariento guardaba aquel abismo,
Se abra un hueco y arroje el libro mismo
Cuyas páginas yo manchando estoy.

Podrá existir entonces
Un sabio que solícito trabaje
Para entender los signos y el lenguaje
Abandonados ya;

Y al recorrer las trovas
Á ti, divina JULIA, dedicadas,
Rudas las hallará y desaliñadas,
Que ruda entonces nuestra edad será.

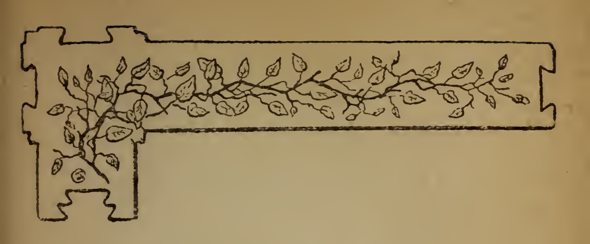
Si al papel trasladado
Por maestro pincel tu rostro mira,
Justamente dirá que nuestra lira
Tu belleza ultrajó.

Sentirá de tus ojos
El seductor, el mágico embeleso:
Yo siéntolo también; mas no por eso
Á cantar tu hermosura basto yo.

Lectores de otro siglo,
Que conocer queráis el alma y mente
De la beldad que postra dulcemente
Hoy el mundo á sus pies;

Si vísteis una hermosa
Que en ingenio y virtud brilla y descuella;
Si todos la adoráis... no es JULIA aquélla:
Bosquejo débil de sus gracias es.



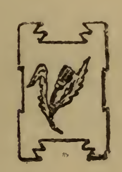


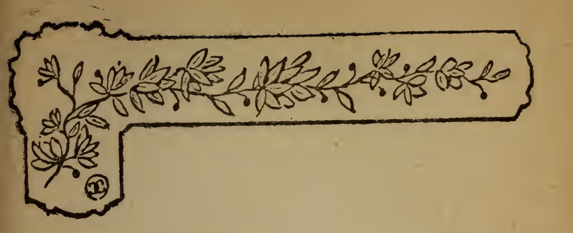
EN EL ÁLBUM DE ELADIA.

CADA vez, Eladia hermosa,
Que esos tus luceros dan
Una mirada á las rejas
De la casa donde estás,
Que de Esposas del Señor
Claustro fué treinta años há,
Y escuela es hoy de mancebos
Que á niños han de enseñar,
¿No ves un jardín, que, ahora,
En este mes de San Juan,
De bellas flores te ofrece
Riquísima variedad?
Pues bien; si las flores amas,
Como las debéis amar
Las que sois, cual eres tú,
La flor de la humanidad,
¿Cuándo á entretejer guirnaldas
Al vergel descenderás?

Irás en el verde mayo,
No en la yerta Navidad.
Vendrá el adusto diciembre,
Y el triste enero vendrá,
Y arrebatará esas galas
El soplo del vendaval.
Cubierto el rosal de nieve,
Sepultado el arrayán,
No irás á pedir entonces
Flor al mirto ni al rosal.
«No es tiempo de flores éste
(Cuerda para ti dirás):
No exijamos de Natura
Lo que ella no ha de prestar.»
—No exijas, Eladia bella,
De mí flores de otra edad:
Mi ingenio, jardín helado,
No produce flores ya.
Ricos ramos te daría
Mi rendida voluntad
En la florida estación,
Que ya miro muy atrás.
Tarde vienes: mustias hojas
Quedan sólo por acá,
Y aunque pocas y marchitas,
Cuesta el cogerlas afán.
Mas no hacen falta á la frente
Que ostenta con majestad
Guirnalda cuyo verdor

Inmarcesible será.
La puso en tu frente bella
Quintana, el vate inmortal,
Y flores por él cogidas
No se marchitan jamás.





PARA EL ÁLBUM

DE

PEPITA GONZÁLEZ ACEVEDO.

HAY una plaza en Madrid,
Que es la plaza del Progreso,
Cuyo espacio antes llenaban
Tres calles con un convento.
Una de las calles era
(Bastante mala por cierto)
Impropiamente llamada
La calle de los Remedios.
Estrecha, sucia y sombría,
No sé con cuál fundamento
Le dieron tan dulce nombre
Los antiguos madrileños.
Treinta y seis años hará,
Treinta y cinco por lo menos,
Que en la calle susodicha
Se hablaban dos muchachuelos.

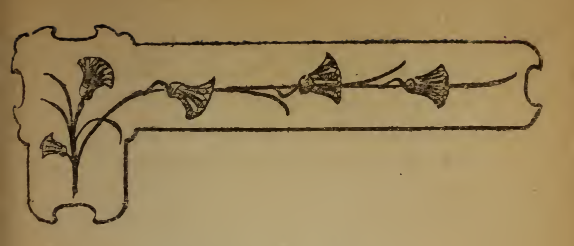
Era el uno alto y delgado,
Chico el otro y nada recio,
Estudiantes de latín
Entrambos en un colegio,
Condiscípulos también
En la escuela de diseño
Que á la Merced ocupaba
Parte de sus aposentos.
Con la bolsa de los libros
Debajo del brazo izquierdo,
Conversando gravemente
Iban los dos compañeros.
«¿Qué vas á ser tú?» los dos
Se preguntaron á un tiempo.
«Yo cura,» contestó el alto.
«Yo pintor,» dijo el pequeño.
Viven, Pepita, en Madrid
Los dos mocitos aquellos;
Tú los conoces: con todo,
No acertarás quiénes fueron.
No esperes oir al uno
Entonar *Kiries* y *oremus*,
Ni cuadros del otro busques
En el salón del Museo.
El padre de almas futuro
Trocóse en padre de cuerpos,
Y el pintor sólo ha pintado
Peñascos de nacimiento.
El uno, en fin, era Don

Juan González Acevedo;
El otro es el que te escribe
Este romance de ciego.
Sin pensar siquiera entonces
Si Dios criaba copleros,
Estaba en mis glorias yo
Mis mamarrachos haciendo;
Y eso de la poesía
Era oficio, en mi concepto,
Que no se usaba en el mundo
Desde Virgilio y Propercio.
Más adelante leí
Con dulcísimo embeleso
Del bendito de Comella
Cinco ó seis pobres engendros.
¡Qué asombro, Pepita, el mío,
Cuando, á propósito de ellos,
Me dijo tu padre un día
Que era Comella un camello!
Aquel aviso piadoso,
Y algunos más que le debo
Á mi antiguo camarada
De idioma latino y griego,
Me guiaron del Parnaso
Al escabroso sendero,
Cuando al cerrárseme todos
Halleme con ese abierto.
Recibe, Pepita hermosa,
Recibe grata el recuerdo

Que á la amistad con tu padre
Leal consagra mi pecho,
Y disculpa el desaliño
De estos rasgos que atropello,
Hoy, que es el séptimo día
Del actual pronunciamiento.

1854.





VERSOS PARA UN ÁLBUM.

Emprendió con fanática porfía,
Pintor que quiso eternizar su fama,
Copiar del sol la esplendorosa llama
Y á ruda tela trasladar el día.

¡Bien su intento pagó desacertado!
Pues de clavar con insensato arrobo
Tenaz mirada en el ardiente globo,
Ciego vino á quedar el desdichado.

Y exclamaba después con desconsuelo,
Su cuadro al explicar: «Del sol impropia
Toda imagen será; del sol no hay copia;
No le busquéis aquí: mirad al cielo.»

Laura, sol eres tú; yo receloso
De que, si docil tu mandato escucho,
Deje de verte por mirarte mucho,
Me niego á bosquejar tu rostro hermoso.

Superior al pincel como á la lira
Tu mágica hermosura indefinible,
Es retratarte bien tan imposible,
Como que no te adore quien te mira.





Á LOPE DE VEGA.

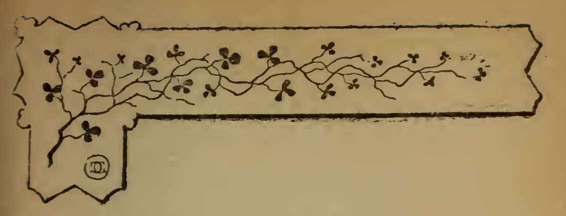
SONETO.

Único en el ingenio y en la fama,
Fecundidad pasmosa fué su dote.
Amó seglar y llora sacerdote
Dos esposas, tres hijos, una dama.

Huella el Parnaso, y el hispano drama
Se alza del suelo con pujante brote,
Y el inmortal autor de *Don Quijote*
De nuestra escena rey á Lope aclama.

Su labio miel, su corazón ternura,
Nadie juntó más cándidas y bellas
Las gracias del amor y la hermosura.

Claro sol entre pálidas estrellas
Que ofuscaba su luz inmensa y pura,
Sólo cuando él faltó brillaron ellas.



Á CALDERÓN.

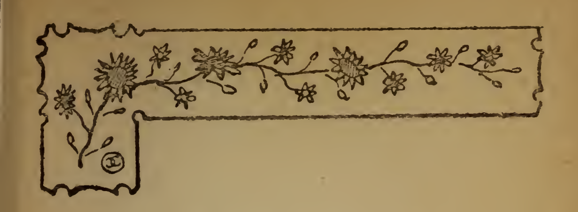
SONETO.

Con voz clamaste de pesar profundo,
Al contemplar la pequeñez humana:
«Sombra es la vida, como el sueño vana;
Y es fantástico bien el bien del mundo.»

Pero brillando tú claro y fecundo
Sol en los cercos de la escena hispana,
¿Cómo ilusión te pareció liviana
La fuerza de tu ingenio sin segundo?

Tú, desde el envidiado Manzanares
Al Arno, al Rhin y al Plata, mereciste
Respeto, admiración, lauros y altares;

Y pues eterna vive tu memoria,
Con más justa razón decir debiste:
«Sueño todo será; verdad mi gloria.»



EL PINTOR CIEGO.

Á ESQUIVEL.

SONETO.

FALTÓ la luz al genio peregrino,
De la gloria de Aquiles instrumento;
Mas sin la luz quedóle el pensamiento,
Y á la inmortalidad libre el camino.

Vendad los ojos con doblado lino
Á Fidias y Arïon: Fidias á tiento
La cera esculpe, y Arïon el viento
Suspende con su cántico divino.

¿Qué le resta al discípulo de Apeles
Cuando, sin ver, con lágrimas de artista
Riega desesperado sus pinceles?

«Para que yo, Destino, te resista,
Dame (dirá) que olvide mis laureles,
Y arráncame á la par talento y vista.»



Á LA PREMATURA MUERTE

DEL VIRTUOSO JOVEN Y EMINENTE ARTISTA

DON LEONARDO ALENZA.

PARA el mortal, en cuya sien fulgura
Del genio creador la ardiente llama,
Tiene el mundo un laurel, clarín la fama,
Y mármoles y bronce la escultura.

Para premiar á la virtud obscura,
Flor que en la soledad su olor derrama,
Tiene el Padre común su seno, que ama
Con inefable amor, que siempre dura.

Genio en ti, Alenza, con virtud se unía:
Consiguió tu pincel famoso hacerte:
Ya este mundo te dió cuanto podía.

Dios hoy te llama á su celeste gremio;
Pero es adelantársete la muerte
Anticipar á tu virtud el premio.

1845.



Á UNA ROMÁNTICA.

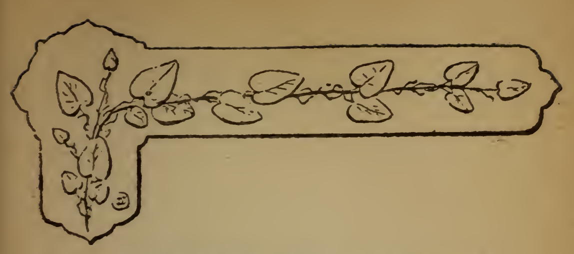
SONETO.

Mujer: hazles la cruz de Caravaca
(Ó tu juicio va á andar de ceca en meca)
Á tanto libro de palabra hueca,
Merecedores de cruel matraca.

Borda, en vez de gemir, una petaca,
Ó cósele un vestido á una muñeca,
Ó si te cansan almohadilla y rueca,
Diviértete en cuidar tiestos de albaca.

Tu traje en forma de villana alcuza,
Sólo puede agradar á algún mostrenco,
Que te juzga salmón y eres merluza.

No leas: cuando comas, llena el cuenco,
Y haz por trocar tu cara de gazuza
En colorado rostro de flamenco.



Á LA BATALLA DE WATERLÓO.

SONETO DE PIES FORZADOS.

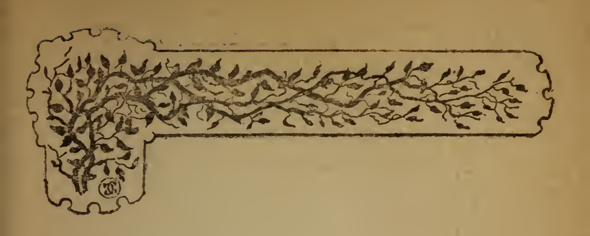
EA, quien tenga de valor un cacho,
Dijo Napoleón, sígame al cerro
Donde fuego nos hace tanto perro,
Y del pendón inglés no quede hilacho.

Yo á vuestra frente montaré en un macho
Que pació solamente flor de berro;
Y de esa hueste el enemigo hierro
Quebrará cual juguete de muchacho.»

Dijo: pero el soldado se hace el sordo,
Y aunque le ofrecen de oro un cucurucho
El miedo de morir habla más gordo.

Cede el gran general á otro más ducho,
Y mientras huye en su caballo tordo,
Quema la guardia el último cartucho.

1841.



EL VIAJE AL PINDO.

Viaje al Pindo, tonadilla
Propia de la Navidad,
Compuesta para teatros
De casa particular.
Personas, las nueve Musas
Antiguas, y veinte más,
Hijas de las dos hermanas,
Fantasía y Novedad;
Un Poeta, una cuadrilla
Pastoril ó pastoral,
Y otros varios individuos
Que no es preciso nombrar.
Decoración, el Parnaso,
Casa pobre; hay un corral
Con bardas de cambroneras,
De que falta la mitad:
Asnos que dentro se meten,
Las derriban al brincar.
Es de noche, y hace un frío

De exquisita calidad;
Olor á besugo asado
Perfuma el aire glacial,
Y de liras y zampoñas,
Que resuenan á la par,
Un majadero de almendras
Lleva majando el compás.
Las Musas, como es ya tarde,
Tienen gana de cenar,
Y la hambrecilla entretienen
Cantando en la soledad:
«¡Gloria á Dios en las alturas
De la esfera celestial,
Y paz en la tierra al hombre
De piadosa voluntad!»

Llaman.—¿Quién es?—Un poeta.
(Sobresalto general.)
—Si dice que no ha cenado,
Que no pase del zaguán.—
Coro de silencio, pieza
Facil de vocalizar.
—¿No abren aquí?—Somos niñas,
Y no está en casa papá.
—Pero oigan siquiera ustedes.
—Pues diga con brevedad.

—En Madrid esta noche
Soy convidado,

Casa antigua de Abrantes (1),
Calle del Prado.
¡Ay, Musas mías!
El convite me cuesta
Mil agonías.

Musical academia
Forma el convite,
Y al que no musiquiza,
No se le admite.
De esta manera,
Si no canto ni toco,
Me quedo fuera.

De tañer la zambomba
Tomé lecciones,
Para entrar en aquellos
Ricos salones.
Un compañero
Me ha birlado la plaza
De zambombero (2).

Dicen que entre las nuevas
Obras de Apolo,
Un rabel se distingue

(1) Habitación del Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
(2) El Excmo. Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros.

Que toca solo.
Dadle alquilado,
Y esta noche se estrene
Cerca del Prado.

Duda, confusión, consulta.—
¿Se le da ó no se le da?—
¿Se le alquila ó se le presta?
—Señoras, determinad,
Que son ya más de las once,
Y tengo mucho que andar.—
Erato, dásele tú.
—Voy por él... Mas ¿dónde está?
—Yo no le tengo.—Tampoco
Yo.—¿Si no lo encontrarán?
—¡Si Apolo se lo ha llevado!!!
—¡Hay mayor fatalidad!
Bastaba que yo viniera,
Para que echara á volar.
—Consuélese usted, buen hombre,
Que todo se arreglará.
De instrumentos desechados
Hay lleno en casa un desván;
Para usted, de los mejores
Henchiremos un costal,
Y usted verá si consigue
Que alguno llegue á sonar.
—Pague Dios, castas doncellas,
Á ustedes la caridad.

—Vaya enhorabuena usted
Á su función musical.

(La Musa Talía entrega al poeta un saco de márraga lleno de chismes, que suenan como talega de sartenero. Éntrase Talía en la casa, y quédase acechando por un ventanillo. El poeta desata el costal, saca una trompeta, y le toma felizmente la embocadura: como estaba el instrumento bien enseñado, las primeras notas salen magníficas. Los Faunos y las Ninfas del bosque (ó sean los gañanes y las mozuelas de por allí) acuden al son, trayendo numerosa comitiva de perros, que no han hecho colación todavía. Toca el poeta y declama alternadamente, á usanza de comedia antigua ó de pregonero: dos estilos que se parecían bastante. Dice, pues, el poeta:)

POETA.

Esta es, noble Caliope, la trompa
Con que los grandes hechos preconizas:
Cobre en ella mi voz fuerza que rompa
Las columnas del aire movedizas.
Dice un refrán sin elocuente pompa
Que más días habrá que longanizas...

(Aquí aulla un mastín y ladran diez.)

¡Longanizas! ¡Jesús! ¡Vienen á cuento!

LOS PASTORES. (Caritativamente.)

Vuelva usted al costal ese instrumento.

(Obedece el poeta con resignación, y en seguida coge y prueba una flauta, y dice:)

POETA.

Dulce avena de Erato,
Ven á mi labio tú, que los amores

En son difundes grato;
Y consagra al Señor de los Señores,
Y orna en ofrenda pía,
El reverente amor del alma mía.
Dejad vuestros ganados,
Los que moráis en el repuesto ejido;
Dones de fe colmados
Al Rey llevad en el portal nacido
Entre el buey y el jumento...

TALÍA. (Desde el ventanillo.)

Costal pide también ese instrumento.

POETA.

Talía, por compasión,
Aunque siempre me rehusas
Tu festiva inspiración...

TALÍA.

No la implores de las Musas;
Haz que hable tu corazón.

POETA.

Dios niño, vos que venís
Á salvar á los mortales,

Poned término á los males
Que padece este país.
Por sus culpas le afligís,
Y las llora con afán:
Los que lloran, cerca están
De volver á la virtud:
¡Niño Dios! ¡pan y quietud!
Virgen Madre! ¡paz y pan!

23 de diciembre de 1856.





ELLAS Y ELLOS.

ROMANCE.

Años há que hay en el mundo
Reñidísima cuestión
Sobre cuál, de hombre y mujer,
Es en lo moral mejor.
Cada uno defiende el pleito
Pidiendo sentencia en pro;
Y á falta de juez que pueda
Fallar sin apelación,
Uno y otro litigante
Se proclama vencedor.
Satisfechos de este modo
Entrambos con su opinión,
Viven en tregua apacible
Hombres y mujeres hoy,
Y para el día del juicio
Se aplaza la decisión
Que á *ellas* y *ellos* manifieste
Quién acertaba y quién no.

Pero como á cada riña
Que tienen hembra y varón,
La suspendida contienda
Se renueva con calor,
Y es en circunstancia tal
La salida de cajón
Decirse ambos al sacarse
Todos los trapos al sol:
«Ustedes son los peores,—
Ustedes sí que lo son;»
Yo, sin ánimo de hacerme
De ninguno defensor,
Quiero agregar á los autos,
Por vía de ilustración,
Unos apuntes históricos,
Obra de ignorado autor,
Que hallé por casualidad
En un viejo cronicón (1).
Cuando la alta Omnipotencia
La obra del mundo acabó,
Al poner á hombre y mujer
En su plena posesión,
Árbitro de su destino
Hizo al hombre el Criador.
Todos los vicios y males
Encerrados se los dió
En una caverna horrible,

(1) Véase el *Criticón* de Lorenzo Gracián.

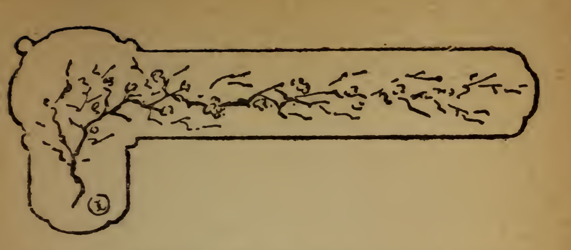
Segurísima prisión,
De cuya puerta de acero
La llave al hombre fió.
Las virtudes y placeres
En tanto á su discreción
Dueños del orbe quedaron:
Edad venturosa, ¡ay Dios!
Y tanto más envidiable
Cuanto más breve pasó.
Tuvo una vez la mujer
El deseo tentador
De ver qué clase de gente
Guardaba aquella mansión;
Pues conociendo de trato
La paz, el gozo, el amor,
Quiso conocer de vista
Y oir un rato la voz
Á la tristeza, la envidia,
La cólera y la ambición.
Cogió por desgracia un día
Al hombre de buen humor;
Cogióle luego la llave,
Y sin más meditación
Fué á la gruta, y para abrirla
La osada mano tendió.
Los firmes ejes del mundo
Se estremecieron al son
Que hizo la llave al girar
De su punto en derredor,

Abrió la puerta; los vicios
Salieron en pelotón,
Y tropezando de golpe
Con la mísera que abrió,
Hicieron en ella presa
Sin ninguna compasión.
El hombre, que estaba lejos,
Mejor al pronto libró,
Porque al fin sólo pudieron
Entrar en su corazón
Los vicios que, por salir
Con ligereza menor,
No hallaron en la mujer
Desocupado rincón.
Pero esta desigualdad
Pronto desapareció;
Pues llorando la curiosa,
Aunque algo tarde, su error,
En busca de su consorte
Guió la planta veloz:
Abrió el esposo los brazos;
Ella en ellos se arrojó,
Y al seno del hombre entonces
Pasaron sin dilación
Las demás calamidades
Con que la mujer cargó,
Heredando al abrazarla
Cuanta humana imperfección
Cifró en la naturaleza

La ley del Sumo Hacedor.
De esta memoria secreta
Infiere el que la escribió
Que, á vivir hombre y mujer
Con total separación,
Quizá el hombre en ese caso
Fuera de ambos el mejor;
Mas como ella y él se tienen
Invencible inclinación;
Como es, á pesar de todo,
Ese sexo encantador
La maravilla que puso
Término á la creación,
Busca el hombre á la mujer,
Copia de ella lo peor,
Y así junta en su persona
Los vicios de ambos á dos.

1839.





LA COMPOSICIÓN PARA EL LICEO.

ROMANCE.

VAYA usted con Dios, patrona;
Rosita, abur: anda, Bruna.—
Ya se marcharon, ya estoy
Libre de que me interrumpa
La vieja con sus regaños,
La niña con sus diabluras,
Y la zafia Maritornes
Con sus rondeñas de Asturias.
¡No tener para este jueves,
Que es mi turno de lectura,
Por más que haga en mis legajos
Escrupulosa rebusca,
Ni una imprecación al sol,
Ni un madrigal á la tumba!
¡Dar equivocadamente
Para empapelar azúcar
Ayer mi romance esdrújulo
Sobre el ósculo de Judas!

Por fin, dos horas me quedan;
Y si me sopla la musa,
Saldré airoso del empeño
En que me miro sin culpa.
¿Por qué pecado, Señor,
Mereció mi triste pluma
Que para escribir en verso
No pueda cogerla nunca,
Sin que al momento á mi puerta
Cien importunos acudan?
Ya el alcalde de mi barrio
Para un informe me busca;
Y cuando ve que no puedo
Responder á su pregunta,
Me encaja la historia entera
De Don Gaspar Buena-púa.
Ya los que suben á ver
Cierta vestal andaluza,
Llamados desde el balcón
Con gitanas guiñaduras,
Trocando su alegre cuarto
Con mi tétrica zahurda,
Mi campanilla quebrantan
Que suena como una zumba.
Ya un Calderón de diez años
Largamente me consulta
Sobre el efecto que espera
Que en el teatro produzcan
Los gemidos de la dama

Cuando la hieren á obscuras,
Si se remeda á lo lejos
El canto de la lechuza.
Ya un vecino que padece
Fiebre tercianaria *turca*,
Regala á su cara cónyuge
Con la más tremenda zurra:
Vuelan los pucheros, se oyen
Maldiciones tremebundas,
Alborótase el cotarro,
Cunde en la calle la bulla,
Y al gritar un alguacil:
«¡Favor á Isabel Segunda!»
Tengo á fuer de miliciano
Que danzar en la trifulca.
Hoy hay paz: aprovechemos
Tan dichosa coyuntura.—
¿Qué asunto para escribir
Tomaré? Mas ¿quién lo duda?
¿Qué objeto para mis versos
Mejor que mi dulce Curra?
Una letrilla á sus ojos,
Su lunar ó su cintura.
Principiemos. «Angel bello
Que la Providencia suma...»
Adiós, ya llamaron. Llamen;
Que aunque la casa confundan,
No me muevo del asiento.—
¡Pues la cachaza me gusta!

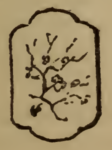
¿Á qué porfía ese bárbaro
Cuando ve que no le escuchan?
Señor, ¿quién será? Lo voy
Á ver por la cerradura.
Sea por Dios: es el mozo
De la compañía.—Lucas,
¿Qué quieres?—Que pague usted
Sin dilación esa multa.—
¿Por qué?—Por haber faltado
Antes de anoche á la junta.—
Bien: toma.—¿Quiere usted dar
Ahora lo de la música?—
Lo de la música.—El cabo
Don Hilarión Sanahuja
Está enfermo hace tres meses;
Y á los gastos de la cura
Se le añaden los de madre,
Abuelo, la hermana viuda,
Diez hijos, y un sobrinito
Que le enviaron de Osuna.
Se ha abierto una suscrición
Para socorrer su angustia,
Y...—Para Don Hilarión.
¿Hay otra jorobadura?—
No, señor: ¡ah! que esta noche
Le toca á usted de patrulla.—
Anda con mil de á caballo,
Y mira si te desnucas
Esta vez en la escalera,

Para que otra no la subas.
¡Por mi fe que el privilegio
De lucir las fornituras,
Es ganga que va á llevarme
Al hospicio en derechura!
Paciencia y bolsa me gastan,
Tiempo y voluntad me usurpan:
Un santo con charreteras
Voy á ser, como lo sufra.
¡Tierno Garcilaso! tú
Celebrabas la hermosura
En medio de los horrores
De marcial hórrida lucha;
Y yo no agarro el fusil
Sin que envidie la fortuna
De quien usa un guante menos,
Ó anda en un pie como grulla.—
Una pobre.—Dios la ampare.—
Por la Virgen...—No me aturda.
Soy poeta.—Ya escapó.
Tal razón ¿á quién no asusta?—
Esto es mejor: ¡que si quiero
Chorizos de Extremadura!
No se come cerdo en casa.—
Moros son aquí, sin duda.—
Me parece que es preciso
Ir á buscar quien me supla,
Porque pensar hoy leer
Yo en el Liceo, es locura.—

¡Cielo santo! en la escalera
Ya suena la voz aguda
De mi patrona, que vuelve
Riñendo como acostumbra,
Y sube también con ella
Don Sempronio de Larruga,
El hijo más hablador
De la playa de Sanlúcar.
Ya se colaron en casa:
¡Bendiga Dios la cordura
De la vieja que les dice
Que no vuelvo hasta la una!
Pero ¿cuántos han entrado?
¡La curiosa doña Justa,
Paco Mochuelo el manolo,
La filarmónica Julia,
Y el gangoso Don Tomás
Y Blasa la tartamuda!
No sabiendo que hay aquí
Un pobrete á quien le turban,
Ríen, corren, gritan, charlan
En infernal baraúnda.
Uno al piano se pone,
Otro la guitarra pulsa,
Éste silba, el otro baila,
Quien aplaude, quien se burla.
Pide Don Tomás silencio;
No le hacen caso: se atufa;
Vuelve á instar: no le aprovecha;

Pero le ocurre ¡oh ventura!
Apostrofarles en verso,
Dando voces furibundas:
Y mientras él se enronquece,
Y no le oyen ó le bufan,
Sus versos le copio y cumplo
Con mi turno de lectura.

Charlatanes sempiternos,
Que al mundo servís de estorbo,
Lléveos el cólera morbo
Por la posta á los infiernos;
Y el suplicio con que allí
Os castigue Radamanto,
Para que os abrume tanto
Como vosotros á mí,
Sea oir siempre leer
Versos ramplones y fríos,
Tan malos como los míos;
Peores, si puede ser.





Á LOS

REFORMADORES DEL SOMBRERO.

Sí, ya de paciencia basta:
Por vano, tramposo y feo,
Debe marcharse á paseo
El sombrero que hoy se gasta.

Escandaliza y asombra
Que el guardapolvo del hombre
Sombrero tenga por nombre,
No dando á la cara sombra.

¡Guerra incesante y cruel
Á ese trastucho embustero!
Rinda el nombre de *sombrero*,
Ó cumpla mejor con él.

¡*Sombrero*, sin ton ni son,
Por excelencia se llama!
Todo hace sombra: una rama,
Un abanico, un bastón;

Y ¡él solo usa un distintivo
En que la impudencia brilla!
Más sombra da la sombrilla,
Con ser un diminutivo.

Tan loco y tan altanero
Nuestra indolencia le puso:
Se viene al postrer abuso
Por tolerar el primero.

No bien domados los potros,
Burlan al jinete así:
Se ha puesto muy sobre sí,
Porque está sobre nosotros.

Al principio, sin las galas
Que al fin por soberbia trajo,
Era el sombrero, un sombrajo
Con anchas, redondas alas;

Después, con atroz demencia,
Digna de suplicio horrendo,
Fué por arriba creciendo,
Menguando en circunferencia;

Bote, chistera, marmita,
Colmena, olla de campaña,
Jamás se le vió en España
Como aquí se necesita.

Nada de esto hubiera habido,
Según imagino yo,
Si, cuando él se alicogió,
Se le hubiese alitendido.

¡Gloria á la presente edad
En que germinó la idea
De hacer que en España sea
El sombrero una verdad!

No abundan mucho las tales,
Por nuestra mala fortuna:
Siquiera tengamos una,
Que es de las más capitales.

Otra, y otra, y otra, y mil
Á ésta seguirán después:
Todo en estas cosas es
Entrar en el buen carril.

Aunque Débora y Barac
Dijesen que es elegante,
¿Quién usará en adelante,
Con hongo ó chambergo, frac?

Nadie: incompatibles son;
Si hay chambergo, el fraque cesa:
Libres nos veremos de esa
Doble cola de gorrión.

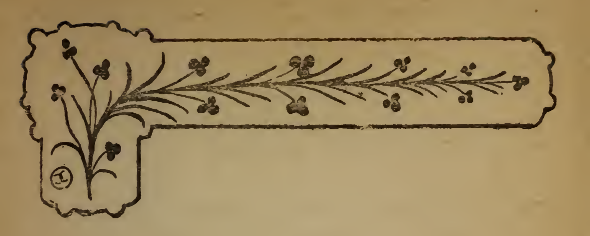
Ánimo, no desmayéis:
Caiga y nunca se levante
El sombrero insombreante;
Pero mirad lo que hacéis.

Á gusto y razón, ultraja
Hoy el sombrero á ojos vistas:
Cambiádnosle, reformistas;
Mas cámbiese con ventaja.

Id con tiento; ved, probad,
Y no déis en balde un paso;
No sea el remedio acaso
Peor que la enfermedad.

1859.





EL PEOR, EL ÚLTIMO OLVIDO.

Dió Perico Muñoz en olvidar
Hasta el comer á veces y el dormir:
Sólo una vez se le olvidó el vivir,
Y nunca más lo pudo recordar.

1874.

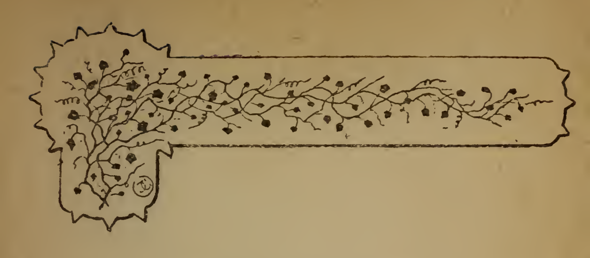




LA VIDA DEL HOMBRE.

Hoja en que estampo mi nombre,
Tú me sobrevivirás:
¿Qué vale ¡ay! el sér del hombre
Cuando un papel dura más?





EN UN ÁLBUM.

Te vi en un baile; me miré al espejo:
¡Ay, qué rabia me dió de verme viejo!...



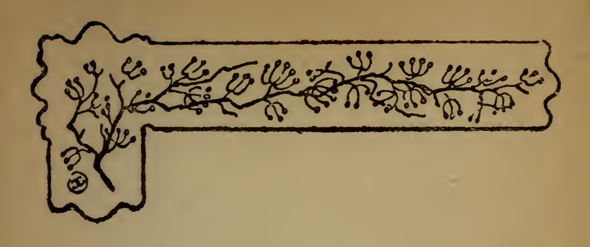


EPIGRAMA.

PARA dos perdices dos,»
Dijo allá el del Castañar;
Y así lo dejó pasar
Gente á la buena de Dios.

No lo escuchará ninguno
De estómago fuerte hoy día.
Sin replicar: «No, García:
Para dos perdices... uno.»



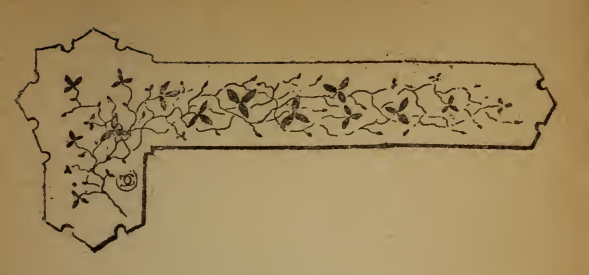


LA DICHA.

TRAS la dicha corremos
Y ella se esconde,
Y jamás en la vida
Sabemos dónde.
¡Qué triste suerte!
¡Ser la dicha dudosa,
Cierta la muerte!

1859.





EPIGRAMA.

LLAMÓ tocaya un chulo
    Á una manola:
«Barbarita me llaman,»
    Dijo la moza;
    «Y usted, buen hombre,
Será, como es rollizo,
    Un barbarote.»

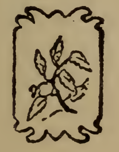
1869.

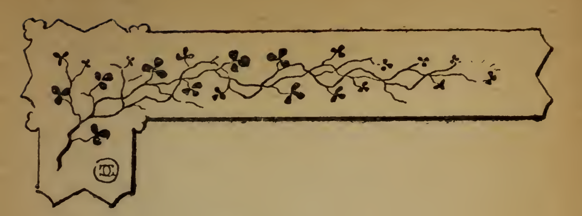




EPIGRAMA.

Cuando veo una boda,
Verla me carga;
Cuando miro un entierro,
Doy á Dios gracias.
Rabio y me alegro,
Porque no soy el novio
Ni soy el muerto.





ÍNDICE.

Páginas.

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: Prólogo, por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.......................... 7

POESÍAS.

La vuelta del emigrado. Elegía.......................... 61
El amante desdeñado.................................... 65
La muerte.. 73
El alcalde Ronquillo. (Muerte del Obispo de Zamora.) Fragmento.. 81
Isabel y Gonzalo. Leyenda.............................. 89
Á las aguas minerales de Panticosa..................... 105
La mediarría de ingenio................................ 113
La cama de matrimonio.................................. 119
La vida. Traducción de Metastasio...................... 121
La campana. Imitación del alemán (de Schiller)........... 123
La infanticida. Traducción del alemán (de Schiller)....... 145
El cinco de mayo. Oda traducida de la que escribió en italiano Alejandro Manzoni á la muerte de Napoleón....... 153
La flor «No me olvides.» Imitación del poeta alemán Augusto Beugenbach.. 159
Recuerdos del Dos de Mayo............................... 163
España vindicada....................................... 169
Á la guerra de África. Décimas leídas en el Teatro del Circo en la noche del 25 de enero de 1860.................... 175
Siete de febrero de 1860. Á la toma de Tetuán............ 179

Páginas.

Á la entrada triunfal del ejército de África: 11 de mayo de 1860.. 181
Romance para el *Romancero de la guerra de África*........ 183
En la inauguración del Instituto español................. 193
La estatua de Felipe IV y el busto de D. Pedro Calderón de la Barca hablan del Teatro Real....................... 201
En la inauguración de la Escuela central de Agricultura.... 207
Las tres bellezas. Versos para la primera distribución de premios á la virtud, celebrada en Madrid.................. 213
Con motivo de poner S. M. la Reina (q. D. g.) la primera piedra del edificio destinado á Museos nacionales y Biblioteca.. 223
Al Salvador en la cruz. Canción para música............. 231
Á Nuestra Señora en la traslación de su imagen de la Fuencisla á su santuario................................ 235
Al busto de mi esposa.................................. 239
Un enfermo á un vaso de agua. Décimas................. 247
Á Juan, su pícara memoria.............................. 251
Á la Reina Doña Isabel II en la declaración de su mayoría. Coplas en castellano antiguo.......................... 257
Al saber la noticia de la muerte de S. M................. 261
Á la Emperatriz de los franceses........................ 263
En el nacimiento del Príncipe imperial de Francia. Epístola al Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga............... 267
La casa de la madre. Á los Sermos. Sres. Infantes, Duque y Duquesa de Montpensier.............................. 273
Epístola de Don Quijote, en rancio lenguaje caballeresco, endereszada al muy respectable público matritense....... 279
Frey Lope Félix de Vega Carpio. Romance................ 285
Carta que escribe desde el otro mundo el peor poeta cómico del siglo pasado en España, con motivo de representarse hoy la mejor comedia española de su época. Por las señas dadas se comprenderá que la carta no puede menos de ser de D. Luciano Francisco Comella........................ 299
Antón Berrío, poeta de la corte de Juan II de Castilla, al muy excelente scriptor D. Manuel Josef Quintana............ 307
Al Excmo. Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros. Romance. 315
Epístola gratulatoria del marqués de Villena al conde de Sant Luis por la erección del Teatro Español................ 321

Páginas.

La despedida. Á las señoras Doña Bárbara y Doña Teodora Lamadrid........ 331
Epitafio para la Rafaelita Tirado........ 345
Á Jacinta........ 347
Á la señora Doña Athenais Iruleta de Pastor, en la noche de su desposorio........ 351
Para el álbum de Julia........ 357
En el álbum de Eladia........ 361
Para el álbum de Pepita González Acevedo........ 365
Versos para un álbum........ 369
Á Lope de Vega. Soneto........ 371
Á Calderón. Soneto........ 373
El pintor ciego. Á Esquivel. Soneto........ 375
Á la prematura muerte del virtuoso joven y eminente artista D. Leonardo Alenza........ 377
Á una romántica. Soneto........ 379
Á la batalla de Waterlóo. Soneto de pies forzados........ 381
El viaje al Pindo........ 383
Ellas y ellos. Romance........ 391
La composición para el Liceo. Romance........ 397
Á los reformadores del sombrero........ 405
El peor, el último olvido........ 409
La vida del hombre........ 411
En un álbum........ 413
Epigrama........ 415
La dicha........ 417
Epigrama........ 419
Epigrama........ 421



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
22 de Junio del
año de
1887.



